Mariano Quirós

NUESTRA HERMANA DE AFUERA

colección andanzas

TUSQUETS EDITORES

Nuestra hermana de afuera

Nuestra hermana de afuera

Mariano Quirós

Índice de contenido

Portadilla
Legales
Nuestra hermana de afuera

Quiros, Mariano
Nuestra hermana de afuera / Mariano Quiros. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Tusquets Editores, 2023.
Libro digital, EPUB
Archivo Digital: descarga
ISBN 978-987-670-764-0
1. Narrativa Argentina. I. Título.
CDD A863

© 2023, Carlos Mariano Quirós

Todos los derechos reservados

© 2023, Tusquets Editores S.A.
Av. Independencia 1682 - C1100ABQ - C.A.B.A.
info@tusquets.com.ar

Primera edición en formato digital: abril de 2023

Digitalización: Proyecto451

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del “Copyright”, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático.

Inscripción ley 11.723 en trámite
ISBN edición digital (ePub): 978-987-670-764-0

Para Noé y Amador
Para el tío Oscar

Desprovisto de árboles, de piedra,
de fauna cinegética, de metales preciosos,
en ese lugar siempre se estaba de paso.
Juan José Saer, *El río sin orillas*

I.

Bajaron del micro, las dos, con las vejigas infladas. De puro remilgadas, no habían querido usar el baño químico y ahora las abrumaba la urgencia. Esperar a que les entregaran las valijas fue un suplicio.

—No llego —dijo Clara.

Cuando al fin pudo sentarse sobre un inodoro —antes envolvió la tapa con papel higiénico, una medida absurda y de salubridad improbable—, descubrió que ya se le había escapado más de un chorrito.

La terminal de Retiro —ellas la conocían bien, viajaban seguido a Buenos Aires— era tan fea como incómoda. Se instalaron en la cola a la espera de un taxi y cada una se prendió un cigarrillo. El viaje había sido demoledor; entre las paradas obligadas y los achaques imprevistos del micro —bajones de batería, un humo sospechoso brotando desde el fondo—, cualquier posible buen humor se les había evaporado.

Había en el ambiente una humedad gomosa y, quizás por eso, el humo de los cigarrillos quedaba estático sobre ellas y sobre sus vecinos en la cola del taxi. Fue una mujer la primera en quejarse.

—No se puede fumar en espacios públicos —dijo.

Atenta al avance lento de la cola, Clara no advirtió el reclamo, pero Nadia sí. Se llevó, provocadora, el pucho a los labios y lo chupó con fruición; después cerró los ojos, elevó el mentón y soltó el humo en una exhalación suave pero intensa. Esta vez la queja vino de un chico, un muchacho que, Nadia calculó, tendría la edad de su hija menor, unos veintitrés, veinticuatro años.

—Señora —dijo el chico—, el humo molesta.

Recién entonces Clara se percató del asunto y a punto estuvo de apagar el cigarrillo, pero Nadia se le adelantó y, agarrándola de un

brazo, le obstruyó cualquier posible movimiento. Después miró al chico a los ojos y le habló en un tono de voz grave:

—Tengo cáncer —le dijo—, no me rompas las pelotas.

A ojos de un provinciano, pensaba Clara, Buenos Aires no es más que una desesperante continuidad, un paisaje que se repite sin matices. Hace falta instalarse un tiempo —pero cuánto, ¿meses?, ¿años?— para asimilar sus variaciones, su ritmo; incluso, y para decirlo en términos quizás más correctos, para captar en toda su nitidez la diversidad y la locura. Tal vez, seguramente, lo mismo ocurría con todas las ciudades de tamaño y expansión absurdos.

Clara había vivido alguna vez en Buenos Aires, en los años noventa, y no le guardaba un especial cariño. Ni siquiera el hecho de que dos de sus hijos —los dos más chicos— fuesen porteños y vivieran ahora en Buenos Aires le había levantado la estima por la ciudad. Solía culpar por eso —aunque un poco en broma, es cierto — a su ex marido, que según ella tenía «todos los vicios del porteño promedio».«Agrandado, mentiroso y merquero», se explayaba cuando alguien —alguien de confianza, por supuesto— se lo pedía.

Lo de «agrandado y mentiroso» no era más que un lugar común sobre los porteños, pero «merquero» era una expresión que había aprendido de sus hijos: si el mundo era como ellos lo veían, al menos un ochenta por ciento de la población era adicta a la cocaína. Ella, sin embargo, no había visto cocaína más que en alguna que otra película; hasta solía confundir las maneras, los modos de consumo: que si se fuma, que si se aspira, que si se inyecta.

En el fondo, tenía la convicción de que Danilo, su ex, no era ningún merquero, pero sentía un placer cosquilloso cada vez que le aplicaba el mote. Cada tanto, cuando alguien le venía con algún cuento, algún comentario soltado al voleo, ella se regodeaba y decía: «Y qué esperás de Danilo, si es terrible merquero».

Como tenía amigas y conocidas que habían atravesado con cierta dignidad el trance del cáncer de mama, Nadia no se lo había tomado tan a la tremenda. Estaba muy convencida de que no era

más que cumplir con el trámite, las recomendaciones médicas, el tratamiento. Esperaba que hubiera achaques, claro que sí, algún desorden anímico. La médica, desde luego, le había dicho que dejara de fumar y que no bebiera alcohol, que era contraproducente: «Es elemental —había dicho—, va de suyo».

Pero Nadia no conseguía —no le interesaba— unir la dolencia en su mama derecha con los inconvenientes que el pucho ocasionaba en los pulmones y que el alcohol —la cerveza, en su caso— provocaba en el estómago. Cada vez dijo que sí, que se cuidaría, que pondría más atención a esos detalles. Pero apenas atravesaba las puertas de la clínica prendía un primer cigarrillo que fumaba con una especie de voracidad, como si la invadiera un hambre antigua que solo se calmaba a pura pitada.

Después, una vez que al fin estaba en casa, llamaba a una de sus hijas, la invitaba a comer y —en el caso de que alguna de las dos estuviera disponible y bien predispuesta para la visita— le hablaba de bueyes perdidos, o bien se resignaba a escuchar las idas y vueltas laborales de una o el martirio maternal de la otra. En el medio, abría latas de cerveza a ritmo frenético, como si la presencia de sus hijas la habilitara a la borrachera. Pero no se emborrachaba; conseguía, apenas, que el estómago se le inflara y le cayera un sopor que la atontaba.

¿De qué hablaban, mientras tanto, sus hijas? ¿Llegaban a darse cuenta, llegaban a percibir los borborigmos que repiqueteaban en sus intestinos? No pensaba decirles nada de la enfermedad, al menos no de momento. El mundo de esas chicas, treintañeras con la mala vocación de acumular disgustos, no merecía soportar un problema de verdad. Si le llegaba, de repente, el impulso de abrir la boca y contarlo todo, se apuraba a abrir una nueva lata o lo reprimía con una larga y nerviosa pitada.

Al taxista parecía no molestarle el humo. En todo caso, ninguna de las dos se preocupó por averiguarlo antes de prenderse un cigarrillo. Desde el retrovisor, el hombre les devolvió una sonrisa, un gesto amable con el que pretendía —al menos así lo entendieron las dos— señalarles que no había problema. Acabaron de confirmarlo cuando él mismo prendió su propio cigarrillo. Después, por hablar de algo, les consultó qué ruta preferían tomar. Nadia fue cortante:

—La que nos lleve más rápido —dijo.

El taxista no se conformó con la respuesta y les advirtió sobre las posibles contingencias.

—Aquí nunca se sabe cuál es la ruta más rápida —argumentó, y en su voz sobrevoló un acento extranjero que no pasó desapercibido para Nadia.

—¿Venezolano? —Hizo la pregunta con acentuado desdén y no esperó a que el taxista respondiera para agregar—: Entre ustedes y los paraguayos desbordaron el país.

Más que el taxista, fue Clara quien acusó el golpe. Tenía enfrente, colgado del asiento, el cartelito con los datos completos del tipo. Aunque lo intentó, no alcanzó a leer —no quería ser tan evidente— su nacionalidad, pero sí leyó su nombre: Eudris Ojea. Temió que Nadia pudiera leerlo, que confirmara su presunción.

—Por favor —le dijo—: no molestes…

Las amonestaciones de Clara traían un dejo de cansancio, casi un hartazgo que, mucho más que aplacar, encendía los arrebatos de su hermana.

—Quiero llegar al hotel —dijo Nadia—, y este venezolano quiere pasearme por esta ciudad mugrienta.

El taxista no volvió a abrir la boca, ni siquiera para mentarles la tarifa. Frenó el coche en la puerta del hotel y señaló el contador con un dedo. Las ayudó con las valijas y recibió la paga con gesto neutro. Recién cambió la expresión cuando Clara puso en sus manos una propina apenas discreta. Se cuidó bien, Clara, de que Nadia no lo advirtiera.

Con Florencia, su hija, le pasaba igual: discutían por cuestiones que Clara consideraba importantes, complejas, pero también se enzarzaban por detalles insólitos como las propinas. Se veían poco. Tal vez sin llegar a formularse plenamente la idea, Clara se había hartado de las salidas irónicas de su hija, de sus comentarios venenosos y, para qué negarlo, en buena medida irrefutables.

«El futuro llegó hace rato», dijo Florencia una vez que la descubrió tanteándose arrugas frente a un espejo. Repitió la fórmula en otra ocasión, cuando Clara puso reparos —muy tímidos, por cierto, reparos ingenuos— al fervor feminista de los últimos años.

El futuro llegó hace rato. De haberlo conocido, Florencia se hubiera entendido muy bien con su padre. Era igualita a él.

Si se hace a un lado esa melena y nos quedamos solo con el rostro, pensaba Clara, nos queda Juan. Así se llamaba, Juan, y estaba muerto. Lo habían desaparecido durante la dictadura y hacía un par de años habían encontrado sus restos en un cementerio, en una fosa común, junto con los de otros antiguos desaparecidos. Florencia había asumido con fervor su lugar de hija de desaparecido y no entendía —«No me entra en la cabeza» era su frase— que Clara no asumiera con la misma intensidad su lugar de compañera desahuciada.

Clara se había propuesto ya no contrariar ni responder; Florencia —probablemente esa era la cuestión— necesitaba descargarse, asimilar aquella ausencia elemental. Pero tampoco veía con agrado que la frustración, la pena de su hija, se manifestara en esas agresiones más o menos gratuitas.

«Tilinga», le había dicho Florencia y había soltado luego una carcajada. Si era, la carcajada, una manera de atemperar la ofensa, a Clara no le importó. Su hija y ella se movían en mundos muy separados. Lo que lamentaba era que, en el medio, se perdía de ver a su nieta. Pobrecita su nieta, decía Clara, la madre que le tocó.

El padre de sus hijas era, según Nadia, un pelotudo. Siempre lo había sido. De otro modo, no se explicaban sus ganas de casarse —si Nadia no erraba en las cuentas, iba ya por su cuarto matrimonio hecho y derecho—, su gusto ñoño por los juegos de rol, su manía de

usar mocasines sin medias. Un pelotudo.

Pero Nadia había tenido dos hijas —Cata y Lucy— con Dante, ese hombre. Habré sido, también yo, una semejante pelotuda. Se habían casado muy jóvenes —veintidós años ella, veinticinco él— y desde un principio Nadia tuvo claro que sería una experiencia fugaz. Sobre todo, cuando Dante empezó a reclamarle que fumara y bebiera menos. Ella le llevó el apunte hasta donde pudo. Había sentido vergüenza ante el pedido de su marido. Pero cuando se descubrió, en pleno embarazo, fumando a escondidas en el baño, entendió que las cosas no podían hacerse de esa manera; entendió que, aun en aquella frágil juventud, no podía andar escondiéndose para fumar. Ni siquiera lo justificaba que hubiera un embarazo de por medio.

Lo que sí la tomó por sorpresa fue que Dante le anunciara su decisión de irse, de romper la pareja, al tercer día de vida de la hija menor. Tenía a Lucy prendida de la teta y el anuncio de Dante le sonó el colmo de la crueldad. Tenía, también, el pelo graso, ojeras negruzcas y ganas de fumar. Todavía eran jóvenes —ella no llegaba a los treinta—, demasiado jóvenes para una separación. Aunque lo intentó, no pudo llorar, no pudo dejar en evidencia la torpeza del pelotudo de Dante.

Clara se echó sobre la cama y movió brazos y piernas como si se esparciera por todo el colchón. Sintió un mareo, un vértigo extraño, y apretó los ojos con fuerza. Nadia percibió el gesto, el rostro fruncido de Clara, y le preguntó si pasaba algo, si se sentía bien.

—Debe ser el Lysoform —dijo Clara.

El hotel era todo lo bueno —o todo lo malo— que podía ser. En cualquier caso, era lo que tenía para ofrecerles la obra social. Quizás por cansancio, quizás porque no esperaba otra cosa, Nadia no se quejó cuando les asignaron una habitación doble y no dos simples, que era lo que ella había pedido. No tenía problemas con su hermana, no le molestaba compartir habitación con ella, pero hubiese sido más cómodo para las dos que cada una tuviese su lugar, no exponer así, tan de frente, su cuerpo reblandecido.

Al menos las camas eran buenas, los colchones y las almohadas, mullidos, había una sensación general de limpieza…

—… Puede que ya sea mucha limpieza —había dicho Nadia a medida que se acercaban a la habitación y el aroma del Lysoform, o de algún producto equivalente, las iba envolviendo.

—Si hay tanto Lysoform —había opinado Clara—, es que no hay tanta limpieza.

Ninguna de las dos hizo mención al alfombrado carcomido aquí y allá, al ruido ambiente, a los manchones de humedad y al viejo televisor de catorce pulgadas.

—Prefiero saltearme el almuerzo —anunció Clara, aún echada en la cama y aún con los ojos cerrados.

No habían hablado del almuerzo, no habían armado plan de ningún tipo. Sabían que en algún momento —cuando estuvieran libres de consultas, trámites y estudios médicos— tendrían que hacer compras, algunos regalos; tendrían que visitar amistades —el mismísimo Danilo, «el merquero», estaba al tanto de que andarían por la ciudad y, según había dicho, se moría por verlas—; tendrían también que visitar a los hijos de Clara.

—El almuerzo lo paga la obra social —dijo Nadia—: ni aunque me pudra lo salteo.

A instancias de alguna amiga, Clara había armado un grupo de WhatsApp con su hija y sus dos hijos —«Mis hijes y yo»—, pero no había conseguido entusiasmarlos. «Así estamos más cerca» fue el mensaje inaugural; una manera, entendió, de romper el hielo. La respuesta de Amado, el del medio, fue esperanzadora: «Siempre estamos cerca, mamucha»; Diego aportó algún corazón rojo con una carita feliz y Florencia no dio señales de vida. El grupo quedó en eso.

Ella no supo cómo hacerlo avanzar, no sabía ser espontánea, y ellos no parecían preocuparse. Cada tanto buscaba el grupo en el teléfono y leía su mensaje. «Así estamos más cerca». Se sentía ridícula, y peor se sentía cuando buscaba rastros de ironía en la respuesta de Amado —sobre todo en ese «mamucha» un tanto inverosímil—.

Tampoco le parecía bien la frialdad entre ellos mismos, que su hija no conociera a la hija de Amado —que ya iba a cumplir siete años, quizás ocho— y que Amado y Diego no se preocuparan por hacer alguna visita a la provincia, por salir alguna vez de Buenos Aires. ¿No les interesaba saber algo de la vida de sus parientes provincianos? ¿Algo acerca de su madre? ¿Acerca de sí mismos?

El día en que al fin se fue de Buenos Aires —hacía ya más de veinte años de eso, con la pubertad de Florencia en el punto de ebullición— pensaba que, más temprano que tarde, volvería a vivir con sus hijos. Era lo más común del mundo, lo más natural. Nunca imaginó que la adolescencia de su hija y su propia pereza acabarían por llevarse puestos el mundo alrededor, su ánimo, sus ganas de hacer cosas. Las cosas que fueran.

La foto de perfil que había elegido para el grupo de WhatsApp —los varones unos meros retoños, sentados uno sobre cada pierna; Florencia de pie, una nena con soberana cara de culo— relucía en el teléfono, oscura como una afrenta.

La médica se llamaba Lola y era de apellido Bustos; Nadia pasó buena parte de la consulta haciendo bromas al respecto. Era joven la médica, al menos más joven que ella, y a Nadia le molestó —pasado el rato, cuando había hecho ya unos cuantos comentarios—

que no compartiera su humor.

—Pero, Lola —dijo—: ni que el tumor lo tuvieses vos.

Después, en un movimiento mecánico, instintivo, hundió una mano en la cartera y tanteó el paquete de cigarrillos.

—Con lo avanzada que está la ciencia —dijo, ya con el pucho colgándole en el labio y el encendedor dispuesto—, con los avances que hay, esto se resuelve.

La médica respondió otra cosa: que ella, dijo, no acostumbraba tutear a sus pacientes, y que le agradecía que la llamara «doctora Bustos». Y desde luego, agregó, en ese consultorio, como en cualquier otro, fumar estaba prohibidísimo.

Aunque no se amedrentó, la mala cara de la doctora Bustos le quitó a Nadia las ganas de seguir con los chistes. Pero, al mismo tiempo, le aumentó las ganas de prender ese pucho. Sin embargo, no lo hizo. De pronto se sentía cansada, más que de costumbre.

Había dejado pasar mucho tiempo desde el día en que había sentido lo que llamaba «la dureza». Desde un primer momento supo de qué se trataba, pero había algo, algo que ni siquiera ella alcanzaba a comprender, que no le permitía afrontar, por así decirlo, la consulta médica.

Lo habló con Marisa, la hermana mayor. Sabía muy bien que Marisa no haría escándalo, que examinaría la dureza con detenimiento, casi con delectación, y que aportaría luego una salida ingeniosa. Pero Marisa la decepcionó, o, bien considerado, superó sus expectativas.

—Qué cagada —fue lo único que dijo, la mano izquierda apretando la dureza de Nadia.

Fue la doctora Bustos quien aconsejó, meses después, el tratamiento en Buenos Aires. Nadia no entendía que, así como era —tan joven, una chica tan linda—, la doctora Bustos —en cuyo consultorio, por cierto, Nadia bien lo había revisado, no había diploma que acreditara lo de «doctora»— fuese también tan amargada. Nada de lo que esa chica pudiese recomendar, pensaba Nadia, la llevaría a buen puerto.

—Muy bien, doctora —dijo—: si usted dice que en Buenos Aires,

será en Buenos Aires.

No fue que se despertara sin saber dónde. Fue más bien el hecho de tenerlo tan claro lo que la hizo suspirar, soltar ese bufido exagerado. Se incorporó y se quedó sentada al borde de la cama. La luz dentro de la habitación se había movido; le dio la impresión de que las cosas se habían puesto del revés, como si un espejo se las hubiera comido y ahora se las escupiera así, dadas vuelta, a la cara. Por ejemplo, la puerta: hubiese jurado que estaba ubicada en el ángulo opuesto.

También los ruidos habían cambiado: ya no era aquel bullicio en sordina de cuando llegaron, ahora se sentía el choque de los televisores encendidos en las habitaciones aledañas, un entramado de música y voces que —al igual que la habitación comida por un espejo— parecían hablar al revés.

Clara se frotó los oídos y se pasó luego las manos por la cara. Levantó la vista y la clavó en el pequeño televisor, empotrado en la pared como una araña metálica. Buscó el control remoto en la mesita de luz y, después de apuntar hacia arriba y de apretar el botón de encendido hasta dejarse el pulgar morado, dedujo que estaba sin pilas, o simplemente roto. Lo dejó en el lugar soltando un nuevo bufido, pero la verdad es que no tenía ganas de ver tele.

Se levantó —le vino un mareo repentino, como un soponcio— y se dirigió al baño. Su hermana ya había hecho uso y abuso del lugar: había colillas flotando en el vasito de los cepillos de dientes, había una toalla hecha un bollo en el piso, el neceser con las pinturas a medio desparramar.

Levantó la tapa del inodoro y, antes de sentarse, la envolvió en papel higiénico, como había hecho en el baño de Retiro. Quién podía asegurarle que lo de su hermana, el tumor, no se propagara de aquella manera.

A Danilo le gustaba bailar, cosa que Clara aborrecía. Se conocieron una vez que él viajó a la provincia por asuntos de militancia: fervoroso con la vuelta democrática, Danilo se había integrado a una variante del peronismo de izquierda. Buscó a Clara porque quería, dijo, conocer a la compañera del desaparecido Juan

Manuel Brítez, un ícono, casi un mito de la guerrilla argentina. Clara no supo qué decir cuando golpearon a su puerta con semejante propósito.

En aquella época, compartía departamento con dos compañeras de estudio. Y con su hija Florencia, por supuesto, que revoloteaba como un pájaro histérico por las habitaciones minúsculas, con el ceño siempre fruncido y esa manía de sufrir por todo. O por nada.

Pudorosa, incluso un poco torpe, Clara recibió a Danilo y a los dos compañeros que venían con él.

«Queremos —le dijeron— armar un libro sobre Juan, sobre su vida». Necesitaban su testimonio.

Clara preparó mate y preparó té, y dispuso todo sobre la mesa del comedor mientras Danilo y sus compañeros revisaban la biblioteca, apenas nutrida con libros de estudio, algún salteado literario y revistas viejas. Una vez que se sentaron a la mesa, se hizo un silencio incómodo, un silencio demasiado largo que, gracias a Dios, Florencia alteró con sus berrinches, con reclamos, con puros lloriqueos.

«La hija de Juan Brítez», dijo Danilo. Lo dijo como si estuviera ante una eminencia, como si el comportamiento de Florencia evidenciara su origen, su estirpe, su condición de hija. Florencia cortó el lloriqueo para mirarlo y Danilo le sonrió y le hizo ojitos. Al final acabaron, Danilo y sus compañeros, improvisando distracciones para aplacar el malhumor de la nena.

Nadie volvió a hablar de Juan Brítez. Menos aún cuando llegaron las compañeras de Clara: entre todos hicieron a un lado el mate y el té y alguien trajo un par de botellas de vino; alguna de las chicas apareció de pronto con una guitarra y el ánimo se puso más festivo.

Clara no entendería, más tarde, cómo fue que se dejó arrastrar hasta una discoteca; cómo fue que acabó bailando en trencito, la cintura apretada desde atrás por las manos de Danilo, que se movía, sudoroso y excitado, feliz de menear el cuerpo de la compañera de Juan Brítez; cómo fue que, apenas seis meses después, ponía todo a punto para mandarse con su hija rumbo a Buenos Aires tras los

pasos de Danilo.

Después de Dante, no fueron más que encuentros furtivos con hombres de vida más o menos disipada. Sus hijas, decía Nadia, no le daban tiempo para encarar proyectos amorosos duraderos; pero la verdad era que Cata y Lucy no le habían dado mayor problema. Podría decirse que fueron niñas autosuficientes, o que Dante, culposo por su partida intempestiva, había asumido con creces su parte en la crianza. O algo como eso.

Nadia había conseguido trabajo, aburrido pero estable, en la Cámara de Diputados de la provincia. No tenía más que cumplir horario, siete horas de vacío, de absurdo letargo, que atravesaba a fuerza de mates y cigarrillos.

Apenas entrados los años noventa, y arrastrada por el entusiasmo del montón de compañeros que señalaban las ventajas de la oferta, se plegó a un retiro voluntario y en cosa de unos meses, y con treinta y tres años recién cumplidos, se convirtió en una especie de joven jubilada.

No tardó en descubrir que las siete horas perdidas en la Cámara, aquellas horas de marasmo, servían al menos para plantearse una rutina. Ahora tenía, de pronto, ese tiempo abrumador martillándole el ánimo.

Una noche salió con amigas, un ir y venir pavote entre los dos bares más concurridos de la ciudad. A la cerveza habitual le agregó un Destornillador y un Séptimo Regimiento, tragos de moda, ineludibles y asquerosos. La mezcla, el mero exceso, le cayó mal. En uno de los bares se levantó para ir al baño y las luces rojizas le trastocaron el equilibrio. La oscuridad posterior a ese momento la persiguió durante las siguientes semanas. La vergüenza, el miedo.

Evitó salir, al menos por unos días. Evitó llevar a las chicas a la escuela, ir al centro, hacer compras… a tal punto que ese comportamiento, esa forma de estar, se le fue volviendo algo así como un hábito.

El almuerzo del hotel había sido más contundente que sabroso y, antes que encerrarse a digerirlo en la habitación, había preferido tomar un poco de aire, así se tratase del aire convulsionado de la ciudad. Armó el equipo de mate, se abrochó la riñonera con los cigarrillos y salió. Hizo un par de cuadras esquivando el tumulto de gente, el andar nervioso y estrafalario de la calle.

No le gustaba Buenos Aires, no se acostumbraba al zumbido de los colectivos, a las veredas del centro tan angostas, a las ventoleras repentinas.

Se apuró a llegar a la plaza y se sentó en el primer banco más o menos limpio que encontró, de cara al Congreso. Mantuvo la mirada fija en el edificio, en la cúpula verde. Alguna vez había leído —o tal vez lo había escuchado— sobre la causa de aquel verdor, el cobre y su óxido, el efecto del aire, la polución… lo que más recordaba ahora, sin embargo, era la expresión «cáncer del cobre».

Preparó el mate y, aunque fue cuidadosa, no pudo evitar que el viento arrastrara briznas y polvillo de la yerba. Un manojo de palomas se alborotó en el intento de picotear ese polvillo y ella se replegó, asustada, como si las palomas pretendieran atacarla.

Se cebó el primer mate y lo chupó pensando en las palomas y en la cúpula cancerosa del Congreso. Las palomas, se dijo, comían yerba que después cagaban sobre la cúpula. Esa era la pura verdad.

Allá en la esquina vio a su hermana esperando a que el semáforo le diera el verde para cruzar. ¿Habían quedado en encontrarse ahí? ¿O el Congreso y su plaza eran cita ineludible para provincianos enfermos? Como sea, quería que Clara se apurase a cruzar, así le contaba su idea de las palomas y el Congreso.

Amado, el mayor de sus hijos porteños, tenía un lindo nombre. Un nombre, decía ella, nacido de la inspiración y el deseo. Un embarazo feliz —aun en sus pesares y molestias—, con un compañero a pleno. Buenos Aires parecía una ciudad amable, podía imaginar una vida tranquila.

El mismo compañero y la misma ciudad se trastocarían en

apenas dos años, con el embarazo siguiente. No había más que atender al nombre del nuevo hijo —Diego— para percibir la dejadez, el poco entusiasmo con que lo recibirían. De puro culposa, con el correr de los años deformaría el «Diego» y se dirigiría a su hijo menor con el —para ella misma absurdo— «Dave».

Que el chico tardara en caminar, que no se adaptara a la escuela, que repitiera un año del colegio y que, ahora mismo, no fuera capaz de estabilizar su vida laboral eran hechos que justificaban —al menos para Clara— su poco apego a la familia.

El éxito, por llamarlo de algún modo, de su hermano Amado no hacía más que confirmar las presunciones de Clara: la atención que había recibido uno y la desidia con que se había criado al otro. También confirmaban aquel desapego, el desdén de Dave ante cada una de sus visitas; su hermetismo, esa manera de abrazar, como si no alcanzara a tocarle el cuerpo.

Una vez que estuvo de visita en la ciudad abrió, sin golpear, la puerta del baño y encontró a Dave sentado sobre el inodoro. Leía una revista *Conocer y Saber*. Pero, mucho más que la imagen —por supuesto, grotesca—, lo que la golpeó fue la pestilencia, la constatación de que su hijo menor se movía en un mundo turbio. De otro modo, no se explicaba que pudiera leer, concentrarse sobre el manto de tamaña corrupción.

Prefería la cerveza en lata. Era más fácil de maniobrar, le permitía una cierta libertad de movimiento. Hacía una compra mensual de dos packs de dieciocho latas, cosa de mantener la heladera bien provista. No compraba las marcas más caras, no creía que hubiera grandes diferencias en la elaboración; buscaba una marca intermedia, un promedio que tampoco la rebajara a la vista y apreciación de algún eventual visitante.

Pero lo que en realidad disfrutaba era comprar en los kioscos; ir por la calle y hacer un parate para conseguirse una lata y un par de puchos sueltos. Caminar después, lata y pucho en mano, por la calle abarrotada. Cata y Lucy se reían: «Ni que fueras adolescente». La mención a la juventud, sin embargo, fortalecía ese comportamiento; como si en verdad esa conducta representara un esplendor mucho

más que un aire retorcido, más o menos marginal.

El problema era cuando le venían esas ganas violentas de mear, cuando en su andar a la deriva no se cercioraba de tener un lugar a mano donde descargar la vejiga. Si fuera hombre, pensaba, no tendría este problema. Los hombres aguantan más y mejor, tienen el cuerpo hecho para cargar la cantidad de líquido que el ánimo disponga. Sin contar el lugar común de que pueden usar cualquier arbusto, la pared que sea, la rueda de un auto, para aliviarse.

Nadia se apuraba. Apretaba la lata de cerveza con odio y caminaba con pasos cortos y desesperados. Rígida, el ceño fruncido, iba dejando escapar el pis en chorros punzantes y nada placenteros. Era, decía ella, el precio a pagar por mantener en vigencia su espíritu adolescente.

—No hay fuego en Buenos Aires —dijo Clara.

Se habían dejado los encendedores en el hotel y ahora arremetían sobre cualquier peatón —mujer, hombre, joven o viejo— sin mucho criterio: «¿Me convidás fuego?».

De pronto parecía —al menos a ellas, que iban acumulando nervios, les parecía eso— que nadie fumaba, que el trajín del Congreso estaba hecho de personas libres de humo y nicotina. «Boludos alegres», opinó Nadia. Se movía en círculos, nerviosa, girando sobre sí misma y acogotando un cigarrillo entre los dedos. Clara, a su vez, se movía en sintonía, los pies pequeños yendo y viniendo en un bailoteo errático.

Nadia vio pasar por la vereda de enfrente, por la vereda del Congreso, a un chico, un mero adolescente con uniforme escolar, que fumaba distraído. Estaba a más de treinta metros de ellas, apartado además por el alboroto de los autos y los colectivos, el vocerío estruendoso de la calle y la bruma de la polución. Nadia se arrimó al cordón de la vereda y, desafiando la distancia y el escándalo alrededor, levantó y movió los brazos para llamar la atención del chico. Parecía, Nadia, un náufrago alucinado.

Aunque sentía tremendas ganas de fumar, a Clara le pareció que su hermana se excedía, que se dejaba llevar por la ansiedad. Del otro lado de la calle, el adolescente al que Nadia hacía señas no daba muestras de enterarse. Seguía su camino, cada vez más lejos, como si estuviesen, él y ellas, en dimensiones opuestas.

Nadia gritó. Nada preciso, nada concreto; un alarido sin forma que no podría escuchar más que su hermana Clara, que seguía con recelo sus movimientos, los de Nadia.

Mientras tanto, allá enfrente, el chico que acaso podría darles fuego llegaba a la esquina y se perdía en el tumulto del tránsito lento.

Nadia gritó una última vez, ya sin fuerzas ni esperanzas. Dejó caer los brazos a los costados, vencida, y giró para quedar de cara a la plaza. Tenía ganas de llorar, o al menos de seguir ahí a los gritos. Pero se topó con Clara, con su expresión bovina, y optó por una

sonrisa que, por la devolución de su hermana, supuso que se habría sentido como una mueca estrambótica.

Marisa, la hermana mayor, vivía en un limbo. Ocupada en sus cosas, como lejos de todo. Clara decía, un poco en chiste, que Marisa era la intelectual de la familia, que por eso su atención se dispersaba y por eso se vestía de esa manera. Un día como una jipi, decía Clara, al siguiente como oficinista.

Maestra de música y eventual lectora del tarot, Marisa había sabido arreglárselas sola; ni siquiera se había visto en la necesidad de armarse una familia más allá de sus dos hermanas, a quienes, por cierto, veía muy poco.

«Vive a su aire», la justificaba Clara, pero Nadia era menos benévola. Para Nadia, lo de la hermana mayor no era más que una forma de egoísmo, pocas ganas de comprometerse con la familia, con el trabajo, con lo que fuera.

De todos modos, se llevaban bien; las veces que se veían —pocas, unas cuatro al año— se divertían, hablaban de bueyes perdidos, y Marisa daba cuenta de sus últimas ocurrencias.

Clara se había asustado —había sido ese el sentimiento— la vez que Marisa se enredó con una alumna de canto —una mujer casada, con «una vida hecha»—. Era una historia de otro mundo, que a Clara le costaba asimilar. Que el marido de la alumna se hubiera enterado y merodeara la casa de Marisa era, para Clara, el colmo de la intensidad, de una vida al límite. Marisa, sin embargo, se preocupaba más por el dinero que perdería: su alumna, dijo, no era de lo más corajuda, no se la veía muy capaz de hacerle frente a un marido impertinente.

El cigarrillo que Clara encendió aquella vez, mientras Marisa ahondaba en sus idas y vueltas amorosas, fue una manera de desviar el tema; o al menos de saltearse la obligación de opinar. Se preocupó, eso sí, por mantener una especie de sonrisa entre pitada y pitada, de modo que su hermana mayor no se preguntara cuán corajuda podía llegar a ser ella y se dejara de joder, por una vez, con esos cuentos traídos de los pelos.

Si no le quedaba más remedio que elegir, Nadia prefería pasar el tiempo con su hija Cata. La maternidad había obrado un milagro en esa chica; si en otra época se manejaba como una descocada, el nacimiento de su hijo le había clavado los pies en la tierra. A Nadia le gustaba escuchar sus quejas, las quejas de Cata; le gustaba sentir que su hija y los problemas que la agobiaban —problemas más o menos pequeños, más o menos elementales— circulaban por un carril previsible: la falta de tiempo, las alergias del bebé, lo caro que está todo.

Con Lucy, su hija más chica —aunque la diferencia de edad entre Cata y Lucy era nimia, apenas dos años—, era más difícil: Lucy caía en pozos de silencio, se quedaba con la mirada perdida en algún punto inaccesible para ella, para Nadia, que a modo de consuelo se decía que su hija menor había sacado la locura de su tía Marisa. Pero no era del todo cierto: a diferencia de la tía Marisa, la expresión de Lucy era de una seriedad preocupante. ¿Qué le pasaba a esa chica? ¿Pocos amigos? ¿Exceso de trabajo? ¿Falta de sexo?

El problema de Lucy, concluyó una vez, era su orientación sexual: ella, Lucy, no lo sabía, no lo tenía del todo claro, o no sabía cómo expresarlo. Pero Nadia estaba segura de que su hija menor era lesbiana. Hizo un repaso por los novios que le había conocido. No eran muchos, con suerte si llegaban a cuatro. No recordaba a Lucy —como sí recordaba a Cata— en situaciones amorosas, besándose o metiéndose mano con algún chico, o deprimida por algún noviazgo fallido. Tampoco recordaba a su hija con maquillaje, preocupada por mantener en forma el cabello, untándose alguna crema para las manos.

Ser lesbiana no tenía por qué ser malo, de hecho no lo era; pero a su hija —Nadia ya se había convencido— esa condición la tenía a maltraer. Por eso, suponía, era más llevadero pasar el rato en compañía de Cata, entre pañales y quejidos. Además de que Cata fumaba al mismo ritmo que ella.

—¿Qué habremos hecho mal? —Lo que Clara preguntaba, en realidad, era en qué momento habían doblado o habían seguido de largo para encontrarse, de pronto, en una esquina desconocida. Pero Nadia llevó la cuestión para otro lado.

—Coger —dijo—: eso hicimos mal.

No era un comentario gracioso y Clara no tuvo ganas de hacer que lo pareciera. Se mantuvo en silencio, buscando alguna señal, un paisaje conocido, el nombre de una calle que sirviera para ubicarse.

—Buscá en el teléfono. —La sugerencia de Nadia tampoco servía, las aplicaciones del teléfono eran un engorro, otra manera de sumar nervios y de sentirse inútil. Sin contar el hecho de que no le gustaba andar mostrando el teléfono, exponerse a la vista de algún ratero de poca monta.

—Tomemos un taxi —dijo Clara. Esa era la última opción, también la más humillante, pero se habían cansado de andar al voleo.

A Clara le molestaba, más que nada, que cada pocos metros se apareciera alguien —mendigos— pidiendo un cigarrillo o una moneda. Eran hombres sucios, algunos con evidentes problemas motrices, de quienes costaba discernir la edad y que les hablaban con voces rasposas y en tonos amenazantes. A cambio, ni siquiera eran capaces de ofrecerles orientación, el camino de vuelta al hotel, el inestable fuego de un fósforo.

—Debemos estar, como mucho, a tres cuadras —dijo Nadia—: si nos subimos a un taxi, nos va a pasear por media ciudad.

No encontraron el hotel, pero Nadia divisó un bar que les venía al pelo. Se instalaron en una mesa en la vereda y, una vez que consiguieron la atención del mozo, se apuraron a pedir fuego. Lo hicieron en simultáneo, la voz de una pisando la voz de la otra, cosa que provocó una carcajada tal vez excesiva por parte del mozo.

Era un hombre mayor, más o menos de la edad de ellas. Su sonrisa —una sonrisa cansina y amable— demandaba una respuesta cordial, un comentario en sintonía, mientras arrimaba con pericia la llama del encendedor al pucho de cada una, primero a una y

después a la otra.

Pero estaban las dos muy distraídas, agobiadas por los nervios y la caminata al tuntún. No les alcanzó el ánimo para registrar los modales del mozo. Recién una vez que soltó el humo de la primera y más larga pitada, Nadia se hizo lugar para pedir una cerveza.

—Que no esté muy fría —dijo.

De repente en Facebook a todos se les había dado por las listas. Comidas preferidas, el viaje ideal, diez canciones memorables. La peor de las listas, la más patética, era un rejunte de las cosas que hubieses querido ser y que, desde luego, no eras. Clara leía esos inventarios con un dejo de vergüenza ajena. Estaba lleno de exploradores, estrellas de rock, astrónomos frustrados. En el fondo, no era más que una competencia para ver quién era más atrevido o más ocurrente, como si pronunciar aquello que no éramos fuera suficiente para ubicarnos en ese plano, para concretar algo.

Clara lamentaba si descubría en esas cuitas a alguien por quien sentía aprecio o algo cercano al respeto. Había que ser recatados. Ella, por ejemplo, confeccionó su propia lista, pero estuvo lejos de publicarla. La escribió a mano, en la hoja suelta de un anotador.

No tardó en darse cuenta de que era una lista absurda y, sobre todo, mentirosa. Ella no quería, nunca había querido, ser paracaidista, o ser Madonna. Lo más honesto que había escrito, se fijaba después, era «abogada». Quizás por los dos años que había perdido en la Facultad de Derecho, dos años que volvían, cada tanto, a perturbar su conciencia de universitaria sin título.

A los dos años en Derecho, Clara le sumaba, con pena, un año en Arquitectura, dos años en Ciencia Política, un año en Filosofía y otros dos años en Letras, carreras a las que había que agregar cursos y seminarios que tenían, sí, la virtud de entusiasmarla.

Esas profesoras y esos profesores tan seguros de sí mismos, tan brillantes, le señalaban un horizonte. Eso era, sin dudas y sin necesidad de lista alguna, lo que ella quería ser en la vida: una brillante profesora de seminarios. No entendía por qué se le hacía tan difícil adaptar ese deseo a su lista.

Nadia no tenía cuenta de Facebook. O sí. Dependía, en realidad, del humor del momento. Su cuenta era un barullo, un compendio de denuncias, de publicaciones compartidas a la ligera, que iban desde la mala situación de los indígenas en el Amazonas hasta el precario servicio de limpieza municipal. En sus días de mayor absorción en la red, usaba el teléfono para mantenerse alerta, como si cada acontecimiento demandara su opinión, su réplica, su insulto.

En su departamento tenía una vieja PC con un monitor pequeño y sucio sobre el que se volcaba, se hundía, cuando la vista y la tensión que ejercía en el entrecejo empezaban a cansarla. También solía pasar horas jugando al solitario o al Buscaminas, juegos básicos que le permitían alguna dispersión.

«Me calma —les decía a sus hijas cuando ellas le reprochaban la cantidad de horas frente al monitor—, la computadora me calma».

Sus hijas acabarían prefiriendo eso, que su madre se mantuviera hundida en el solitario, pucho y lata de cerveza en mano, a que se enganchara con Facebook. Ya no les hacía gracia la idea de pedir disculpas en su nombre, de escribir a los conocidos insultados por su madre y explicarles que las cosas no le estaban yendo bien.

Pedirle disculpas, por ejemplo, a su propio padre, al pelotudo de Dante, que se había quejado de las ofensas que Nadia lanzaba sobre su mujer actual. «Cornuda», le había escrito Nadia en un comentario. Discutían de política. Eso al menos creía recordar Nadia, aunque en realidad no estaba del todo segura, bien podía ser que fuera por diferencias religiosas. Podía ser por cualquier cosa. La madrastra de sus hijas, como ella la llamaba, era una católica ferviente; su muro de Facebook, plagado de bendiciones y llamados a la oración, era el blanco perfecto para una mujer que ya no tenía nada que perder. Era lo que Nadia respondía cuando sus hijas le pedían moderación: que ser moderada cuando se había perdido todo era, también, ser un poco idiota.

Quizás por cansancio, tal vez por la euforia acumulada, la cuestión es que se emborracharon muy pronto, apenas promediando la segunda botella. Estaban contentas de haberse desorientado, de que la tarde hubiese tomado aquel cariz tan risueño.

—Está muy lindo el mozo.

Las frases de Nadia se enredaban en una especie de hipido que las hacía sonar más intensas, también un poco rasposas. Que el mozo se diera cuenta, que le llegara el improbable piropo, hizo que Clara, a su vez, se riera como una nena.

—Se nos va a instalar en la mesa.

El mozo, sin embargo, tardó en volver. Lo vieron parlotear, pegado a la barra, reírse con el cajero de algo que pasaban por televisión. A Clara le gustó su camisa —«Súper prolija, recién planchada»—, le gustó que se comportara con esa prestancia, un hombre que pisaba terreno firme.

—Nunca me sentí cómoda en Buenos Aires —dijo.

Nadia se mandó un trago largo, bien hasta el fondo, la cabeza echada hacia atrás, como si quisiera clavarse el vaso en la boca. Una línea líquida le cayó por el mentón y, sin bajar la cabeza, se la limpió con una manga de la camisa.

—El problema de la bebida muy fría —dijo después— es que me hace doler los dientes.

Fue cosa de un segundo, cada una en su propia peregrina idea, pero de pronto tenían al mozo ahí junto a ellas, la sonrisa a pleno y el encendedor otra vez bien dispuesto. Clara pensó en un galán de cine, un galán de los de antes: «Un mocito», se dijo, y le causó gracia la pertinencia de la imagen.

—Cerramos en diez minutos —avisó el mozo—: por si van a querer algo más.

De sus padres hablaba poco y nada. Según ella, se habían criado las tres hermanas solas. Para colmo, Marisa, la mayor, no era lo que se dice virtuosa por su espíritu maternal. A Clara le hubiese encantado que Marisa asumiera como suyo el hueco que dejaban los

padres. Papá y mamá… Clara se empeñaba en llamarlos así.

Recordaba a su padre como un hombre callado, muy callado; no le gustaba la imagen, prefería no pensarlo, pero cada tanto caía en la cuenta de que, más que callado, su padre no era más que un tipo triste. Con ese bigotito que ahora, cada vez que lo veía en alguna foto, le hacía acordar tanto al dictador Videla.

«Pero qué hija de puta», le dijo Nadia cuando ella se lo comentó. Fue un poco más allá, su hermana: le recomendó hacer terapia, que no era normal ver a un padre como a un torturador. Menos aún si, como ella, como Clara, tenía un marido desaparecido. «Ay, boluda» fue la respuesta de Clara, que durante días no pudo borrarse la idea. ¿Habría tenido algo que ver ella en la desaparición de Juan Brítez, su marido? ¿El bigote de su padre no representaba un mal presagio para Juan Brítez?

Tenía un recuerdo de infancia, nítido y a la vez improbable. Su padre la lleva en moto, van por la ruta, y él acelera y grita: «¡Vamos al moño!», dice, «¡Vamos al moño!». Pero ¿de quién era esa moto? ¿Por qué nunca volvió a subirse, por qué ni siquiera volvió a verla? ¿Qué ruta era la que habían tomado ella y su padre? ¿Al moño? ¿Qué era el moño, dónde quedaba? ¿La moto era grande, como ella la recuerda, o ella entonces era tan pequeña que la veía así, como una moto grande?

Su padre en realidad andaba en auto: un Gordini (puede incluso que hayan sido dos Gordini), también un Fiat (pero qué modelo de Fiat), un Falcon (¡un Falcon!)… Su padre manejaba en silencio, a lo sumo si soltaba un chistido, una queja ahogada por los líos del tránsito. Su padre no era como aquel tarambana que iba en moto, «¡Al moño, al moño!». Su padre no podía, en modo alguno, haber sido un torturador.

El problema era con la madre. No las quería. O bueno, capaz que sí; el problema era que no sabía expresarlo. O el problema, bien visto, era que se trataba de una mujer frustrada, muy celosa de sus hijas.

Les robaba la ropa, o la escondía, o bien mezclaba la ropa de Marisa con la de Clara, cosa que se pelearan entre ellas. En medio

de la trifulca, Sonia —porque no quería que le dijeran mamá, había que llamarla por su nombre—, Sonia se aparecía, las llamaba al orden y les imponía luego algún castigo. Por lo general, les cortaba las salidas del fin de semana.

Nadia, que había sido testigo del modo en que su madre se esmeraba en ocultar remeras de Clara en la cajonera de Marisa, en guardar pantalones de Marisa en bolsas negras que después introducía a la fuerza en los fondos de un placar, no podía siquiera acompañar con una falsa sonrisa los guiños juguetones que Sonia le lanzaba mientras arremetía contra sus hermanas. Como si hubiesen sido cómplices, Nadia y su madre.

Cuando sus hermanas no estaban, Nadia se movía en silencio detrás de Sonia. Como una sombra. Sonia hablaba entre dientes: «Estas pendejas —decía—, la ropa que tienen». Nadia no sabía si era un problema de cantidad o de calidad: ¿estaba mal que sus hermanas tuvieran tanta ropa? ¿O estaba mal que tuvieran *esa* ropa?

Algo parecido ocurría con el padre: Sonia le escondía los cigarrillos. Mientras el padre dormía, o mientras se bañaba, ella revisaba cajones, los bolsillos de algún pantalón, y se guardaba los atados que encontrara. Después, cuando el padre preguntaba por sus puchos, Sonia lo mandaba a hacerse ver la cabeza. ¿Cuántos paquetes perdiste ya esta semana?

Su primer cigarrillo, Nadia lo fumó gracias a Sonia. Fue uno de aquellos puchos, los de su padre. En la casa habían quedado las dos solas, con toda una tarde por delante y, por no tener otra cosa que hacer —eso al menos se le ocurría a Nadia—, Sonia había emprendido su periplo por entre la ropa de sus hijas. Revisó los cajones de siempre, farfulló los improperios habituales, escondió y mezcló con buen celo. Cansada —¿cuánto tiempo le insumía aquel proceder? ¿Una hora? ¿Dos? ¿La tarde entera?—, se sentó al borde de la cama, lanzó un suspiro largo y de algún bolsillo entre su ropa sacó uno de los atados de su marido. Nadia no recordaba que Sonia, su madre, fumara, pero al verla sostener el cigarrillo con tanta pericia, lanzar el humo en una exhalación suave, elegante, por

primera vez sintió un rapto de admiración por esa mujer.

El mozo, sin embargo, se sentó junto a ellas.

—¿Y de dónde es que son?

Fue a partir de esa pregunta, por el cantito resbaloso con que la acompañó, que se percataron de que el mozo tampoco era porteño. Ni siquiera argentino.

—Un hermano latinoamericano.

Clara se asustó, temió que el hombre se tomara a mal la frase de su hermana, pero lo cierto es que Nadia pronunció la frase con un dejo simpático.

—Un hermano de la patria grande —dijo él, y les preguntó después si tenían planes para más tarde.

—Nunca contesto esas cosas —dijo Nadia— si quien pregunta no me dice antes su nombre.

Es notable, pensó Clara, el efecto que dos cervezas provocaban en su hermana; el cambio de ánimo, la chispa bien direccionada. No le sorprendió, en cambio, que el mozo se llamara —o dijera que se llamaba— Líber: la extravagancia precisa, la procedencia difusa…

—Si están buscando lugar para seguir la descarga —dijo el mozo —, puedo recomendarles algo.

A Clara le vinieron, en tropel, las recomendaciones que había recibido alguna vez de parte de su madre; los consejos con los que ella misma se atormentaba, ya de grande, y los cuidados con que perseguía a su hija Florencia… No hablar con extraños era el primero y el más elemental. Y en ese momento, dejándose llevar por la entonación saltarina de Líber, sentía que ella y su hermana conspiraban contra la forma básica de conducirse por la vida. Quién podía asegurarle que este hermano latinoamericano no las llevara, de cabeza, hacia algún tipo de estafa, hacia una red de trata. Bebió lo que quedaba de cerveza en su vaso y, con disimulo, ahogó la arremetida de un eructo.

Un sueño recurrente, una imagen que volvía con insistencia, era el nacimiento de su nieta. El embarazo de su hija Florencia había sido un suplicio. Para empezar, nunca había querido hablar del

padre de la criatura. Quién era, cómo era, a qué se dedicaba… Hasta ese día, la identidad del muchacho —pero cómo saber si era un muchacho, por Dios, si hasta podía ser un hombre mayor—, su nombre, seguía siendo un misterio. Pero ahí estaba Florencia, descompuesta desde el primer día, sosteniéndose el bajo vientre con ambas manos aun cuando la panza del embarazo ni siquiera daba señales de asomarse. Florencia en las consultas con el médico, su malestar, el enojo con las secretarias, los ojos enrojecidos de tanto llorar. Aunque no lloraba. Era nada más que un gesto, la expresión dura, la inminencia de una explosión.

A Clara también le caían mal los médicos y el mundillo que los rodeaba; la falsa amabilidad de las enfermeras, las palabras amorosas envueltas en un cinismo ofensivo, el desprecio disfrazado de tolerancia. Soportó cada instancia de aquel embarazo, incluidos los cursos de preparto, con Florencia mascullando su irritación contra aquellas parteras que, bien entrenadas, ofrecían su repertorio cargado de buenos pensamientos y deseos. Las poses estrafalarias, las colchonetas de goma y las pelotas inflables que, según las parteras, proporcionaban fluidez al canal de parto no eran más que formas diversas de humillarse. Ni siquiera pudo admitir, Florencia, que masajearse la pelvis montada sobre una pelota gigante era lo más placentero que había sentido en años.

Pero pobrecita, pensaba Clara mientras veía a su hija —y al resto de las embarazadas— aliviarse las molestias del embarazo jugando como una nenita, pobrecita, lo que le espera.

Pero aquello también esperaba por ella, por Clara, que aun con el paso de los años seguía soñando con su nieta, con el momento en que su nieta por fin asomó de entre las piernas de su hija. Una bebé tan fea, como sin ojos, y tan sucia de líquidos orgánicos.

Se había enamorado del chico del cibercafé. Se llamaba Lucas y, como mucho, llegaba a los treinta. Él había dicho que tenía treinta y cuatro, pero Nadia se daba cuenta de que no, no había modo. Se compraba una lata de cerveza y ocupaba una de las máquinas cercanas al mostrador, por lo general la número 3, desde donde podía escuchar lo que Lucas hablaba con el resto de la clientela —

en su mayoría chicos, nenes de no más de quince años que se aturdían con los juegos en red—, con los proveedores que aparecían de vez en cuando con gaseosas y golosinas, productos que complementaban el servicio de internet; incluso se concentraba, Nadia, en captar los silencios de Lucas, su manera de estarse quieto, absorbido por el celular o por su propio videojuego.

El cíber tampoco era un lugar agradable. Era como un túnel de veinte metros de largo, con boxes repartidos a izquierda y derecha, mal iluminado con un par de fluorescentes y con el olor dulzón de tanta juventud envenenada y contenida.

Cuando Nadia se aburría de estar en casa, se buscaba una excusa para arrimarse hasta el cíber. Le gustaba que Lucas pareciera tonto, como ensimismado, que se mirara y se acariciara el bíceps. Usaba remeras bien ceñidas, casi siempre las mismas dos remeras oscuras con estampas de lo que, Nadia suponía, eran bandas de rock pesado. Por ese lado, por el rock, fue que se atrevió a darle charla.

—No te gusta porque nunca escuchaste con atención —dijo él. Nadia se maravilló: que Lucas la tuteara los colocaba, de algún modo, en un mismo plano. Que la invitara a pasar del otro lado del mostrador y le convidara caramelos masticables la hizo pensar más allá: cómo reaccionarían sus hijas cuando ella les llevara a su nuevo novio, un muchacho de la edad de ellas, quizás aún más joven.

A Nadia la emocionaba que Lucas —sobre todo a la hora de la siesta, cuando casi no había movimiento— bajara las persianas y pusiera el cartel: «Vuelvo en 5». No tenían mucho espacio y Lucas le decía que no, que ir a su casa, a la casa de ella, podía ser un problema. Pero se las amañaba para besuquearla, para meterle mano y para empujarla hasta su entrepierna.

Nadia nunca le pidió el número de teléfono, cosa que comprobó recién un lunes por la mañana, cuando vio que el cíber no abría, y que empezó a lamentar el martes, y ya durante toda la semana, una vez que corroboró que el cíber había cerrado para siempre.

El café al que Líber las condujo no tenía más atractivo que el buen precio. Nadia lo especificó apenas el nuevo mozo les acercó la primera botella de cerveza.

—Veinte por ciento más barato que en tu bar.

Líber, por supuesto, no era dueño del otro bar, pero por algún motivo se vio en la obligación de rendir cuentas.

—Ocurre que la clientela es diferente —dijo—: el otro es un restó, algo pensado para oficinistas.

Clara echó una ojeada lenta y puntillosa a este nuevo bar y a su clientela: gente mayor —hombres mayores, en realidad—, más o menos de la edad de ellas, hundidos en sus mesas y en sus vasos. La luz de los tubos fluorescentes acrecentaba el frescor de la noche; también hacía más nítida, esa luz, la mugre del ambiente, el aceite pegoteado en las mesas, los ramalazos de polvillo perpetuo, el olor a pucho…

—Por lo menos, fuego no va a faltar —dijo Nadia.

Líber, de todos modos, les había obsequiado un encendedor y el regalo parecía haberles activado el deseo. Ahora fumaban otra vez sin pausa, a un ritmo enajenado, un cigarrillo detrás de otro. Nadia valoró que las dejaran fumar dentro del café.

—Es un lujo. —Lanzó el dictamen junto con una gran bocanada de humo, echándose hacia atrás en la silla y bamboleando la cabeza a un lado y al otro.

Estaban borrachas. Clara acabó de comprobarlo cuando intentó hablar —confirmar lo bueno de que les permitieran fumar ahí mismo— y la lengua, de pronto más grande y más densa, se le atoró entre los dientes. La movió lentamente, como si fuera algo muy delicado, para desentumecerla; se acarició con la lengua el paladar, los dientes —por delante y por detrás—, y después de unos chasquidos recién dijo:

—Y vos, Líber, ¿qué hacés en Buenos Aires?

El velorio del padre fue triste, claro que sí, pero también fue vergonzoso. Que Sonia, la madre, se arrodillara frente al cajón y

llorara como una loca —«Qué necesidad de semejante escena», había dicho Nadia, que, sin embargo, parecía divertida—, que las tres hijas no derramaran una sola lágrima, que se emborracharan fue lo vergonzoso. Además esa cantidad de gente… de dónde, en qué momento el padre había hecho tantas amistades. ¿Por qué ese público externo —haciendo a un lado a la madre, por supuesto— estaba acongojado de aquella manera tan sincera mientras que ellas sentían, apenas, que les robaban parte de su tiempo?

Tal vez Marisa —siempre Marisa— era quien mejor llevaba la pérdida. Su expresión, pensaba Clara con un dejo de recelo, era la correcta; sus palabras eran las adecuadas; la disposición del cuerpo —levemente encorvado, los brazos semiabiertos ofreciendo un abrazo que nunca llegaban a concretar pero que, aun así, se sentía — transmitía serenidad. La gente, que a veces puede ser sabia, se refugiaba en ella, en Marisa, y dejaba que Clara y Nadia —y también Sonia— sobrellevaran el entuerto a su manera.

Tampoco era auspicioso el comportamiento de las nietas —los hijos de Clara, con el verso de que vivían en Buenos Aires, encontraron una buena excusa para faltar—: refugiadas en un rincón de la sala, las tres chicas —Florencia, hija de Clara; Cata y Lucy, hijas de Nadia— soltaban ráfagas de risa que enmarañaban el ambiente. Clara las miró, más de una vez, con curiosidad: ¿se contaban chistes?, ¿se burlaban del abuelo muerto?, ¿de sus amistades?

No registró el momento en que Nadia fue en busca de las latas de cerveza. Pero sintió, sí, y acaso con nitidez excesiva, el chicotazo de apertura de la primera lata. Después, y sin proponérselo, tuvo ella misma una lata entre las manos. Bebió de un tirón. De tan fría, la cerveza le hizo castañetear los dientes. Marisa se acercó y recibió también su propia lata. Al rato mandaron a las hijas a que compraran más.

Sonia seguía llorando junto al ataúd, rechazando el consuelo que cada tanto le ofrecían las amistades de su marido. Entre un gemido y otro, lanzaba una frase que Clara entendió recién entrada la noche, cuando en la sala quedaban ellas y unas pocas personas que

—quizás por el vahído provocado por el alcohol, quizás porque la congoja del duelo se los permitía— no les demandaron, ni a ella ni a sus hermanas, mayor recato. «¡Que me droguen —gritaba la madre—, quiero que me droguen!».

Clara se acomodó, lata en mano, en una silla junto a Nadia. No quería pensar en nada, mucho menos en lo que les esperaba a la mañana siguiente: soportar el entierro con una previsible resaca.

Nadia llegó dormida al cementerio. Abrió los ojos cuando el coche fúnebre se detuvo frente a la capilla. Le costó entender dónde estaba, la discusión que mantenían Sonia y Marisa. Que su padre, decía Sonia entre gimoteos, quería que lo cremaran. Quería que sus cenizas se esparcieran en el río Paraná. Nadia se tomó unos cuantos segundos para hacerse a la idea: cenizas humanas revoloteando sobre el río. Pensó en mariposas, un cúmulo de mariposas amarillas en vuelo sobre el Paraná en una mañana de sol. Una mañana como esa, estar junto al río en vez de estar en un cementerio. El de su padre era un deseo comprensible, y Sonia hacía muy bien en reclamar que se cumpliera.

¿Por qué entonces estaban ahí, en ese lugar tan aparatoso? «De momento es lo más práctico —le explicó Marisa—: a no ser que quieras hacer los trámites para la cremación».

Marisa también era inteligente: sabía llevar las cosas con la madre, contener el reclamo de Sonia con la misma tolerancia con que se trata a un loco. Hacer que la gente alrededor —esa gran manga de desconocidos— asumiera el escándalo de Sonia, y el que ellas mismas pudieran provocar, como un altercado pasajero, cosas típicas de semejante situación.

También le había costado, a Nadia, conmoverse de buenas a primeras con la muerte del padre. No tenía recuerdos que pudiera considerar significativos, como que a la relación con su padre le había faltado un toque de intensidad, algo que la hiciera palpable, más verdadera.

En la capilla, un cura —o alguien con la autoridad religiosa pertinente— ofrecía palabras de consuelo, pero Nadia no se sentía con la energía ni con el ánimo suficientes como para tolerar esa

instancia. El dolor de cabeza era tremendo, y las ganas de vomitar, amenazantes. Y ni hablar de la gente, de las amigas y los amigos de su padre, que habían colmado el lugar.

Se recostó sobre una pared y calculó: su padre moría con setenta y cuatro años, ella tenía ya cuarenta y seis. No había modo de que llegara, ella, a esa edad, a la edad de su padre. No con ese malestar.

Sintió la arremetida de una arcada y se apretó la panza. Hizo un buche de aire —los cachetes se le inflaron— que fue soltando con lentitud, en un solo y largo soplido. No le importó que la vieran, que las amistades de su padre pudieran hacerse una mala imagen. A tal punto que acabó metiéndose el dedo índice hasta la garganta.

Vomitó sobre el césped prolijo y bello del cementerio, pura flema. Se sintió mejor, acaso con la garganta un poco ardida. Y supo rechazar con delicadeza los ofrecimientos de ayuda.

—Mi mujer me trajo a Buenos Aires —dijo Líber— y se murió a los diez días.

Su vida, la vida de Líber, se había trastocado, según él, por culpa de los gobiernos populistas de América Latina. Caracas, dijo, se había vuelto un asco, entre miseria, inmoralidad y violencia. Las personas de a pie —Nadia perdió parte del relato por quedarse atenta a esa expresión, «personas de a pie»— habían acabado enredadas entre dos bandos ridículos.

Su mujer… se llamaba Consuelo y, desde su muerte, decía Líber que era precisamente eso lo que le faltaba, un consuelo. El juego de palabras le sonó a Clara de lo más cursi, pero a la vez le quedó la sensación de que la tonada de Líber lo hacía pertinente.

—Vinimos —dijo Líber— porque en este país ella podía seguir el tratamiento por su enfermedad.

Que Líber hablara con la vista puesta en lo alto, como si buscara un pensamiento trascendente, le daba a su historia un toque artificial. La idea de una mera actuación. Nadia, si es que en algún momento lo había hecho, dejó de tomárselo en serio. Aquel tipo no intentaba más que embaucarlas. Aun en su estado de borrachera avanzada, aun sin haberlo visto nunca, podía percatarse, podía identificar al típico inmigrante desesperado. Pobre hombre, pensó, qué podía conseguir con ellas, qué podía sacarles.

—Mi Consuelo —siguió Líber— quería irse del país, no confiaba en el servicio de salud venezolano.

Tenían dos hijos, una mujer y un varón, que opinaban distinto: Venezuela había desarrollado en los últimos años una medicina modelo para Latinoamérica. En buena medida, gracias a los convenios de cooperación con Cuba. Eso decían los hijos de Líber, pero ese argumento no hacía más que fomentar las dudas de Consuelo: «Que los comunistas —decía ella— se ocupen del comunismo. La medicina es para los médicos».

Líber soltó una carcajada y se secó una lágrima invisible con los nudillos.

—Esta Consuelo… —dijo, como celebrando la ocurrencia de su

esposa muerta.

La risotada de Líber hizo reaccionar a Clara: había perdido el hilo, ya no entendía muy bien de qué hablaba el venezolano. Por eso, para reinsertarse en la historia, fue que preguntó:

—Pero ¿de qué murió tu mujer?

—Una putada —dijo Líber—, un puto cáncer de mama.

Con la muerte del padre, Sonia, la madre, se fue desvaneciendo. No es que se hubiera vuelto loca, pero de pronto parecía no recordar nada, no saber quién era la persona que tenía delante, si una hija, un nieto, una abuela. Lo único que mantenía firme era la afición por los cigarrillos, la misma marca que fumaba su marido muerto y que ahora ella buscaba por toda la casa, como antes, para robárselos a él y fumar de prestado.

—Por acá —decía—, los guarda por acá.

Pero los cajones y resquicios donde antes encontraba cigarrillos, atados enteros o cigarrillos sueltos ya habían quedado vacíos, cosa que estimulaba su desconcierto y desazón.

Lo llamaba, a veces a los gritos. Clara no sabía cómo recordarle que papá, que el marido, había muerto. ¿Era necesario recordárselo? Hablaron con una psiquiatra: que era un proceso natural, les dijo, que la medicaran y que dejaran «que la cosa fluya». Pero Sonia ya no fluía, si es que alguna vez lo había hecho. Se ensimismaba un poquito más cada día. Había que dejarle los puchos a mano, de otro modo podía entrar en crisis.

Eso dijo la cuidadora que contrataron. Ninguna de las tres hijas tenía el tiempo ni el ánimo para cargar con la madre. La cuidadora se llamaba Norma, una mujer robusta, dura como un tronco, que no se dejaba amedrentar por los arrebatos de Sonia. Clara presenció, de hecho, cómo Norma frenaba en seco una cachetada de su madre; la cara de pánico de su madre mientras Norma la sujetaba por las muñecas y, en un solo y endiablado movimiento, le ponía un cigarrillo en los labios y le decía que muy bien, tranquila Sonia, que Clarita vino a visitarnos y queremos pasar una tarde en paz.

La escena fue lo suficientemente perturbadora como para no visitar más a su madre. O para hacerlo en compañía de alguien más,

con Nadia, con Marisa o con Florencia. Pero sola… qué podía hacer, qué decir, si Sonia ya no hablaba, dejaba que Norma le pusiera puchos en la boca y, mucho más que pitar, chupaba el filtro hasta dejarlo hecho una pasta.

—Qué asco —dijo Florencia en una de aquellas visitas, y se quejó también de que la casa de su abuela estuviese así, tan abandonada.

«Mucho mejor —sugirió— sería vender la casa y que internen a la abuela en un lugar donde la traten bien».

A Florencia no le importó que Norma —quizás la única persona que se había ocupado de su abuela en los últimos dos años— la escuchara. Fue incluso más allá: «No se puede vivir así, en la mugre».

Estaban en el living, cada una —incluidas la abuela y Norma— despatarrada en un sillón. Norma se levantó, muy de a poco, en movimientos pesados y a la vez muy firmes. Era como un gigante, un ser mitológico. Clara no intervino —por no atreverse y porque tampoco era justo hacerlo— cuando Norma tomó a Florencia por un brazo, la levantó del sillón sin mucho esfuerzo, como si Florencia no pesara nada, y la arrastró hasta la puerta de calle. Florencia tampoco pudo decir mucho, soltó algún que otro balbuceo, producto, más que nada, del horror.

Lo que más llamaba la atención de Clara, sin embargo, era la mirada quieta y lejana de su madre, el poco interés que su madre parecía encontrar en este lado del mundo.

A Nadia le gustó el hogar desde un principio. El césped prolijo y reluciente, el uniforme de los acompañantes terapéuticos, el silencio matizado con cantos de pájaros. Era como estar dentro de un almanaque. Sonia había sido afortunada, entre otras cosas porque le permitían fumar cuanto quisiera.

La primera visita, Nadia la hizo un mes después de que internaran a su madre. Era un sábado por la tarde y se sintió tan a gusto que volvió un día entre semana. Su madre, perdida en medio de un grupo de ancianos visiblemente dopados, participaba de una ronda de lectura. Una enfermera leía relatos infantiles, con énfasis y

a voz en cuello. Nadia arrimó una silla al grupo y se dispuso a esperar que la lectura acabara.

La enfermera leía la historia de Ernestina, una niña cuya mascota era un perro muerto. Le había puesto de nombre Tocón —por lo petiso y macizo— y lo hacía dormir en una cucha improvisada con las hojas muertas de un plátano. Nadie sabía de la existencia de Tocón, mucho menos los padres de Ernestina, que mientras ella pasaba las siestas y las tardes jugando con su perro muerto en el jardín y en el parque aledaño —porque Ernestina y su familia vivían en un pueblo precioso y tranquilo, puro verdor y parques aquí y allá—, mientras vivía un sinfín de aventuras junto a su mascota, sus padres se ocupaban de sus propios asuntos, trabajaban o bien mantenían reuniones con los vecinos o con amigos del pueblo, a quienes comentaban lo felices que eran de tener una hija como Ernestina, una niña tan aplicada, que sabía disfrutar de la naturaleza, que estaba siempre de buen humor y que les permitía, a ellos, el lujo de la dispersión, la suerte de trabajar y mantener reuniones como aquellas.

La historia de Ernestina y su perro muerto derivaba luego en un par de aventuras tan absurdas como irresistibles. Aunque tuvo la intención de hablar con la enfermera, de preguntar cómo podía tener acceso al cuento de Ernestina y su perro muerto, al final se distrajo fumando junto a Sonia.

Se sentaron las dos en el jardín y, cada una con su correspondiente pucho entre los labios, dejaron que la tarde —una tarde agradable, inusualmente fresca para la época del año— se diluyera entre el humo y el canto de los pájaros.

Nadia pensaba en la suerte de su madre, en esa vida apacible y al margen de todo. En la posibilidad de tener también ella una vejez así de plena.

Que Líber llorara de aquella manera —sin consuelo, pensó Clara, como para continuar el juego, el nombre y la congoja por la esposa muerta— le puso los nervios de punta. La gente de las otras mesas se volvía para mirar y Clara sentía que semejante espectáculo las dejaba en evidencia de algo. De su provincianismo, entre otras cosas.

—Es el destino —dijo Líber—, el destino quiere darnos otra oportunidad.

Se levantó de su silla y avanzó hacia Nadia, que, horrorizada, antepuso los brazos a modo de defensa. Pero la arremetida de Líber fue implacable: cubrió la cabeza de Nadia en un abrazo y le dejó al descubierto la frente, que llenó de besos aparatosos. Nadia, mientras tanto, se sacudía, intentaba decir algo, soltar una puteada, pero el apretón de Líber no le permitía mayor margen de maniobra.

Fue Clara quien intercedió en su favor:

—Hombre —dijo—, la dejás sin aire.

Arrodillado ahora a los pies de Nadia, Líber inició una oración, algo como un rezo, aunque un rezo hecho de puros balbuceos. Nadia miraba una vez a Líber, la siguiente a Clara. No sabía qué pensar. Si el venezolano aquel era un embaucador, lo cierto era que lo hacía muy bien, que al menos se había aprendido los puntos sensibles de sus aparentes víctimas.

También pensó que, así como estaba, arrodillado sobre el piso mugriento de aquel barsucho, Líber se ensuciaría el pantalón, su uniforme de mozo.

Clara, por lo visto, había pensado lo mismo:

—Los pantalones —dijo— se te van a llenar de aceite y grasa…

Para Clara, la coincidencia entre la suerte de su hermana y la desgracia de Líber era, por un lado, notable; pero, por otro lado, también consideraba los peligros, el riesgo de que Nadia reaccionara mal, de no poder quitarse de encima al venezolano.

El mozo del bar se acercó a la mesa y preguntó si había algún problema. Parecía más bien divertido.

—Líber —dijo el mozo—, compañero: ¿te traigo agua?

Líber no contestó; apoyó en cambio la cabeza en el regazo de Nadia y dio inicio a una especie de cantinela, como una canción de cuna en sordina. Nadia miró al mozo y miró a su hermana; encogió los hombros y les mostró las manos abiertas: no sabía qué hacer. De momento, y para ganar tiempo, se prendió otro cigarrillo y luego, con la mano libre del pucho, empezó a acariciar suave y tiernamente el pelo de Líber.

—Tranquilo —le dijo—, tranquilo que todo está bien.

Líber levantó la cabeza y la miró fijo: tenía los ojos irritados, rojos por el llanto.

—Te voy a salvar —dijo—: esta vez te voy a salvar.

Armó una lista con los viajes que le gustaría hacer: Praga, Barcelona, Tokio, San Francisco… la escribió a mano y se le ocurrió que publicarla en su muro de Facebook sería una manera de obligarse a viajar. Sus amistades estarían al tanto de sus pretensiones, la obligarían a concretar su deseo.

Pero al final, cuando estaba al borde de la publicación, le ganó la vergüenza, el peligro de evidenciar los pocos viajes que había hecho en su vida.

Una vez había ido a Brasil, al sur del país, con una pareja amiga. Tenían dos hijos, dos criaturas de ocho y diez años, con quienes ella se llevaba muy bien. Le decían «tía», cosa que Clara tomaba, más que como un cumplido, como un acto amoroso. Viajaron en auto, quince horas intensas que compartió en el asiento trasero con los dos chicos. Sus amigos —ella había sido compañera de facultad— le celebraron el ánimo, la buena predisposición para con los hijos, que les contara chistes y les inventara juegos. Incluso que se pusiera al hombro la preparación y el reparto del mate.

En la playa —una playa enorme, abrumadora bajo el sol—, los chicos también la reclamaron para jugar, para correr por la arena, para que les untara protector solar. En el chalecito que alquilaron le tocó, además, compartir habitación con ellos.

Agradeció que, por el trajín diario, por pasar al sol buena parte del día, los chicos cayeran rendidos bien temprano y le dejaran un par de horas para disfrutar de algún trago más o menos exótico, de

una cervecita brasilera, una buena feijoada. Y, sobre todo, que le dieran espacio suficiente para fumar.

Una noche de aquellas se acostó con una leve borrachera, un mareo agradable. Algún ruido habrá hecho, porque de pronto sintió cómo uno de los chicos se arrimaba hasta su cama y la obligaba a hacerle un lugarcito. Pensó en sus propios hijos, en su hija Florencia, en las veces que había sido cariñosa con ellos. También pensó en el paso del tiempo y, pese a la vulgaridad del pensamiento, admitió que nunca lo había sentido, al tiempo, con esa intensidad. En toda su inasible crueldad.

Durmió aquella noche apretada al cuerpecito de esa criatura que después, una vez terminadas las vacaciones, vería apenas otras dos o tres veces.

Unas compañeras de su época laboral la invitaron a pasar una Semana Santa en aguas termales. Pueblos entrerrianos, relax, buena comida y sana… además de un tour bien detallado, sin lugar para sorpresas ni malos pensamientos.

Nadia se armó una valija excesiva. Lo comprobó al llegar a la terminal y ver cómo sus compañeras de viaje se habían arreglado con mochilas y bolsos de mano que les permitían ligereza y naturalidad.

—Te trajiste todo —dijo una de ellas. Eran tres, tres mujeres de su edad, año más, año menos; ya ninguna seguía en la Cámara de Diputados, pero, a diferencia de Nadia, habían hecho carrera en otros ámbitos. Nadia les envidiaba, a medias, que tuvieran tanto de qué hablar, que conocieran a tanta gente, que todo les resultara encantador. Pero a la vez, sentía, eso mismo las hacía ver como gente estúpida.

La siguiente gran decepción fue el escándalo que le hicieron por fumar en el baño del micro. Si ellas, sus compañeras, hubieran mantenido el pico cerrado, no se enteraba nadie. Pero a la tercera vez que Nadia bajó al baño —mísero y mugriento— empezaron a quejarse del olor, del aire viciado, y la dejaron en evidencia. Que uno de los choferes se tomara el trabajo de llegar hasta su asiento para reprenderla, con mala cara y con un índice acusador, la llenó

de una tristeza que no supo manejar.

Una vez en destino, el pueblo entrerriano y sus aguas termales le parecieron una mierda, un soberano aburrimiento. La habitación del hotel era, a todas luces, muy pequeña para las cuatro, no había modo de mantener un orden, de moverse con una cierta comodidad. Ni hablar de prenderse un pucho. Vio cómo sus compañeras se alistaban para ir a las piscinas de aguas termales, el entusiasmo con que se untaban cremas y se enseñaban batas y trajes de baño.

Ella se sentía descompuesta. El esfuerzo que hizo para llegar hasta la piscina la fulminó. Se dejó caer sobre una silleta y, mientras sus compañeras hacían el primer tanteo dentro del agua caliente, se hundió en un sueño denso. Se despertó muy pasado el mediodía, sola, el cuerpo rígido y la boca seca. Prendió un cigarrillo y recién entonces miró con atención el lugar al que todos llamaban «complejo termal». Era como la encarnación de una mala publicidad turística, pulcro y armonioso hasta el ridículo.

Había gente dispersa alrededor de las piscinas, paseándose en bata y con aire relajado. Ella también tenía puesta una bata. Hacía calor y todo hacía suponer que la temperatura no haría más que subir hasta volverse insoportable. Las piscinas llenas de agua caliente, de esa sanadora agua termal, eran un contrasentido.

Así vestida, en bata, y con el pucho enganchado a la boca, apuntó de regreso a la terminal. Gastó más de lo que pensaba en un pasaje de vuelta para esa misma tarde.

Casi a hurtadillas, con un nudo en el estómago, se metió en la habitación del hotel y agradeció no haber desordenado su valija. Se fue —por supuesto sin avisar—, y tras una espera interminable en el bar de la terminal, recién respiró aliviada una vez que se desparramó sobre su asiento del micro y el micro avanzó hasta dejar atrás aquel pueblo de gente sana y en bata.

La borrachera se les disipó de golpe. Intentaban poner orden, incluido el mozo del bar, al hilo narrativo de Líber, a las peripecias que él y su mujer Consuelo habían atravesado entre Caracas y Buenos Aires. Pero no había caso: Líber mezclaba los momentos, hacía un embrollo de nombres, daba por sentado que uno, que una, estaba al tanto de médicos caraqueños y de permisos migratorios. Nadia se hartó:

—Estoy cansada y mañana tengo médico.

El dato, sin embargo, no hizo más que acrecentar la ansiedad de Líber, que se atolondró preguntando lugar y horario, motivo de la consulta, tratamientos… El rostro, por la excitación, se le había inflado y mostraba ribetes rosáceos, algún desajuste arterial.

Clara pensó que, de no calmarse, el organismo de Líber sufriría un colapso. Se imaginó deambulando, antes de lo previsto, entre guardias hospitalarias, cuidando a un venezolano enloquecido.

—Volvamos al hotel —dijo, y se movió en su silla sin llegar a levantarse, como si la silla se hubiese cubierto de hormigas.

Nadia hizo lo mismo, aunque le agregó al movimiento unas caricias al rostro del pobre Líber, que recibió el gesto con beneplácito y una súplica:

—Voy con ustedes.

La carcajada de Nadia ahuyentó al mozo del bar, que se había quedado junto a ellos, pegado a la mesa, más para chismosear que para ofrecer alguna ayuda. A Líber, en cambio, esa risa —ronca, trabajosa— le cayó como un golpe de inspiración. Ensayó, primero, una respiración honda, profunda; relajó luego los músculos de la cara y, finalmente, con la mirada puesta en los ojos de Nadia, la emprendió con un nuevo canto:

—*Si la vida es olvido, qué es mi corazón… / una nave de pasiones ya sin dirección.*

Nadia, una mano apoyada sobre una mejilla de Líber, como una caricia en suspenso, dejó de reírse. Miró a su hermana, al otro lado de la mesa, que los miraba, a su vez, a ella y a Líber, con una mezcla de miedo y vergüenza. Llamaban mucho la atención.

Líber, mientras tanto, subía el volumen:

—… *Es mi sangre en el camino, lo que te dejé. / Tuve un sueño sobre un hombre y una mujer…*

Por el rabillo del ojo, Clara intentó un paneo sobre las mesas aledañas. Aun sin alcanzar a confirmarlo, supo que todos los ojos estaban puestos en ellas y en Líber.

—Bueno, bueno… —dijo—: vamos yendo.

Pero entonces vio que su hermana, absorbida por el canto de Líber, lloraba. No era más que una lágrima, una línea húmeda que se esforzaba por abrirse paso en la mejilla izquierda de Nadia.

—*Desperté dormido*… —continuaba la canción de Líber— *en un viejo hotel. / Tú no estabas a mi lado y lo destrocé*.

La última estrofa quedó sobrevolando el silencio del bar, apenas corrompido por el ronroneo del televisor, y Nadia se echó hacia atrás en su silla. Manoteó su cartera y dijo:

—Necesito fuego.

Le gustaba mirar partidos de tenis por televisión. Prefería el tenis masculino, pero si no había alternativa se resignaba a ver a las mujeres. No era, tampoco, una experta en el deporte; no distinguía, por ejemplo, un golpe de otro. Si el relator de pronto veneraba el *slice* de un jugador, ella no se preocupaba por saber de qué le hablaban. Le bastaba con el ir y venir de la pelotita, con que el partido pudiese durar una eternidad y ella —amparada en su aparente pasión por el tenis— no sintiese culpa de pasar el rato frente al televisor.

También prefería los partidos sobre polvo de ladrillo, cosa que adjudicaba a Juan Brítez, su legendario novio desaparecido.

—Tenis —le dijo su hija Florencia—: deporte de oligarcas.

Ella no se gastó en responder. El tenis había sido de las pocas cosas que llegó a compartir con el padre de su hija. Tampoco es que lo jugaran: les gustaba echarse sobre el tablado del Club de Regatas, en principio los sábados por la tarde, pero después cualquier día de la semana, y ver cómo jugaban los otros, gente desconocida —tal vez oligarcas, como decía ahora su hija—, pero a quienes de tanto mirar sentían como cofrades; gente que incluso celebraba con ellos

si le salía una jugada digna, si conseguía un tanto heroico. Meros aficionados, al fin y al cabo. Ellos, Juan Brítez y ella, se besuqueaban entre una jugada y otra; se decían tonterías, cosas de novios.

El Club Regatas tenía una buena arboleda y su sombra caía con pertinencia sobre el polvo de ladrillo. Eso le gustaba a Clara: el contraste de colores que ofrecía la tarde, los manchones anaranjados en la ropa blanca de los jugadores; el buen humor, la frescura con que llevaban su impericia en el juego.

Tal vez su hija Florencia tuviera razón, tal vez el tenis fuera deporte de gente sin problemas.

Que no fuera tan loca, le decían sus hijas, que mirar televisión no era necesario, menos ahora que podía encontrar lo mismo en las redes sociales. Para colmo, insistían, te llenás la cabeza de noticias inútiles.

Nadia les decía que sí, que tenían razón, pero pasado el rato elaboraba una distinción compleja entre el mundo de las redes sociales —el mundo «de la computadora», decía— y el del televisor, una distinción que contemplaba, entre otras cosas, la disposición del cuerpo, las posibilidades —de comer, de fumar, de beber— que ofrecían uno y otro.

Miro noticieros, concluía Nadia, para entretenerme con el ruido de fondo. Pero lo cierto es que se entretenía más bien poco. Se dejaba llevar por las noticias hasta la crispación, o bien, en casos muy puntuales, hasta la conmoción más sublime. Lo típico: discutir con los conductores, apagar el televisor y —una vez que se le ocurría lo que consideraba una buena respuesta— volver a encenderlo para enrostrar en la cara del aparato su propio argumento.

También tuvo su temporada de documentales: proliferaban los canales de contenido pedagógico y mirar televisión era, de pronto, como una vuelta a la escolaridad. Le fascinaba entender operaciones aritméticas que antes, de joven, había sentido inaccesibles; veía con deleite cómo encontraba su lógica la confección de la tabla periódica; sentía la revelación del Big Bang.

No pudo contener el llanto frente al Éxodo Jujeño, el heroísmo de un pueblo entero. Cómo hacía esa gente, la que trabajaba en TV, para expresarse de manera tan clara, para llegar al corazón y hacer que el mundo se viera tan sencillo y tan mágico a la vez.

Que el hotel estuviese a meras tres cuadras del bar les ratificó su precaria orientación. La de ellas. Aun así se tomaron su tiempo para llegar, caminaron en zigzag, más por la euforia que por la borrachera; se detuvieron cada veinte metros para que Líber entonara su canción; caminaron abrazadas y, por momentos, incluyeron a Líber en el abrazo.

Él quiso, además, recitar unos versos, un poema que había escrito, dijo, muchos años atrás en homenaje a su Consuelo; pero la memoria le falló y quedó un buen rato con la mirada perdida en las alturas y un dedo índice apretado al mentón.

No era del todo tarde —como mucho las doce de la noche— y que se comportaran de aquel modo no armonizaba con el horario ni con el día de la semana. El frescor, además, había vaciado las calles y sus voces, sus repentinas carcajadas, sonaban estruendosas.

Al final, Líber se dio por vencido, dejó a un lado la idea del poema y la reemprendió con el canto; aunque ahora las estrofas, de tanto repetirlas, se le mezclaban y confluían en un sentido deforme.

La confusión de Líber hizo que Nadia se riera de una manera más bien brutal. Se apretó el estómago y se dobló sobre sí misma hasta acabar en un ataque de tos. Clara y Líber se apuraron a asistirla.

—Corazón —dijo Líber—, quizás nos estemos excediendo.

Ya frente a la puerta del hotel discutieron qué hacer: Nadia no quería dejar que Líber se fuera y él no parecía dispuesto a dejarlas.

—Duermo como un pichicho, a un costado de la cama aunque más no sea.

Clara se hizo la imagen de un Líber faldero. No le extrañó que su hermana y ella atrajeran a ese tipo de gente, hombres de vida retorcida, un poco hinchapelotas. Sintió la puerta giratoria del hotel —vieja, pesada— como una afrenta; llegó a vislumbrar a los dos encargados, refugiados tras el mostrador, y se imaginó que la puerta y los pocos metros que los separaban eran una frontera en conflicto.

La irrupción de una sirena, allá por la zona del Congreso, la hizo reaccionar:

—Hagan como quieran, yo me caigo del sueño.

Amagó con entrar, pero que su hermana y Líber siguieran entrampados en el dilema sobre qué hacer, que no dieran indicios de resolverse, le crispó los nervios, más aún cuando pensó en el día siguiente, el día que se les venía encima: los médicos, la ciudad, Danilo, sus hijos…

No le extrañó que Líber tomara a su hermana por la cintura —con destreza y con una cierta brusquedad— y le estampara un beso en la boca. Un beso como un choque, un beso violento. Tampoco le extrañó que su hermana recibiera el beso con tanto fervor, como si lo hubiese deseado toda la noche.

Le extrañó, en cambio, que Líber se fuera —así, sin dramas ni reclamos—, que después del beso les dedicara una reverencia y que les prometiera velar por su destino. El de ellas.

También le extrañó la sonrisa de Nadia, la mano en alto de su hermana para despedir a Líber, su tremenda cara de loca.

Dos hombres eran muy poco para llenar una vida amorosa. ¿Puede una persona —una mujer en este caso— hacerse una idea plena con una experiencia tan limitada?

Desde el mismísimo día en que cumplió cuarenta, Clara empezó con interrogantes como este. No se los contaba a nadie, no los compartía, entre otras cosas porque la hacían sentir vieja. El futuro llegó, había decretado su hija Florencia, aunque eso sería ya con ella, con Clara, bordeando los cincuenta.

No quería decirlo, ni siquiera para ella misma, pero, por Dios, cómo pasaba el tiempo, con cuánta crueldad.

El día que cumplió sesenta le hicieron una fiesta sorpresa. Estaba Florencia, también unas siete, ocho amigas de distintas épocas y procedencias. Por supuesto, fue un acontecimiento espantoso. Mujeres solas —dijo su hermana Nadia después de hacer un paneo por sobre los rostros de quienes se habían convocado para la celebración—, mujeres enojadas con la vida.

De no haber sido por Nadia, el cumpleaños hubiese transcurrido entre tecitos y masas finas. Nadia se encargó de aportar latas de cerveza. La apertura de la primera lata provocó la huida de parte de

la concurrencia. El rechazo que provocaba Nadia en la gente, pensó Clara, era proporcional a la aceptación que conseguía Marisa, la mayor. Que Marisa no estuviera ahí, que apenas le hubieran bastado una llamada y un insulso mensaje vía Facebook, le señalaba el lugar donde ella, Clara, estaba parada. El lugar de Nadia.

En parte por eso, compartió en voz alta la observación de su hermana menor —«Mujeres peleadas con la vida»— y empezó a beber con fruición.

Una de las amigas que había resistido el embate de Nadia y se había quedado «a soplar las velitas» opinó que aquella idea, la pelea con la vida, era una imagen desafortunada, una construcción machista.

—Ah la mierda —le contestó Nadia, y a Clara le pareció que la respuesta de su hermana era la correcta.

Recién cuando sus hijas le preguntaron cómo pensaba celebrar su cumpleaños número cincuenta, Nadia reparó en la fecha que amenazaba y, más brutalmente, en la cifra. Le causó gracia su distracción, su desapego por el número redondo, pero también se asustó: no tenía con quién compartirlo, más allá de sus hijas y, con suerte, sus hermanas. Hubiese querido tener un hombre, una pareja, un compañero que suavizara el embate de los años.

«Te falta un novio», le decían sus hijas, y ella les respondía con virulencia: «Y a ustedes les falta un cerebro». Matizaba la respuesta con una larga carcajada que, por un lado, enfatizaba el tono de broma y, por el otro, servía para mantener a sus hijas tranquilas respecto de la situación de su madre. «Mamá —era la reflexión final— necesita que la dejen en paz».

Llegado el momento —un jueves de febrero— optó por apagar el teléfono y regalarse una jornada lujosa en el hotel casino de la ciudad. Semanas atrás había visto un anuncio en el diario, una oferta por habitación doble, pensión completa, masajes, piscina climatizada, spa y fichas para la ruleta si reservabas para el día de tu cumpleaños. Le molestó que la habitación doble supusiera compañía, el pudor de pedir habitación para una persona sola. Apartó dinero considerable, armó un bolso con un traje de baño y

un cartón de cigarrillos. Tomó un taxi hasta el hotel y, con los anteojos de sol bien clavados, bajó del auto como si fuera de incógnito. El lobby, adornado con palmeras enanas y alfombras de ribetes dorados, le implantó un principio de duda: qué tenía que ver ella con ese ambiente, cuánto podía llegar a disfrutarlo.

Sin embargo, avanzó. Estaba nerviosa, le transpiraban las manos, le costó hablar una vez que se arrimó al inmenso mostrador. Pese a la expresión odiosa, el muchacho que la recibió fue amable. Le explicó, en tono suave y puntilloso, que para ser beneficiaria de la oferta de cumpleaños ella debería haber hecho la reserva con, al menos, una semana de anticipación; le señaló, por si hacía falta, qué habitaciones del hotel contemplaba la oferta y, por último, lamentó que la oferta hubiera caducado hacía ya cinco días. Quiso agregar humor y soltó una frase innecesaria y desgraciada: «Su marido deberá pensar en otro regalo».

No tomó un taxi para volver a casa. Compró una lata de cerveza y emprendió el regreso a pie, lentamente, a decir verdad un poco aliviada. Cumplir cincuenta años era un buen argumento para beber cuantas latas le viniera en gana.

Nadia había aprendido a disfrutar de la resaca, podía arrastrar el dolor de cabeza con hidalguía. Había leído alguna vez —quién podría decirle dónde— que la resaca no era más que el encuentro de formas antagónicas de disponer el cuerpo. De pronto se hacía necesario reconciliar dos maneras de plantarse ante el mundo: una manera, si se quiere, de natural activa, y otra, por así decirlo, de espíritu disipado. La resaca es un limbo, un campo de refugiados. Qué papel jugaría el vómito en esa torpe contienda.

La que vomitaba ahora era su hermana. Eran poco más de las ocho de la mañana y a las once era el turno en la clínica. Sin salirse de la cama, Nadia manoteó un pucho y a punto estuvo de encenderlo, pero recordó a tiempo la alarma contra incendios, la advertencia de Clara: «Esas alarmas largan lluvia —había dicho—: si se encienden, nos echan».

Se resignó a colgarse el cigarrillo apagado en la boca y seguir con el oído la evolución de Clara, el concierto de arcadas que llegaba desde el baño.

Pensó en la noche anterior. Quería consultar con Clara, que su hermana le confirmara la cantidad de cerveza que habían tomado, que le contara cómo fue que llegó cada una hasta su cama, si era idea suya o si de verdad había besado a Líber. La imagen de los dos, de ella y de Líber, dándose un beso le provocó ternura. Había sido —si es que de verdad *había sido*— un beso inocente, un beso candoroso. Cuánto tiempo hacía que no besaba de aquella manera. Los besos que se daban con el pelotudo de Dante, el padre de sus hijas, eran de una naturaleza más ramplona, besos previsibles que no jodían a nadie.

Besar a Líber —por Dios, que Clara dejara de vomitar y le confirmara la cuestión de una buena vez—, ese beso tal vez podía no joder a nadie, pero a ella le causaba cierta impresión.

—¿Necesitás ayuda? —gritó—. ¿Querés que te meta el dedo?

Como toda respuesta, desde el baño le llegó un gemido largo y ronco. Mordisqueó el filtro del cigarrillo y se estiró hacia un costado hasta alcanzar el control remoto, semihundido como un náufrago

dentro de un zapato. Puso un canal de noticias y sintió como una señal —pero de qué— que el conductor hablara en ese momento de la situación política en Venezuela. Pensó en playas venezolanas. ¿Tenía playas Venezuela? Seguro que sí, alguna isla caribeña donde pudiera desplegar sin vergüenza ni cuidado su panza cada día más flácida, su inminente ausencia de pecho.

Tenía ganas de fumar. No sin esfuerzo, se paró en puntas de pie sobre la cama para ver de cerca la alarma contra incendios. Era como un plato volador incrustado en el techo, sucio de hollín y pelusas. Por mucho que forzó la vista, no alcanzó a distinguir alguna perilla, algún botoncito que sirviera para apagar el aparato. Apagarlo nomás por un momento, el tiempo que le llevara fumar un pucho.

Tres golpes en la puerta —suaves pero a la vez rotundos— la arrancaron de su requisa y la lanzaron bajo las sábanas. Supuso que alguien, de alguna manera, había advertido su intención y que ahora venían a sermonearla. Cerró los ojos como si durmiera. Cuando se repitieron los tres golpes, llegó desde el baño la voz lamentosa de Clara:

—La puerta.

Nadia actuó, para sí misma, un gesto de recién despierta, una especie de susto. Salió disparada de la cama y, sin dejar de actuar, se puso una camisa de Clara sobre los hombros y abrió apenas la puerta. Entre los dedos le asomaba, arrugado y húmedo, el cigarrillo.

—¿Con ganas de fumar tan temprano?

Le costó reconocer a Líber con la luz matinal que se filtraba hasta el pasillo del hotel. Había algo en aquel hombre, además de la ropa, que la desorientaba. Quizás el pelo, tan prolijo; o la ropa limpia, la expresión tan fresca. En todo caso, una vez que estuvo segura de que no podía ser otra persona más que Líber, abrió la puerta de par en par, soltó una carcajada y encendió por fin el bendito cigarrillo. No le extrañó que la alarma contra incendios no funcionara, que en esa habitación se pudiera fumar en paz y sin mayor problema.

De dónde sacaba su hermana esa energía. Esa manera de andar, de moverse… su otra hermana, Marisa, hablaba siempre de la energía que domina y mueve al mundo. No somos más que eso, era la perorata de Marisa, energía que transforma. Con ese verso, la hermana mayor podía sortear sin mayores consecuencias el atropello cotidiano, las pérdidas y frustraciones que acechaban como parásitos el buen ánimo y la buena voluntad de las personas.

Clara se había hartado de su hermana Marisa y no era para nada extraño, pensaba ahora —mientras esperaba junto a Líber a que Nadia terminara con los trámites de admisión en la clínica—; no era extraño que fuese ella, Clara, y no Marisa, quien acompañara a la hermana menor en su vía crucis.

Junto con el mal sabor de boca —que no aplacaron ni el té negro ni el cigarrillo—, le molestaba un persistente cosquilleo en el entrecejo. Como si le caminaran hormigas dentro del cráneo. La reaparición de Líber no había hecho más que complejizar el malestar: ¿de dónde había salido? ¿Se había quedado, finalmente, a dormir con ellas? ¿Las habría tocado? Lo miró fijo y con recelo, pero la sonrisa de Líber no le ofreció mayor respuesta, era tanto la sonrisa de un santo como la de un psicópata.

Nadia, por su parte, discutía con la secretaria de Admisión. De a ratos se volvía y echaba una mirada furtiva hacia ellos, hacia Clara y Líber; les sonreía, como dándoles a entender que todo iba bien, que la discusión que mantenía —porque no había dudas, se trataba de una discusión— formaba parte del trámite.

A Clara le costó, pero se quedó quieta en su silla: no quería acercarse al mostrador y enterarse de que su hermana había olvidado alguna documentación, de que había confundido alguna fecha, de que habían hecho el viaje en vano. Se mantuvo atenta a los movimientos de Nadia, a la manera en que Nadia hurgaba en su cartera, entre papeles; al modo en que la costumbre la traicionaba y la empujaba a empuñar, en gestos instintivos, pucho y encendedor.

La alarma contra incendios del hotel —que la alarma no funcionara— había levantado el ánimo de Nadia. Lo mismo que

tener a Líber ahí, risueño y disponible. En quince minutos, dicharachera y atolondrada, fumó tres cigarrillos. Desafiante, señalaba el techo, el aparato vetusto, y se burlaba.

—Lo rompí con la mente.

Repitió el chiste cuando Clara salió del baño, pero Clara —los ojos hundidos, los labios resecos y apenas visibles— le pidió por favor que hablara más bajo, que se calmara y, sobre todo, que se vistiera. No es que Nadia estuviese desnuda, pero su camisón tenía la tela corroída por el uso y manchones de grasa como pequeñas constelaciones.

A diferencia de la noche anterior, Líber mantenía un silencio que matizaba con su sonrisa imperturbable y, cada tanto, con frases hechas, lugares comunes y leves asentimientos. Nadia le había ofrecido una silla —la única que había en la habitación, una silla muy pequeña e incómoda, como una mera tabla de madera con patas— y Líber se había acomodado con rigidez y cierta cautela. También parecía más pequeño y timorato que a la noche.

—¿Era Líber, nocierto?

Clara lanzó la pregunta con desdén, pero también con implacable recelo. Y por mucho que se esforzó, no pudo disipar ese recelo ni siquiera de camino hacia la clínica, cuando ya estaba claro que Líber —más allá de la rareza de tenerlo ahí— era inofensivo. Cosa que Nadia parecía haber comprobado mucho antes, o por lo menos ahí, en la habitación, mientras se probaba una blusa, una camisa, un vestido, y pasaba por alto, casi en un descuido, la vergüenza habitual de su cuerpo curtido.

Tampoco ahora, en la sala de espera de la clínica, había conseguido Clara relajarse frente a Líber. Intentó entablar una charla, pero las preguntas que hizo le sonaron hostiles: ¿Hoy no trabajás? ¿Por dónde vivís? ¿Con quién? ¿Tenés amigos?

Después, cuando Líber se explayaba en sus respuestas —que los días de franco, que el conurbano bonaerense, que los parientes y la soledad—, ella no podía seguir el hilo, absorbida como estaba por lo que hiciera su hermana. Ansiosa, más bien, por finiquitar el asunto médico y tomar aire antes de visitar a sus hijos.

La culpa no es buena consejera. Esa perogrullada había soltado, cuándo no, Marisa, y a Clara no le había quedado más remedio que admitir que sí, que su hermana mayor tenía razón. Alguna foto, alguna canción escuchada al pasar, una frase suelta en Facebook la encontraban con la guardia baja y eso bastaba para que les enviara mensajes a sus hijos. Eran mensajes que ella misma juzgaba, más tarde, patéticos. Mensajes que volvía a leer y que la llenaban de tristeza, por su inutilidad —la inutilidad de los mensajes, no la suya— y por lo cursis. Imaginaba a sus dos hijos, a Amado y a Diego, riéndose como sátrapas, grandulones y superados.

Cuando Nadia le explicó que no, que sus mensajes no eran lo patético, sino que el mero hecho de ser madre suponía una buena cuota de patetismo, Clara se tomó las cosas con tranquilidad y hasta pensó en reflotar el grupo de WhatsApp «Mis hijes y yo». Qué tanto tenía que perder, al fin y al cabo eran su hija y sus hijos, personas que no estaban habilitadas para emitir juicios de valor.

Si finalmente no lo hizo fue porque, en frío, era mucho más fuerte la pereza que el deseo de poner orden en la relación con sus hijos.

Pagaba el jardín de infantes de su nieto. Cata decía que las salas del jardín público estaban contaminadas, que no tenían los cuidados elementales para mantener a los niños libres de riesgos sanitarios. También decía que el trato era distinto, que los maestros de jardín público estaban sobrepasados pedagógica y anímicamente, que no podían lidiar con la cantidad de niños que les asignaban por sala.

El pelotudo de Dante no estaba de acuerdo, en modo alguno aportaría un solo peso para un servicio que su nieto —su hija, en realidad— podía obtener gratis del Estado. Cata no tenía ganas de discutir con su padre. «Viste cómo es», dijo, y Nadia se indignó.

A medida que Cata avanzaba en el conteo de peligros a los que su hijo se expondría de tener que asistir a un jardín público, Nadia hacía cuentas. Que cuánto era lo que ganaba Dante, cuánto ganaba ella y qué era lo que correspondía. Lo correcto, la mismísima Nadia lo admitía, era que su nieto fuese al jardín público. No era tan malo, después de todo, pero su hija se veía tan ansiosa. Y el chico, su

nieto, era un buen niño, amoroso, dulce. Que el pelotudo de Dante no se percatara, ese era el problema.

Las cuentas no cerraban, el mundo se le daba vuelta, pero ella iba a pagar el jardín que su nieto necesitaba.

Le gustó que la clínica tuviese el ambiente climatizado, que al apoyar apenas un pie en la sala de recepción se sintiera calidez y no el embate de calor violento que irradiaba la calefacción del hotel.

Había dejado que Clara y Líber se adelantaran no más que un par de pasos para poder apreciar desde atrás el piso reluciente, plomizo y como engomado por donde circulaban enfermeras jóvenes y de buen ánimo, administrativos de aspecto prolijo y médicos con estetoscopio al cuello y carpetas en ristre. Se fijó también en las miradas ansiosas de los pacientes, mujeres y hombres que hablaban en susurros, como en secreto. Clara, de hecho, se había vuelto para hablarle en ese tono:

—Ahí tenés que anunciarte. —Le señaló el blíndex detrás del cual una muchacha tecleaba en una computadora.

—Ya sé —dijo Nadia y se apuró a pasar por entre la maraña de pacientes desorientados que seguían en la sala como al tuntún. Tenía miedo, pero a la vez estaba contenta. La pulcritud de la clínica, la presencia de Líber le daban confianza.

Se arrimó al blíndex y, antes de anunciarse, se volvió para mirar a Líber una vez más: decidió que cuando acabara con las cuestiones médicas, se lo llevaría consigo a la provincia. En Buenos Aires, un venezolano era un paria; en el interior, podía pasar por una excentricidad.

Además tenía buen humor: de camino a la clínica les había contado dos buenos chistes. Uno sobre un cubano que llega a Miami dentro de una lata de atún. La prensa yanqui enloquece: «Cómo lo hizo, cómo lo hizo». «Lo difícil —dice el cubano— no fue meterme en la lata: lo difícil fue conseguir atún en Cuba».

Las risas de Nadia y Clara lo empujaron a un segundo chiste, elemental y un poco amargo: «Ocurre que de niño yo quería ser comediante —dijo Líber—, y todo el mundo se reía de mi deseo. Ahora que soy comediante no consigo que nadie se ría».

Aunque se rio con ganas, Nadia se quedó pensando en ese último chiste. En el fondo, no era nada gracioso. Además de que ya lo conocía de algún otro lado.

La muchacha de recepción tuvo que pedirle dos veces el carnet de la obra social. Nadia hundió una mano en la cartera y tanteó entre papeles sueltos, tickets y tarjetas bancarias. La muchacha no esperó el carnet para pedirle constancia de turno y derivación. Nadia se volvió para mirar a su hermana: los años habían sido benévolos con Clara. Sabía vestirse, sabía mantener la compostura, aun sentada junto a un tipo como Líber, que quizás en ese momento le estuviese susurrando algún otro mal chiste al oído.

Nadia agradeció y no hizo caso al gesto desconcertado de la recepcionista. Caminó lento hacia la sala de espera, cediendo el paso y sonriendo si alguien se le atravesaba. Aspiró el aroma aséptico de la sala, sintió que el pecho se le refrescaba en sintonía con el ambiente. Amplió la sonrisa cuando estuvo junto a su hermana y a Líber.

—Espérenme afuera —sugirió—, en el café de enfrente.

—Que vaya tu hermana, yo te acompaño.

Contempló la convicción de Líber, matizada por los ojos asustadizos; repasó el rostro adusto de su hermana, su resaca no disuelta por completo. No se molestó en responder ni en ofrecer algún otro detalle. Apenas les tiró un beso y, antes de que pudieran plantearle alguna protesta más firme, la emprendió rumbo al ascensor.

Llegó justo antes de que las puertas se cerraran y se tomó un par de segundos para decidir el piso: una enfermera de no más de treinta años quedó con el dedo suspendido sobre los botones, la sonrisa amable. Nadia se decidió por el tercer piso. Buscaría un lugar donde sentarse, una sala de espera con televisor, para pasar la hora —quizás hora y media— que consideró debería durar una consulta médica de su calibre.

Le preocupó, nada más, el esfuerzo que tendría que hacer para controlar las ganas de fumar.

Alguna vez, y en un arrebato, Clara llevó el conteo de cigarrillos que fumaba por día: le dio un promedio de veinte. Un atado. No era, consideró, una cifra para escandalizar.

Alguna vez Nadia se preocupó por la cerveza, por la panza que la cerveza amenazaba con dejarle. Era una flacidez graciosa que, cuando se dejaba llevar por el pensamiento, Nadia sabía acariciarse con fruición, sin darse cuenta de lo que hacía.

II.

Amado dejó a su hija al cuidado de su hermano, el tipo de cosas que no se hacen, así tu hermano sea una persona decente o un terrible mamarracho. No tardó mucho, a lo sumo se excedió diez minutos más de lo previsto, pero cuando volvió al bar Dave y Alicia ya no estaban.

Amado apuntó con el auto hacia Barracas porque en Barracas vivía su hermano, pero cuando llegó al Parque Lezama se percató de que no tenía su dirección exacta, de que Barracas era la única referencia a mano. Dave se cuidaba bien de aportar esos datos. Amado decía que exageraba, que tampoco era que Dave llevara una vida tan intensa, pero las veces que se veían, Dave le contaba alguna historia que lo dejaba boquiabierto.

Como la vez que le pusieron un arma en la cabeza por chanchullos inmobiliarios. Amado no sabía decir qué le impresionaba más, si lo del arma o que su hermano se moviera en aquel rubro. Después iba y le contaba la historia a Zoe. Para qué. Zoe se ponía de los pelos. Le prohibía —así mismo lo decía: «Te prohíbo…»— traer a su hermano a la casa.

—Además de que no debe ser tu hermano —eso era algo que Zoe agregaba siempre, ya en un dudoso tono irónico—: son demasiado distintos.

Tal vez era cierto: él mismo lo había pensado. No había nada que compartieran, distintos como eran, física y anímicamente.

«Pero tan unidos», solían decirles en alguna otra época.

Ahora no se veían tanto, una o dos veces al mes, muy de pasada. Pero mantenían contacto permanente, por teléfono o bien a través del Facebook. Se compartían fotos y se dejaban comentarios entre socarrones y amorosos. Se querían.

Amado estacionó el auto —había comprado hacía poco un

Nissan March, una joyita— y se cruzó al Parque Lezama. No eran mucho más de las tres de la tarde y, aunque ansioso, se mantenía con los nervios estables. Algún compañero de trabajo, también el mismísimo Dave, habían admirado alguna vez su buen temple, su ánimo calmoso: «Con la cantidad que tomás», le decían.

Para Amado, sin embargo, el consumo de cocaína no era de momento un problema: su parámetro era mantener el buen apetito.

Se sentó en un banco de cemento a la sombra y probó, una vez más, con el teléfono. No tuvo suerte y la llamada fue directo a la casilla de mensajes. Miró al frente, hacia la calle semiabarrotada de autos, y esperó a que el frescor de la tarde le ampliara las ideas y le permitiera llegar hasta su hermano y hasta Alicia.

Le habían puesto Alicia por Alice Munro. El año en que Alice Munro ganó el Nobel de Literatura, Amado había vendido su primera serie para televisión. Alice Munro, decía él, le había señalado el rumbo: sobriedad, elegancia y una pizca de impiedad. O, por el contrario, un rutilante espíritu piadoso. Ese mismo año, Zoe le anunció el embarazo.

Discutieron. Para Zoe, el nombre Alicia era un espanto, nombre de mujer mayor, «de tía». Amado le dijo que, por Dios, lo pensara: que un nombre, ponerle nombre a una persona, suponía una profundidad mayor que una mera definición estética.

Zoe propuso una lista de nombres posibles: Aytana, Jazmín, Ernestina, Renata, Chavela… Amado se agarraba la cabeza; sentía que, en el fondo, Zoe no quería otra cosa que romperle las pelotas. Si ella, de hecho, quería un varón. Había puesto todas sus fichas a que fuera un hijo y no una hija. Había llegado a decir que se llamaría igual que él, Amado Junior, y aunque a él le había sonado inconveniente —hay pruebas de que los hijos que llevan el nombre de sus padres se someten a una carga extra—, también le había hecho gracia.

Zoe no puso mucho esfuerzo en ocultar la decepción cuando le dijeron que sería mujer. Le costó remontar el entusiasmo, emprender la compra de ropa y accesorios de bebé, atender las recomendaciones médicas. Reaccionó recién cuando Amado vino

con la propuesta del nombre.

Si al final se impuso el nombre Alicia fue porque Amado prometió que para el siguiente hijo —porque garantizó que habría otro, y que ese otro sí sería varón— el nombre lo pondría ella.

Lo raro, lo que a Amado nunca terminó de gustarle, fue que desde entonces Zoe hablara de aquel hijo que aún no habían concebido mucho más de lo que hablaba de la pobre Ali.

A la pobre Ali no le gustó la idea de quedarse con el tío Dave. Era raro, el tío: hablaba solo, pestañeaba mucho, se rascaba… una vez lo había visto estrellar un teléfono contra el piso y otra vez lo había visto llorar.

Fue, lo del llanto, en una plaza. Su papá y el tío se habían instalado en un banco, bajo el sol. Parecían contentos. Ella dio un par de vueltas entre los juegos, pasó sin mucha convicción de una hamaca al mangrullo, y, en un momento, devolvió la mirada hacia su papá y hacia el tío Dave. Vio cómo su tío se doblaba sobre sí mismo y, con las manos cubriéndose el rostro, empezaba a sacudirse en espasmos en principio leves pero al rato ya incontenibles. Que su papá apoyara una mano sobre la espalda de Dave y le dijera cosas al oído no alcanzaba para que el tío se calmara. Alicia prefirió, al fin, mirar en otra dirección. Después, cuando el tío vino a despedirse, ella vio sus ojos y su nariz colorados; sintió también el olor agrio cuando llegó el momento de abrazarlo.

Era el olor de su tío, su olor de siempre, metálico y profundo. Lo sintió por supuesto ahora, en el bar, cuando su papá le dijo que se quedara, que tomara el jugo, que él iba por un trámite y volvía en cuestión de minutos. «Quiero ir con vos», había dicho Ali, pero la respuesta de su papá fue tajante: «Te quedás».

La campera del tío Dave también era la misma de siempre, de un verde gastado y triste. Alicia se preguntó si su tío no tendría más ropa que esa.

—Cada vez hablás menos —dijo Dave.

Era cierto, cada nueva ocasión, cada nuevo encuentro, le traía el problema de hablar con su tío. Quiso demostrar que no, quiso decir

algo sobre el jugo, sobre las ganas de que su papá volviera, pero, al margen de que no pudo, a su tío le llegaron mensajes al teléfono y dejó de prestarle atención a ella. Fue un alivio. Alicia pudo relajarse y mirar hacia afuera, hacia la calle, respirar hondo y aflojar el nudo que se le había hecho en la panza. Le pasaba muy a menudo, era una sensación de ahogo, ganas de vomitar, aun así no tuviera nada en el estómago. El esfuerzo mayor, en todo caso, tenía que ponerlo en aguantarse las ganas de llorar.

Pero entonces el tío alzó el teléfono, se lo llevó a un oído y abrió los ojos como dos pelotas. Después, en una mezcla de lamento y enojo, dijo: «No, no, no, hija de puta», y con un gesto de la mano libre y un movimiento atolondrado del mentón le hizo saber a Ali que tenían que irse.

Ella se levantó y lo siguió sin plantear queja alguna. Si finalmente no lloró, fue por pensar en el jugo, que ni su tío ni su papá habían pagado.

Ya que Dave no contestaba los mensajes de WhatsApp, Amado probó con su madre. Le hacía gracia que viniera a Buenos Aires, el miedo de su madre para trasladarse de un punto a otro de la ciudad. Su apego, el de su madre, por los lugares más sórdidos de Buenos Aires, con la ingenua convicción de que —por tumultuosos y más o menos turísticos— eran los más seguros. Que tampoco su madre contestara le provocó más fastidio que preocupación.

El Parque Lezama era un basural, por lo menos en el sector donde se instaló. Había restos de comida, envoltorios engrasados, colillas y un pañal. Lo bueno era que la brisa fresca mantenía toda esa mugre en circulación, la movía en remolinos y armaba un margen para tomar aire.

No le preocupaba tanto Alicia —su hija sabía mantener la calma — como Dave. Su hermano era un hombre sin suerte. Un hombre bueno que tomaba malas decisiones. Casarse había sido una de las peores.

También le preocupaba Zoe, que hacía dos meses —¿o eran ya tres meses?— había dejado de hablarle. Aunque sí le escribía mensajes kilométricos e ilegibles que él, cuando estaba de ánimo, respondía con delicadeza, con miedo de escribir algo inconveniente.

Amado se había ido de su casa —del departamento que alquilaban en Parque Chas— y alternaba las noches entre su auto, hostels más o menos dignos y el departamento de unos amigos considerados. Por algún prurito, intentaba mantener las formas ante ciertas personas, entre las que se contaban sus padres y su hermano.

Zoe, de momento, había mostrado buena voluntad: «Q venga tu puta madre si t preocupa tanto», le había escrito. Él quería agasajar a su madre, mostrarle la casa, enseñarle su familia.

Metió la mano en el bolsillo y sacó la bolsita ya abierta. Juntó un lindo montón en la punta de la tarjeta de débito y se lo mandó de un saque. Nunca creyó aquel verso de que la cocaína te ayudara a ver el panorama en toda su amplitud, pero sí reconocía que al menos te ayudaba a pensar en otra cosa.

Amado se preguntó por su hermano, si Dave era o no era

homosexual.

No le gustaba el subte. La bocanada de calor que la envolvía ya en los primeros escalones, cuando apenas iniciaba el descenso. El mundo bajo tierra era un muestrario de fealdad y grotesco. Alicia tenía miedo de los mendigos, de los vendedores ambulantes y, sobre todo, de los artistas del subterráneo. Apretaba la mano de quien la tuviera a su cargo —su madre o su padre, por lo general— cuando intuía la intromisión de algún artista. Para colmo, en el subte había de todo: músicos, actores, bailarines, magos… gente al borde de la desesperación, gente al filo de algún abismo, sin importar la edad que tuviera.

Cuando sonaron las primeras bases de ritmo machacón, Alicia apretó con fuerza la mano derecha del tío Dave. Y cuando el rapero empezó a parlotear, con rimas por lo menos de dudoso gusto, volvió a sentir el hueco en el estómago.

—Quiero bajarme —dijo, pero el ruido del tren y el escándalo del rapero no permitieron que su voz, la voz de Alicia, se elevara lo suficiente para llegar a oídos del tío Dave. De todos modos, y por mucho que su voz se hubiese hecho sentir, era evidente que el tío estaba en otra cosa, muy sumergido en sus intríngulis, que de momento transcurrían en el fragor de su teléfono, entre mensajes y llamadas.

Aunque no los asimilaba del todo, Ali estaba al tanto de los problemas de su tío. De las idas y vueltas con su esposa, del bebé al que le habían puesto un nombre horrible, de la plata que perdía de manera idiota —como decía su papá— y de los amigos que no le convenía tener. Ella había conocido a un par de esos amigos, gente rara como el tío. Hablaban de otra manera, como en otro idioma; se reían de cosas que ella no estaba segura de que fueran graciosas. En cierta ocasión, le costó discernir si estaba frente a un hombre o una mujer y, cuando ya no aguantó y consultó con su papá, Amado no hizo más que soltar una carcajada. Sin embargo, su papá tampoco se veía muy cómodo junto a los amigos del tío Dave. Por mucho que se riera, por mucho que los saludara con abrazos y besos, Alicia percibía la incomodidad en el cuerpo de su papá, en el tono de su

voz —de pronto más alto— y en el modo en que se relajaba —los resoplidos largos, el movimiento de hombros— una vez que conseguía librarse del tío y sus amigos. A ella le pasaba igual.

Como ahora en el subte, que mientras Dave discutía con alguien por teléfono —cómo hacía el tío para escuchar, para entender lo que le decían del otro lado, si el vagón era un solo barullo, entre el traqueteo de las vías y el alboroto del rapero—, ella mantenía en la cara una sonrisa de nena desquiciada.

Pero lo que Amado escribía tenía muy poco que ver con Alice Munro. Un compañero de trabajo, guionista como él, se lo había hecho notar. Las historias que Amado proponía no se caracterizaban, precisamente, por su elegancia ni por su sobriedad. Lo suyo, dijo su compañero, iba más por el lado de la desmesura, de «las historias basadas en hechos reales». No era propiamente una crítica, lo de su compañero, pero Amado lo sintió como un insulto.

Revisó las historias que había guionado hasta entonces —la biografía de un asesino serial de los años ochenta, una emblemática familia de secuestradores, un legendario narco mexicano, y así por el estilo— y, aunque debió aceptar que había parte de razón en la sentencia de su compañero, se consoló con la idea de que, tal vez, su originalidad residía en la combinación de historias truculentas y la sobriedad propia de Alice Munro.

También encontró consuelo en el dinero que había ganado. No es que fuera mucho —de hecho, y por el ritmo de escritura que el trabajo imponía, estaba seguro de merecer algo más—, pero le había venido bien para ordenarse, para tener, por ejemplo, un auto como el que tenía. Un coche tan dócil, cómodo, coqueto…

Su compañero guionista, el que puso en duda su estilo, no había sido muy afortunado, no le habían tocado propuestas exitosas —aunque era bien cierto que parte del trabajo del buen guionista consistía en gestionarse uno mismo las propuestas exitosas—, y no era seguro que continuara en el rubro. Ganaba poca plata. Aunque Amado tenía bien claro que la cosa no iba por ahí, la poca suerte de su compañero también le servía para desacreditar su opinión: tal vez su compañero, al fin y al cabo, no supiera tanto de literatura. Quién podía asegurarle que ese pelmazo hubiera leído mucho más que un cuento de Alice Munro. Y por último, y ya que estamos, se decía Amado en la cresta de la euforia, a quién puta le importa Alice Munro.

Lo peor era cuando su mamá se ponía histérica. Como el día que su papá vino con un perro. A Alicia no le gustaban los perros, eran

cargosos, tenían mal olor y cagaban en cualquier lado. En eso estaba de acuerdo con su mamá. Pero tampoco era para llevar el enojo al extremo, no era para llorar ni para encerrarse en la pieza, ni, mucho menos, para decir esas cosas… De todo lo que dijo su mamá, fue «pelotudo» la palabra que más le impactó. Había algo pegajoso, la sensación de que una vez dicha, esa palabra no podía quitarse. Su papá era un pelotudo.

El perro, para colmo, era un fox terrier. Ni siquiera había tenido en cuenta, su papá, el carácter de la raza, el comportamiento habitual de ese tipo de perros. Desobedientes, malos y sucios. No era un perro para meter en un departamento como el de ellos, un PH en realidad, reciclado, bonito, puesto a nuevo. El trabajo que habían hecho para convertir aquel espacio en algo que pareciera un hogar, un fox terrier lo echaba a perder en cuestión de segundos; una meada por aquí, una mordida por allá. Su mamá tenía razón: su papá no pensaba.

Los dos días que tuvieron al perro fueron un suplicio. Qué podía importarle a su mamá la idea de elegirle un nombre. Amado lo proponía como un juego, ofrecía posibles opciones de acuerdo con el perfil, decía, que quisieran darle al perro: Fidel, si revolucionario; Cormac, si literario; Lennon, si musical…

«Pero, por Dios —dijo su mamá muchas veces durante esos dos días del perro en la casa—: por Dios, qué tipo pelotudo».

Que Corso la mordiera —porque ese fue el nombre que decidió Amado cuando Zoe dejó de llevarle el apunte, cuando acabó de hartarse, y cuando ella, Alicia, ya no supo qué cara poner, qué gesto era el más adecuado para conciliar el ánimo de su papá con el hastío de su mamá; un nombre, por lo demás, Corso, inspirado en un poeta o en alguien de esa calaña que ni a Zoe ni a la pobre Ali les decía algo—, que el perro mordiera a su hija, aunque no fuera más que por sus ganas de jugar, por su instinto de cachorro, mordiscos inofensivos, superó todas las malas expectativas de Zoe acerca del animal. No sirvió que Alicia le jurase que no le dolía, que había sido nada más que un susto, que ya estaba todo en orden. Su mamá pateó al perro y después encaró a su papá. La pobre Ali no

quería, pero miraba igual. Así vio, entonces, cómo su mamá no llegó siquiera a insultar a su papá, a decirle pelotudo —que era lo que seguramente pensaba decirle—, que él, de un solo manotazo, tomó a Zoe por el pelo y con la mano libre le estampó dos buenos sopapos, uno en cada lado de la cara, y le dijo que a los perros no se los pateaba.

Su mamá se quedó en silencio, los ojos abiertos y la cara quieta en un gesto pavote, mientras su papá levantaba al perro —que se había refugiado bajo un sofá— y le daba unas palmadas por el lomo, como si lo limpiara. Era feo Corso, un perro sin gracia y, por encima de todo, malcriado.

Pero su papá no quería darse cuenta. Con Corso hecho un bollo entre los brazos, Amado salió y volvió a casa ya cuando era bien de noche, casi en plena madrugada, y sin el perro. Por suerte.

Subió al auto, pero no le dio marcha, se quedó sentado al volante, la mirada sobre el Parque Lezama. Se veía, el parque, mucho más amable desde ahí, desde el auto, que desde el parque mismo. Se le ocurrió que si fumara, si no fuera tan sensible al olor del cigarrillo, ese sería un buen momento para cruzar y sentarse otra vez en el mismo banco de cemento, para fumarse ahí, a la sombra, un pucho como Dios manda.

Decidió, después de pensarlo unos cuantos minutos, que no era cuestión de fumar o no fumar, que bien podía instalarse en ese banco a pasar el rato, a elucubrar sobre las desventuras de su hermano. Probó llamarlo una vez más y volvió a frustrarse.

Cruzó la calle de una corrida, esquivando un par de coches. Era sorprendente lo del parque, la confirmación de que al acercarse, al pisar uno sus veredas, dejaba traslucir su rusticidad, perdía el camuflaje y se revelaba como un lugar sucio y un poco desolado.

No ayudó, ni al parque ni a su propia comodidad, que la luz del sol invadiera ahora parte del banco. Se sentó hacia un borde, el que guardaba un resto de sombra, pero no pudo librarse de la resolana sobre los ojos. Era inútil. De seguir ahí sentado, acabaría con dolor de cabeza.

Pero tampoco quería volver al auto, a la necesidad de rastrear a

su hermano y a su hija. Apuntó entonces unos metros más allá, hacia la pérgola del parque, ocupada por lo que parecía ser un grupete de raperos, chicos y chicas que no debían pasar de los veinte años y que se movían, intuyó él, al ritmo de alguna base musical que desde la distancia no se alcanzaba a percibir.

Había escrito alguna vez una historia sobre raperos, una historia más bien costumbrista, aunque acentuando —como era habitual en él— un posible mundillo criminal; había escrito sin mucha idea de lo que era y de lo que hacía un rapero. A los productores, sin embargo, la propuesta les gustó, aunque plantearon una duda: ¿por qué raperos? ¿Y por qué no?, contestó él.

No le respondieron. Se limitaron a toquetear su guion, un poco por aquí y otro tanto por allá, de manera que lo que antes eran raperos ahora eran encargados de un taller mecánico. Por supuesto, Amado sintió el cambio como una ofensa, pero más tarde, cuando la serie fue un éxito y su nombre resonaba en ese ambiente volátil de las producciones audiovisuales, acabó por admitir que aquella gente, la de las productoras, sabía leer —como decían ellos, *leer*— las demandas del público.

Ahora, en la pérgola del parque, junto a los raperos, se preguntó en qué momento de la tarde le caería, con fuerza y dolorosamente, la preocupación por su hija y su hermano.

Creyó que su tío, con esa pinta de loco, estrellaría el teléfono contra el piso del subte; pero lo que hizo Dave fue tomarla del brazo, apuntar el teléfono hacia ellos mismos y pedirle que sonriera.

—Le mando a tu papá así se queda tranquilo.

Cuando Dave le mostró la foto, ella notó que su sonrisa había quedado a medio camino, que su tío no le había dado el tiempo necesario para armarse de la pose que demandaba una selfie.

La cara de Dave tampoco había salido del todo bien; de hecho, el tío ni siquiera se había molestado en procurar una sonrisa. No supo, Alicia, qué clase de tranquilidad era la que pretendía transmitir Dave.

Tal vez era mejor así, se ilusionó la pobre Ali; tal vez si su papá prestaba la debida atención a la foto llegaría a darse cuenta —pero

qué era aquello de lo que habría de *darse cuenta*— y, quién sabe, vendría con premura en su búsqueda.

—¿Buscamos a tu primo? —La pregunta de Dave no hizo más que aportarle una nueva pesadumbre: no solo que no reconoció la estación donde bajaban, sino que, hasta donde ella entendía, a su tío Dave no le estaba permitido acercarse a su hijo. Ella, Alicia, se lo había escuchado decir a su mamá («Se acerca y lo meten preso», había dicho Zoe).

El tío le apretó la mano y la condujo por un par de calles grisáceas y bochincheras. Había que esquivar charcos y baldosas quebradas, gente medio atontada que se movía como en el aire.

—Puta madre —dijo Dave. La puteada del tío le sonó excesiva. Llevaban menos de un minuto ante un edificio viejo, un edificio con el frente pintarrajeado y carcomido. Dave apretó una vez más el botón del 3° B y, aunque una voz de mujer contestó de inmediato —«Qué pasa, quién es», dijo la mujer—, él volvió a soltar la misma puteada, aunque ahora un tanto más exagerada:

—La remil puta —dijo.

Le decían el Nene, pero era una chica. Ganó todas las batallas de rap que se disputaron en la pérgola. Amado se impresionó en partes iguales con la crueldad de los versos y la pertinencia de las rimas que aplicaba. Sus contrincantes eran, como ella, meros adolescentes con caras de malos y la ropa muy sucia. O al menos de apariencia sucia.

De cerca, aquellos chicos —el Nene incluida— provocaban miedo y ternura; miedo, porque eran imprevisibles, era imposible anticipar alguna posible reacción. Y ternura, porque eran evidentes la confusión y el desasosiego detrás de la aparente amenaza.

Amado hizo caso omiso a las miradas odiosas, al empeño que pusieron en hacerle sentir que él no tenía nada que hacer en ese lugar. También se esforzó por desentrañar la clave de las rimas y las letras, el ritmo que predominaba en cada verso. No era difícil: el ritmo era de lo más elemental y monótono; lo más interesante, en todo caso, había que indagarlo por el lado de la lírica. Amado prestó atención y dedujo un predominio de anáforas, paralelismos, epíforas, reduplicaciones y aliteraciones, todas más o menos inspiradas, más o menos brutales, casi siempre ordinarias.

De algo, pensó, le había servido el taller de escritura creativa: sabía identificar figuras literarias, algo que seguramente esos adolescentes mal formados jamás en su vida podrían aprender, atestados como estaban de marihuana y vagancia.

Amado temió, de hecho, que la hediondez de tanto porro alrededor de la pérgola llamara la atención de algún policía trasnochado. Qué podía pensar ese policía si llegara a verlo en ese lugar: que era un vendedor de drogas, un bufarrón, un simple pervertido.

Valoró la discreción de la cocaína, que, una vez adquirida cierta pericia, permitía llevarse a la nariz lo que uno quisiera sin que el mundo alrededor lo notara.

Se alivió una vez que el Nene, después de cuarenta y cinco minutos de batalla —cuarenta y cinco minutos que Amado pasó tomando nota mental de los mejores y peores exponentes del rap de

Parque Lezama, reconstruyendo los entresijos de una historia, de un posible guion para alguna productora dispuesta a tolerar historias de raperos—, después de un largo rato, se acercó secundada, el Nene, por un séquito de cuatro jovencitos vestidos como ella —es decir, mal vestidos, desarrapados— y le preguntó, de mala manera, qué onda, amigo, a ver, cuenta qué onda.

Había que hacerle un favor al tío. Eso había dicho su papá. Que el tío Dave necesitaba que le dieran una mano, que pasaban a verlo y seguían camino.

Para cuando llegaron al bar —tardaron mucho, entre que Amado pasó a buscarla y su mamá la vistió y la hizo almorzar mientras su papá esperaba en el auto, anunciándose cada tanto con bocinazos—, una vez que estuvieron ahí, Dave ya parecía haberse bebido más de un pocillo de café. Los saludó a las apuradas, como si se hubiesen visto, como mucho, hacía unas pocas horas.

Antes de que pudieran siquiera sentarse a la mesa, el tío se arrimó a Amado —más bien lo arrastró hacia él, puso una oreja de Amado contra su boca— y le susurró algo al oído, quién sabe qué.

Alicia no se ofendió ni se interesó por lo que se dijeran su papá y su tío. Quería, nada más, comer y tomar algo.

Pero entonces su papá se soltó, se apartó de Dave, se acomodó al fin sobre su silla y, con una especie de suave ofuscación, le aplicó al tío Dave aquella palabra que su mamá tanto usaba para referirse a su papá:

—Qué pelotudo —dijo Amado.

Alicia notó, sin embargo, la diferencia, el dejo de cariño con que su papá maltrataba al tío.

Más relajado, su papá llamó a la moza: Ali tardó en decidirse, había muchas opciones y todas le resultaban razonables. Pidió jugo de naranja con la certeza de que se arrepentiría. Su papá pidió una Coca y ella valoró el gesto, sabía que esa Coca también era para ella. El tío Dave no quiso pedirse otra cosa y Alicia, con la carta entre las manos, jugó a pensar qué elegiría ella de haber sido el tío Dave. Pensó en café, pero el hecho evidente de que el tío había tomado ya más de un café le hizo pensar que bien podría ahora

pedir una Coca. O, por qué no, un licuado.

Más tarde, mientras esperaba junto a su tío a que les abrieran la puerta del edificio, lamentaría haberle dedicado tanto empeño a aquel juego ridículo —a quién le importaba qué podía pedir o no su tío en un bar de mala muerte—, en vez de estar atenta a su papá, atenta al diálogo que mantenían su papá y su tío y que hizo que su papá se levantara de un salto y la dejara ahí con aquel pobre diablo.

Les pedía que le dijeran Dani en vez de Danilo. «Me entristece el nombre completo», decía. Por supuesto, prefería que no le dijeran papá. Actuaba un gesto de dolor, como si lo apuñalaran, cuando olvidaban el pedido. Se llevaban bien con él, tanto Amado como Dave.

A los dos les había parecido gracioso —y, aunque no lo manifestaran, también algo patético— que Danilo apareciera con un arito en la oreja y más tarde un *piercing* sobre la ceja derecha. Habían vivido juntos mucho tiempo, Danilo supo enseñarles cómo arreglárselas solos, qué cosas había que tomarse en serio y cuáles no tanto; qué actividad era redituable y cuál no; qué recaudos tener presentes al moverse por la ciudad. De alguna manera, había sido un buen padre.

De Danilo se decían muchas cosas —los parientes lejanos, los amigos queridos, los apenas conocidos y los eventuales vecinos habían dicho muchísimo a lo largo de los años—, cosas que Amado y Dave habían tomado siempre y rigurosamente a pie juntillas antes de recapacitar y caer en la cuenta de que eran más bien improbables: que Danilo era tremendo putañero, jugador compulsivo, jipi, patrón del narcomenudeo, homosexual tardío, homosexual pionero, ex miembro de la Triple A (más tarde, cuando fueron mayorcitos, Amado entendió que no le daba la edad), guerrillero en reposo, miembro de una secta, sicario, testaferro, tratante de blancas, simple evasor de impuestos, todo eso junto…

Amado y Dave dedicaban semanas enteras a desentrañar la veracidad de cada posible oficio de su padre. No lo decían, pero algunas de aquellas actividades les caían en gracia. Si era evasor, especulaban, Danilo tenía más dinero que el que ellos suponían. ¿Cuánto le corresponde al hijo de un evasor? Sin embargo, la mayoría de las veces aquellos rumores los sumían en un silencio pesado y cruel. Después, cuando al fin dilucidaban la evidente farsa, o más simplemente la hacían a un lado, volvían a la tranquilidad de saber que Danilo no era más que un modesto profesor universitario, algo excéntrico en su vida íntima, pero tampoco lo suficiente como

para preocuparse.

Por alguna razón, Amado se mortificaba: tampoco quería que —por Dios, de ningún modo— Danilo supiera que las cosas con Zoe venían en caída libre. También a él, a Danilo, esperaba Amado esa noche en su casa. O, mejor dicho, en casa de Zoe.

Dicen que de ninguna manera se aprende a escribir en un taller de escritura. Como mucho, un taller sirve para hacerse amigos. Aunque las más de las veces se consiguen puros enemigos. Amado no se había hecho ni de unos ni de otros y, con el grupete de raperos bien plantado ante él, se dijo que tal vez los talleres de escritura estuvieran ahora ante una prueba de fuego.

Empezó por celebrar la destreza y el espíritu, la entrega de cada uno en aquella batalla de rap. Como no consiguió más que gestos desorientados, mera indiferencia —incluso su auditorio de raperos se redujo en número y atención—, encaró con más decisión al Nene.

—Lo bueno de tus letras —le dijo— es que plantean imágenes muy nítidas.

El Nene tenía dieciséis años —eso al menos le diría después, cuando Amado consiguió llevarla hasta el auto— y sus letras, a decir verdad, no eran más que un manojo de insultos. Su vocabulario tampoco lucía gran variedad, pero la velocidad del fraseo disimulaba muy bien las carencias. Sus temas primordiales iban del gusto por las drogas —con el porro y las pastillas a la cabeza— al sexo desenfrenado y un poco retorcido, con un repaso por ciertas reivindicaciones feministas que, dichas así como al paso y en medio de una contienda de raperos, sonaban más estridentes que precisas.

Amado también se interesó por sus tatuajes, una maraña de firuletes que parecían expandirse desde —o hacia, de acuerdo a la posición en que se observaran— su cogote al resto del cuerpo. Hasta en las manos y los tobillos —el Nene no usaba medias o, si las usaba, eran medias de calce justo, medias invisibles, y su pantalón llegaba apenas hasta las rodillas—, en las porciones del cuerpo más insólitas se percibían los manchones de tatuajes.

—¿Tanto vas a mirar, papi, tanto hay para ver? —dijo el Nene, y su comentario levantó por un momento el ánimo de sus compañeros. Amado fue rápido de reflejos y en vez de bajar la mirada la alzó un poco más y la clavó en los ojos del Nene. Se enderezó —estaba apoyado sobre una baranda de cemento— y dijo:

—Hay muchas anáforas en tus letras.

—Se llama Dylan —dijo Dave y puso al bebé en brazos de Alicia. Era la primera vez que la pobre Ali alzaba a un bebé. Le impresionó que fuese liviano pero escurridizo, difícil de sostener.

—Se me cae —avisó, pero el tío Dave estaba muy concentrado en abrazar a Marita, su esposa. Su papá se lo había dicho: al casarse —porque se habían casado—, Marita dejó de ser nada más que la novia de Dave para pasar a ser su esposa. Y Dave, a su vez, se había convertido en el esposo de Marita. Mientras que ellos, sus padres, Zoe y Amado, nunca se habían casado y era muy probable que nunca se casaran, porque, le explicó su papá, ellos no creían en el casamiento. Ellos, le dijo, se amaban, y su amor era suficiente para mantenerlos juntos y felices.

Marita era gorda y rosada como una muñeca, y parecía siempre resfriada. Alicia la había visto muy pocas veces, siempre a las corridas. Lo que sabía de Marita era por los comentarios de sus padres: que su dejadez, que lo mucho y mal que comía, que ventajera, que odiosa y maleducada, y otras cosas que la pobre Ali no alcanzaba a descifrar, pero que, a todas luces —por el brillo en los ojos de su mamá y la sonrisa en el rostro de su papá—, no dejaban bien parada a Marita.

—Se me cae —repitió.

Marita se quitó de encima el abrazo de Dave y clavó sus ojos llorosos en Alicia. Hizo caso omiso a los esfuerzos de Ali por mantener al bebé en una posición más o menos estable. En cambio, le dedicó una sonrisa lastimosa y le pasó con suavidad un dedo por la mejilla derecha.

—Qué grande está esta nena —dijo.

Dave copió el gesto de Marita, la sonrisa, y también miró a Alicia. No registraban, o no les importaba registrar, el esfuerzo de Ali por mantener a Dylan en su lugar, por que no se le cayera.

—Se me parte la cabeza —dijo de pronto Marita y agregó—: no puedo sola.

Después se llevó las manos a la cara, le entregó a Dave una mochila y dio media vuelta y se metió de una corrida dentro del

edificio. Abrumado por semejante resolución, Dave miraba una vez hacia la puerta y otra hacia la mochila que ahora le colgaba del brazo. Era una mochila de jean y llena hasta el tope, con las costuras sueltas aquí y allá.

Cuando además de retorcerse entre sus brazos Dylan empezó a llorar —un grito agudo, como de animalito—, la pobre Ali no se aguantó y soltó un insulto.

—La gran puta —dijo.

Recién entonces reaccionó el tío Dave, aunque no hizo más que repetir el insulto de Alicia: «La gran puta».

Amado tomaba nota de las veces que había ido al rescate de su hermano. En ocasiones, por suerte las menos, era por pedidos de dinero: arrimarle unos pesos para el alquiler, cubrir parte de una deuda, incluso solventar las ganas de Dave de darse un gustito —desde comprarse ropa hasta una escapada a la costa.

Pero las más de las veces Dave no quería más que hablar, descargar parte de su angustia, una angustia que Amado no alcanzaba a captar en toda su magnitud y de la que más bien se aprovechaba. En el barullo de su cabeza, su hermano se dejaba arrastrar por emprendimientos de lo más locos, algunos peligrosos. Por algún motivo —quizás por la convicción de que aquel peligro representaba más bien una diversión— Amado no se preocupaba y, en cambio, animaba a Dave a que llevara las cosas hasta el final. Como la vez del arma en la cabeza.

Dave se había metido en negocios inmobiliarios. Por supuesto, no sabía nada del tema, sus contactos eran difusos y la agencia a la que se había sumado era conducida por una familia de matones. Un amigo —lo más cercano a un amigo que Dave podía tener— le aportó unos cuantos yeites, la manera correcta de hablar y de vestirse. En apenas un mes Dave manejaba una plata insólita para alguien que no llegaba a cubrir su propio alquiler. Se entusiasmó. Creyó que la bonanza de aquella agencia se traduciría en su propia bonanza. Empezó a usar la plata como si fuese suya, o como si no fuese de nadie. Gastó en cosas absurdas, cosas que ni siquiera estaba seguro de que le gustaran. El colmo fue un cabaret de

avenida Lavalle: lo dejaron en pelotas, le quitaron hasta los zapatos. El arma en la cabeza, en medio de la frente, se la puso el dueño de la agencia al momento de reclamar su plata. Puede que haya sido un matón, pero también era un hombre inteligente; limitó su indignación a retorcerle el caño de la pistola en el entrecejo: «Rajá —le dijo después—: rajá de acá, maricón».

Amado se llenaba de placer escuchando aquellas historias, el modo en que Dave las narraba: usaba el tiempo presente y, aun entre lágrimas, ofrecía detalles escabrosos. Tal vez su hermano le debiera algún dinero, quizás nunca llegó a devolverle cierta campera que él apreciaba, pero lo cierto es que las historias de Dave —o al menos la manera en que Dave se las contaba— habían sido para Amado mucho más determinantes que cualquier lectura errónea de Alice Munro.

Puede que el Nene no fuera, después de todo, una eminencia literaria ni musical, pero era innegable su formación como rapera. Mientras que Amado le ofreció un repaso más bien inverosímil de opciones líricas y narrativas, ella le lanzó a la cara una batería de raperos legendarios y actuales de los que él nunca había oído hablar. Raperos latinoamericanos, raperos yanquis, raperos europeos, musulmanes, católicos, budistas, raperos nazis…

Aunque en un principio le vinieron ganas, Amado entendió muy pronto que la sabiduría de esa chica no habilitaba motivos para reírse. Entre otras cosas porque, dedujo, alcanzar el nivel de conocimiento del Nene le demandaría una nueva vida, y él, ahora mismo, estaba en otros planes: encontrar a su hija y a su hermano, por ejemplo.

El Nene acompañaba cada palabra con movimientos de brazos, como soltando golpes de boxeo que, por la pesadez con que los hacía, parecían quedar a mitad de camino. Era también un gesto primitivo, los hombros caídos, la boca entreabierta… El conjunto conspiraba contra su perfil femenino, armaba algo más bien indefinido. En un momento Amado dudó: ¿era el Nene una chica o un chico?

Lo que fuera, el asunto es que la boca entreabierta —a la que se

sumaba el acento cantarín y enrevesado— acabó por ser un problema: Amado la entendió como una provocación, un intento del Nene por seducirlo. Que quedaran un par de sus amigos revoloteando en los alrededores era una lástima, un obstáculo de apariencia infranqueable. Pensó en su hija, en la pobre Ali: cómo sería su hija de grande, cuánto de la rareza de la adolescencia se le pegaría cuando llegara el momento. Se imaginó a sí mismo sobrellevando ese período, convertido ya en un adulto intolerante y prejuicioso; cómo reaccionaría él si dentro de un tiempo —cuánto: ¿diez años?, ¿cinco?, por Dios, ahora mismo— su hija se enredara con un hombre veinte años mayor. Llegado el caso, habría que ver de qué clase de hombre estaríamos hablando. No era lo mismo, por supuesto que no lo era, un hombre como él —con una cierta noción y consideración por el mundo alrededor— que un simple tiro al aire.

Todo eso pensaba mientras caminaban en dirección al auto. Le había ofrecido cocaína y el Nene había dicho que sí.

Dylan era un bebé feo. Tenía el color rosáceo de su madre y, lejos de inspirar ternura, su aspecto rollizo, los pliegues de papada y la grasita sobrante en las piernas provocaban repulsión. Olía mal, para colmo de males, y no solo porque estuviese vomitado y el tío Dave no hiciera nada por remediar la inmundicia. Era el olor intrínseco del bebé, producto quién sabe de qué. De la dejadez de sus padres, probablemente.

El tío había devuelto la atención a su teléfono, absorbido de nuevo por algún tipo de problema. Preocupada por mantener a la criatura de buen humor, Alicia había dejado de sentir lástima —o esa especie de lástima que había sentido— por Dave. No podía concebir que los obligara, a ella y al bebé, a viajar en un subte saturado por la hora pico, apretados entre un manojo de personas de aspecto lúgubre. No concebía que pusiera a Dylan en sus brazos y la metiera en el tren a los empujones. Tampoco le gustó la manera en que gestionó un asiento para ella, alborotando al gentío:

—Un asiento libre, por favor, que viene con un bebé.

Como si viajaran solos, Dylan y ella, sin un adulto que les cubriera las espaldas. La mujer que le cedió su lugar, ofuscada, dejó húmedo y hundido el tapizado del asiento y Alicia sintió asco. Miró hacia arriba como buscando que alguien más se percatara, que alguien le ahorrara la ignominia de sentarse ahí. Pero el bamboleo del subte y las caras afligidas del pasaje la empujaron al asiento. Quedó pegada a un anciano que no tuvo empacho en quejarse por el olor de Dylan. Fue cruel con su comentario.

—Tu hermano se cagó feo.

Estuvo a punto de corregir al viejo, de explicarle que Dylan era su primo, pero comprendió a tiempo que, de hacerlo, acabaría llorando. De impotencia, de miedo, de odio.

Buscó a Dave con desesperación. Su campo visual había sido cubierto por el conglomerado de braguetas y torsos de los pasajeros de pie, una masa compacta que se balanceaba al ritmo del tren. El llanto de Dylan, sumado al olor cada vez más nauseabundo, hizo que los pasajeros alrededor se esforzaran por despejar, moviéndose

en meneos torpes, el minúsculo espacio que ocupaban Alicia y Dylan. Entonces descubrió, por fin, a su tío: recostado sobre una de las paredes del vagón, Dave seguía absorbido por el teléfono. Discutía, era evidente que discutía. Alicia deseó con todas sus fuerzas que estuviera discutiendo con su papá.

«Soy más linda cuando fumo», había dicho Clara. Lo dijo con suavidad y con una cansina media sonrisa, de manera que bajaran la intensidad al reclamo por el cigarrillo —sobre todo Zoe—, que supieran, su hijo y su nuera, que no estaba en su ánimo incordiar.

Aunque captó el mensaje, aunque supo interpretarlo, Amado había insistido: «No entiendo que fumes tanto —le dijo—, no entiendo que no respetes ni a tu nieta».

Clara, su madre, venía poco a Buenos Aires. Se había ido cuando él tenía ocho años, quizás mucho antes, y Amado nunca se animó a preguntar por qué. Temía que hubiera sido por culpa de Danilo, que su padre —además de todo lo que se decía de él— fuese también golpeador.

Su madre no había vuelto a fumar aquella tarde. Tampoco había conseguido recuperar el entusiasmo inicial, las monerías con que había encarado a Alicia. Por lo menos, se consoló Amado, Zoe no tendría nada que reprocharle.

Su madre era una mujer con preocupaciones muy distintas a las de ellos. La distancia generacional les armaba un abismo que él percibía, pero que no estaba dispuesto a sortear. No es que su madre fuera una mala persona, pero se comportaba de acuerdo a principios, si no primitivos, sí al menos en desuso. A veces Amado la acusaba de practicar un jipismo tardío y, al rato, le adjudicaba actitudes protofascistas. Pensaba mucho en su madre —mucho más que en su padre— y no terminaba de encontrarle la vuelta. Y, aunque se cuidaba de manifestarlo, Amado agradecía que viviera lejos, que se vieran cada tanto.

«Clara —le decía a Dave—: hasta su nombre es un contrasentido». Pero su hermano pensaba distinto. Dave no tenía mayores preocupaciones al respecto. Pensaba en su madre como en una tía lejana, una persona a la que reportarse cada tanto, en fechas especiales. Sabía que no era lo correcto, o por lo menos que no era lo que se acostumbra, pero no podía —nunca pudo— hacer más firme aquel lazo. Incluso le molestaba tener que verla las veces que ella venía de visita a la ciudad. Las muestras de cariño forzadas, el

repaso de anécdotas inverosímiles, la mención de parientes que él no conocía… Le llevó mucho tiempo tomarse a la ligera esas cosas.

Una vez, en una de las tantas visitas que ella hizo a la ciudad, la vio desnuda. Fue en el departamento que por entonces Danilo ocupaba en Belgrano, un semipiso amplio y coqueto que su padre mantenía ordenadito y muy pulcro, tanto que Dave se preguntaba si su padre no era, como muchos insinuaban, un solapado homosexual. A Dave le hacía gracia el enojo de Amado por el ahorro que su madre hacía parando en casa de su padre: «Es muy retorcido», decía Amado.

Dave tenía llave y entró sin anunciarse. Su madre corría desnuda y en puntas de pie, llevando lo que parecía ser un vestidito entre los dedos de una mano. Dave se preguntó si su madre corría en dirección al baño o hacia una de las habitaciones. Se preguntó también si ella habría alcanzado a verlo. Por si acaso, se quedó quieto junto a la puerta un par de minutos. Pensó que, por la edad que tenía, su madre se conservaba muy bien.

«Si la amenaza es con pistola —decía el consejo de Al Pacino interpretando a Jimmy Hoffa—, hay que atacar. Si es con cuchillo, hay que correr». ¿O era a la inversa? Amado había visto *El irlandés* hacía unas pocas semanas. Había discutido con sus compañeros de trabajo: si era un Martin Scorsese en su mejor forma o si era, lisa y llanamente, la firma de retiro de un director cansado que niega su cansancio. Hacía ese tipo de comentarios y después sentía vergüenza. Más que nada porque él ni siquiera conseguía llevar a buen puerto una historia sobre raperos porteños.

Correr o atacar. Era absurdo. Tampoco sabía qué pensar del Nene. Él había intentado besarla, ni más ni menos, pero ella había reaccionado mal.

—Te equivocaste, amigo —le había dicho, pero él no estaba seguro de haberse equivocado.

Se había armado una imagen interesante, aunque también un poco elemental y ramplona: los dos arriba del auto, él al volante y ella a su lado, el Nene eligiendo la música y después llevando esa boca —siempre entreabierta— hasta su entrepierna. Pero de

entrada, apenas se arrimaron al auto, Amado sintió que algo no iba bien, que la expresión del Nene —antes entusiasta, un poco bravucona— se había vuelto expectante y desconfiada. Aun así, no puso reparos al momento de subir al auto.

—¿Damos una vuelta? —preguntó él.

—¿Hace falta dar una vuelta?

Amado tampoco estaba seguro de lo que había querido decir el Nene con esa respuesta en forma de pregunta. Por si acaso, manoteó la bolsita y se dispuso a preparar una buena porción en la punta de la tarjeta de débito. Pensó en tomar él primero, que el Nene apreciara su pericia, incluso su elegancia, para tomar; pero el Nene no le dio mucha vuelta al asunto: pescó la tarjeta al vuelo y se tomó la cocaína de un tirón. Amado soltó una carcajada. Supuso que tamaños modales lo habilitaban a reclamar algo a cambio, y fue entonces que intentó besarla.

No fue tanto el rechazo como la insinuación de los tatuajes —que parecían brotar de entre la ropa del Nene— y de la boca, siempre la boca, lo que lo empujó a continuar.

—No, no —insistió ella—: estás mal.

Amado pensó en el tiempo que había perdido aquella tarde en el parque. Fue, en realidad, como el ramalazo de un pensamiento; una idea fugaz que cubrió de una sola pasada las idas y vueltas desde su auto hasta el parque, las batallas de rap en la pérgola, el presuntuoso muestrario de su sapiencia literaria… Sintió un principio de acidez en el pecho y trascartón la certeza de que aquello no era como debía ser. Se arrimó un poco más hacia ella y la tomó con fuerza por un brazo. El del Nene era un brazo firme y duro, un brazo trabajado, y con solo dar un tirón ella volvió a quedar libre, aunque también un poco aturdida. Quizás por eso, por el afán de orientarse, el Nene le estampó una cachetada.

Por un instante pareció que Amado dejaría las cosas así; pareció, incluso, que pediría disculpas. Lo que hizo, sin embargo, fue tomar impulso en el breve espacio que su asiento le permitía para soltar un puñetazo, duro y certero, al centro de la nariz del Nene. Ella se dejó arrastrar por el golpe hasta pegar la cabeza con la ventanilla

del auto. Aunque brutal e inesperado, el puñetazo le dejó un resto de ánimo que usó para sacar un cuchillo de entre su ropa o —como lo sintió Amado— desde alguna parte de su cuerpo.

Amado entró en pánico. La nariz del Nene había empezado a chorrear sangre y, con el cuchillo bien firme en la mano derecha, daba la imagen de una aparición de clase B.

Fue entonces que recordó la película *El irlandés*, el consejo de Jimmy Hoffa: si es cuchillo, definitivamente, había que correr.

El llanto de Dylan —ese chillido de chancho— había prevalecido por sobre el murmullo atronador del tren, de la misma manera que su olor penetrante había conquistado el ambiente, de por sí denso. Alicia, por su parte, se aguantó las ganas de llorar, de ceder a esa tentación, pero las habladurías en el vagón se hacían insoportables.

—Cambiale el pañal —recomendó una voz salida de entre el pasaje—, se le va a paspar el culo.

Había algo en esa voz —y sobre todo en la manera de decir «culo»—, algo más burlón que fraternal, que acabó de vulnerar su resistencia. Su llanto, el de la pobre Alicia, fue más quedo, pero, quizás por eso mismo, más profundo que el de Dylan. El espíritu solidario del vagón se levantó con virulencia. El viejo que compartía el asiento con ella alzó la voz:

—Alguien que esté con esta nena —dijo, un reclamo que podía pasar como interrogante o como mera acusación.

Alicia temió que, de anunciarse su tío, el resto de los pasajeros lo maltratara, con insultos o ya físicamente. El tío Dave, tan torpe, tan desamparado, no podría hacer frente a una situación semejante.

Pero el ajetreo del vagón tampoco se aquietaba. De pronto le llegaron, como un aluvión, cantidad de preguntas y ofrecimientos difusos: «¿Estás sola?», «Contestale a la chica», «¿Querés que te ayude?», «¿Dónde están tus papis?».

Frustrada por el chillido de Dylan y por el parloteo, Alicia hizo un intento por decir algo. Respiró hondo, sintió el ardor de la angustia bajándole por la panza y al final apenas si consiguió soltar un hipido.

—Son mis sobrinos. —Aunque reconoció la voz del tío Dave abriéndose paso entre la maraña de voces, no le bastó para sentir alivio. Menos aún el hecho de que, en cierto modo, Dave disminuyera su responsabilidad sobre Dylan: Dylan no era su sobrino, ¡era su hijo!

Alicia agradeció que el tren se detuviera. Habían llegado a una estación de tránsito considerable y el flujo de pasajeros había liberado espacio alrededor, lo cual los liberó también de las

intromisiones. Pero el viejo seguía sentado junto a ella. Esta vez se dirigió a Dave:

—Gauchita salió la nena.

Dave no se tomó la molestia de contestar. Alicia miró, casi con descaro, al viejo: por su ropa, puros harapos, supuso que no era más que un pordiosero. Cómo podía un personaje como ese quejarse del olor de un bebé. Cómo podía ella angustiarse por los comentarios de un hombre como aquel.

Le pareció un hecho grandioso que su tío se hiciera lugar entre el viejo y ella, que abriera la mochila y sacara un pañal nuevo y paños húmedos, y que al fin tomara a Dylan entre sus brazos y —con una destreza que ella no hubiese imaginado en su tío— le limpiara el culo ahí mismo, sobre el asiento del subte, rodeado de desconocidos que minutos antes eran una amenaza y que ahora, gracias al atropello de Dave, acabarían víctimas del olor a mierda de su primo.

Hablar con su hermana era, casi siempre, un sosiego. Para los dos, para Amado y para Dave. Florencia, que no era mucho mayor pero que sí tenía una trayectoria vital de apariencia más intensa, sabía orientarlos, o al menos ofrecerles alternativas cuando, por h o por b, se sentían perdidos.

Tenían un grupo de WhatsApp —«Nenxs»— que mantenían vigoroso, con intercambio de fotos, videos, memes, cualquier cosa que sirviera para sentirse un poco más unidos. Florencia solía compartir fotos de su madre, de Clara, junto con comentarios socarrones que dejaban traslucir el cariño, el lazo férreo que unía a madre e hija: «Con la viejita», «Mamucha loca», «Envidien» eran el tipo de pie de foto que les enviaba. Por lo general, Florencia aparecía en las fotos abrazando a Clara, o de pronto era Clara en la cocina —trabajando evidentemente en un plato para ella, para Florencia—, o solo Clara en un primer plano que rara vez la favorecía. Las respuestas de Amado eran, casi siempre, corazones o caritas enamoradas; pero lo cierto es que un poco envidiaba la relación que mantenían su hermana y su madre. Por nada del mundo dejaría Buenos Aires para irse al interior del país —imaginaba pueblos precarios, gente tosca y siestas largas—, pero que su madre se hubiera ido así, llevándose solo a su hija y dejando a sus dos hijos menores, no librados a su suerte pero sí contenidos por un afecto endeble, le revolvía el estómago. Lo normal, se decía, era que los hijos se quedaran o se fueran con la madre.

También envidiaba la, por decirlo así, vida política de su hermana, su condición de hija de desaparecido. Algo que sin dudas pesaba en su madre y que, a su manera, afianzaba el vínculo entre las dos.

Dave sentía distinto. Le gustaba el humor de Florencia, lo chabacana que podía llegar a ser. Después de hablar con ella o de cruzar un par de mensajes, sentía que su vida —la de él— no era todo lo desordenada que él mismo presentía. Amén de que nunca le había interesado mucho el tema, Dave no terminaba de entender qué era un desaparecido. Tampoco se atrevía a manifestar su

ignorancia sobre una cuestión tan determinante para su hermana y para su madre. Sobre todo para su hermana, que parecía haber entablado con aquel desaparecido un vínculo más profundo del que él jamás podría, ni querría, forjar con Danilo. Creyó que con el paso del tiempo, con el correr de los años, acabaría por entenderlo; pero los años pasaron y Dave se dejó arrastrar por demandas más urgentes.

Después, las veces que su hermana sacaba el tema —es decir, siempre, aquel tema era parte de su hermana—, él se limitaba a acompañarla con circunspección o —si el intercambio venía desde las redes sociales— con palabras de aliento, frases sueltas como muletillas: «Fuerza hermanita», «A no bajar los brazos».

Una vez arriesgó y, por debajo de una publicación de Florencia en Facebook, escribió en un comentario «Hasta la victoria siempre». Florencia respondió con un corazón y su comentario alcanzó una cifra de *likes* inédita en su vida virtual. Se sintió, al menos por ese momento, involucrado; creyó entender por dónde pasaba el tema de los desaparecidos y hasta se atrevió a formular una teoría que después, cuando aplacó la euforia, agradeció haberse guardado.

Florencia era, más allá de la lejanía y más allá de que no compartieran el mismo padre, una buena hermana. Lo saludó conmovida cuando él anunció que se casaría con Marita. Y también fue muy precisa cuando le dijo qué hacer con Dylan, esa pobre criaturita.

Como no corrió —no siguió finalmente el consejo de Jimmy Hoffa— cuando vio el cuchillo en manos del Nene —en principio porque el reducto que había hecho de su auto no le permitía margen de maniobra, pero también por la sorpresa y el miedo que lo paralizaron—, Amado recibió un puntazo grosero a la altura del bíceps derecho. No fue tan doloroso como lo imaginaba, como alguna vez lo había descripto en un guion, en una historia plagada de hombres duros del conurbano bonaerense. O de lo que él suponía que eran hombres así. Los duelos a cuchillo o a faca eran habituales en sus historias, fértiles en ambientes y paisajes marginales. «Lo bueno, lo que hace atractivas tus series —le había dicho un productor— es que le aportan al público un mundo que desconoce».

Amado entendía, por supuesto, que tal cosa era improbable. Como mucho se armaba un trabajo de documentación liviano y después libraba a su imaginación el grueso de la historia. Cuando empezó a contar con presupuestos más dignos, tuvo a su alcance la opción de cotejar su inventiva con testimonios reales. Se cruzó así con cantidad de ladrones y ladronzuelos, punteros, tranceros, asesinos, femicidas, tumberos, narcos de temer y narcos de pacotilla, cachivaches y pesados… Un conjunto que lo condicionó mucho más de lo que pudo haberlo estimulado. Al menos en términos de producción, que era el modo en que él y sus compañeros hablaban de la escritura de guiones. Pero los productores se convencieron de que establecer contacto con aquella gente era el camino a seguir para llegar al «hecho real».

Ahora que tenía un buen tajo en el bíceps podría llevar a fondo aquella manera de escribir, podría lucirse en el taller de escritura.

La tallerista —una escritora con suerte y talentosa— propuso: «Primero la experiencia, después probamos la escritura». Se dejaba llevar, la tallerista, por el perfil de Amado, por sus antecedentes de guionista y por las series que ella había visto. Entonces le proponía ejercicios que llamaba «vivenciales»: presenciar un clásico del fútbol de segunda división desde la tribuna y narrar esa experiencia; visitar el mercado de Mataderos en momentos de remate; las fiestas

folclóricas de un pueblo del interior; la vorágine de un Black Friday… Pavadas, pensó Amado una vez que entendió que no era eso lo que le interesaba y que su profesora —no sabía, en realidad, cómo llamarla— se dejaba llevar por las series para televisión.

De momento, y con el brazo herido y un borbotón de sangre manchando el tapizado, estaba bien seguro de que podía pasar por alto esa experiencia para escribir.

Vio que el Nene —sucio el rostro con su propia sangre, con la sangre de su nariz— se bajaba del auto con lentitud pasmosa, sin dejar de mirarlo, como si pretendiera asegurarse de que había hecho un daño preciso y pertinente. En una mano sostenía el cuchillo y en la otra, mostrándola como un trofeo, la tarjeta de débito. Su aspecto era deplorable, pero a Amado le impresionó —aun en su consternación— que no hubiera pronunciado una sola palabra, que tan solo le aplicara el puntazo y se dispusiera para mandarse a mudar. Él lo hubiese escrito de otro modo.

Una vez que estuvo afuera del auto, el Nene cerró la puerta con cuidado, casi con elegancia, y, sosteniéndose la nariz, cruzó la calle en dirección al parque.

Amado estudió la sangre, la mugre alrededor, y cotejó sus alternativas: llamar a una ambulancia, pedir ayuda a un peatón, alguien que llamara a urgencias por él; manejar hasta un hospital, manejar hasta su casa en Parque Chas… Eran muchas opciones y, expuestas así, en conjunto, acabaron por abrumarlo. Supuso que lo mejor, al menos por un rato, era reclinar el asiento y descansar un poco.

Sobre el andén, una paloma picoteaba un charco de agua podrida. Era una paloma gris con el plumaje erizado, como si le hubieran aplicado una descarga. ¿Qué hacía una paloma bajo tierra? A Dave le dio asco, pero le sirvió para dispersarse y no pensar en el mensaje de su madre.

El mensaje lo agarró desprevenido. Histérica, su madre alternaba escritos y audios. «Se me perdió tu tía», decía uno. Después hablaba de una clínica y de un venezolano con el que su tía Nadia se había mandado a mudar.

La tía Nadia… Él la había visto apenas un par de veces. La recordaba como una mujer amarga, también un poco charlatana. Una vez había sido en un bar del microcentro. Su madre y su tía pelearon con un mozo que no les permitía fumar en el interior del bar. Terminaron en la vereda de otro bar, las dos mujeres hablando a los gritos de lo maricones que habían resultado los porteños. Amado y Danilo tardaron en llegar y él tuvo que afrontar solo aquel bochorno.

Cómo no me avisan, dijo Danilo cuando al fin apareció, que cambiaron el punto de encuentro. Hizo un par de chistes y su madre y su tía parecieron olvidar el alboroto que habían armado. Dave prestó atención a los modales de su padre, a sus movimientos armónicos y a un tic en particular: la manera que tenía de acariciarse un bigote inexistente. En un momento, su madre se arrimó a Danilo para acomodarle el peinado y Dave resolvió que no tenía mucho que hacer en esa reunión. Se levantó para ir al baño y, ya en plan de retirada, vio que llegaba su hermano, el abrazo largo que se daba con su madre.

¿Cuánto tiempo había pasado? ¿Diez años? No había vuelto a saber de aquella tía, cómo era posible que ahora estuviese perdida en Buenos Aires.

Se preparó para bajar en la siguiente estación, abriéndose paso entre el pasaje sin levantar la vista del teléfono y de los mensajes de su madre, que seguían entrando en catarata. En el andén de la estación Malabia las palomas eran tres, pero no había charcos que

pudieran picotear. Cuando el tren se puso de nuevo en movimiento, él alzó la vista y se topó con los ojos de Alicia. Su sobrina seguía con Dylan en brazos, sentada en su lugar, adentro del vagón, pero ahora con cara de asombro.

Con esa cara parece una nena más fea, pensó Dave, y se quedó tieso en el andén abarrotado.

Amado, en cambio, recibió los mensajes de su madre casi con beneplácito. Aturdido como estaba, echado en el asiento del auto, el tono de voz con que Clara le anunciaba los enredos de su tía le provocaron un acceso de risa. Sintió ganas de ver a su madre, de darle un abrazo y decirle que no hiciera tanto drama. La tía Nadia era una desquiciada, una mujer alegre y todo terreno. A él le hubiesen venido bien un poco de esa inconsciencia, un ánimo más laxo, la sabiduría de dejarse llevar.

En otro audio, su madre hacía mención a la cantidad de venezolanos que había en Buenos Aires, y él pasó un buen rato definiendo si el tono en que lo decía era irónico o más bien angustiante. Había muchos venezolanos, eso era cierto, pero también había paraguayos, bolivianos, peruanos, haitianos, uruguayos, chinos —muchos chinos—, senegaleses, cubanos, brasileros… Él no tenía problemas con ninguno, pero a veces los chinos le provocaban inquietud. No podía quitarse de encima la idea de que eran sucios, estafadores y un tanto mafiosos.

En vez de escandalizarse, su madre debería agradecer que la tía Nadia se perdiera con un venezolano, y no con un chino.

Marita era una presencia habitual en las fiestas de la productora. Alguien la llevó una vez y a la siguiente fiesta ya fue por su cuenta. Escandalosa, no permitía que nadie se quedara quieto en su silla, que nadie se enfrascara en conversaciones improcedentes. «Es una fiesta —gritaba—: ¡todos a bailar!». Daba igual que sonara música ambiente, ritmos centroamericanos, música electrónica, tango… Ella no se movía de la pista y a cada ritmo le adjudicaba el mismo paso y la misma intensidad. No era difícil inferir su desesperación, la turbidez mal camuflada en esa algarabía tonta.

Amado la veía circular de brazo en brazo, la veía tolerar la grosería de sus compañeros más estúpidos, que no tenían prurito en llevar las cosas, la euforia de la fiesta, al mero manoseo.

Tampoco le caían en gracia las habladurías posteriores: de dónde salió, quién la trajo, muy gorda para ese vestido…

La primera vez que se acostaron fue en un motel de Congreso. Borracho baboso, Amado dejó el volante en manos de Marita. Tuvo tiempo de preguntarse por qué se enredaba siempre con mujeres más bien ordinarias, mujeres problemáticas. Era cuestión de verla manejar, una imprudencia al volante que trascendía los excesos de alcohol; su risa torpe y alborotada y, después en la cama, el desfile de vulgaridad.

Pero a la vez siguiente él ya no estaba tan borracho. Algún compañero de trabajo que también se había enredado con ella dijo que Marita era una «auténtica putita golosa». La expresión soez, sumada al sobrepeso de Marita, provocó en Amado un entusiasmo que él mismo juzgó retorcido. Se las arregló para verla al menos dos veces por semana. Era amoroso con frases brutales: «Quiero acabarte hasta el cuello». Ella se reía.

Pasaron al menos un año de buenos encuentros. Cuando se la presentó a su hermano en la fiesta de fin de año de la productora, Amado pretendía que él pasara nada más que un buen rato, tan entristecido que lo veía. Nunca llegó a mensurar, Amado, que Dave y Marita llevarían el escarceo al extremo de un casamiento. Su hermano y Marita, qué personajes.

Llegado el momento, Amado se asustó, más que nada por lo difícil que se le haría prescindir de su putita golosa. Pero a los pocos meses —una vez que se aplacó la novedad del matrimonio— ya estaban él y Marita entrampados como siempre.

¿Tanto había refrescado? Un golpe de aire frío le embotó la nariz y le provocó un estornudo. Le ardían los lagrimales y la vista nubosa no le permitía leer los mensajes que su madre seguía enviando. Pensó en aprovechar la irrupción de su madre en el teléfono para plantear su propia urgencia —las criaturas solas en el tren—, pero temió quedar como un zopenco.

Él tenía un plan. Vio una hilera de palomas fijas sobre un cable como gárgolas flacas. Las palomas eran como ratas, y que volaran las hacía incluso más repulsivas que las ratas.

En la esquina había un patrullero y Dave cotejó la opción de hablar con los policías que, mezclados en el ida y vuelta de la gente en la calle, fumaban apoyados sobre el capó. Pero qué diría. Se cansaba de solo pensarlo.

Una mujer gorda, enfurruñada, le pasó por al lado y lo golpeó en un brazo con uno de sus hombros. De puro reflejo, Dave pidió disculpas —«Uy, perdón», dijo—, pero al instante se le ocurrió que el topetazo había sido adrede, que la mujer lo había golpeado con intención. La miró alejarse, las caderas oscilantes, los pasos duros contra la vereda. Pensó de nuevo en su madre, ahora con un dejo de lástima. Su madre sola, sin su tía, y sin saber comportarse en una ciudad tan hostil.

Él tenía un plan, tan solo había que acomodarlo a su nueva situación. De momento, siguió caminando, la nariz hinchada a punto de un nuevo estornudo.

En el auto se había hecho un gran charco de sangre y Amado pensó en las películas de gánsteres, en el trabajo penoso de la limpieza posterior a un asesinato. Buscó el teléfono y encontró mensajes y llamadas perdidas. Dave había subido una foto a Instagram, una selfie: «Con mi sobrina en la línea B», había escrito. La foto era espantosa: Dave parecía un linyera y la pobre Alicia parecía un duende, con las orejas puntiagudas que le asomaban por entre el manojo de pelos.

Qué hacía, se preguntó Amado, qué hacía su hermano con una cuenta de Instagram. Hizo un recorrido por sus publicaciones: un rejunte de mal gusto y sordidez.

Lo bueno de la selfie era que, si estaban en la línea B, era probable que estuviesen de camino a su casa, a Parque Chas.

Amado pensó ahora en el Nene: ¿usaría, sabría usar, su tarjeta de débito? ¿Había llegado él a darle un beso?

En un mensaje, Danilo preguntaba a qué hora debía estar en su casa. Había, desde luego, más mensajes de su madre. Pobre Clara, qué necesidad de venir a Buenos Aires.

En medio de un mareo, consideró la opción de llamar a su hermana, que Florencia manejara la situación desde lejos, con su mirada criteriosa y serena.

Le molestó el tránsito, de pronto agitado, la maraña de ruidos que invadió el interior del auto y que no le permitía despejar la mente. Tardó en darse cuenta de que también seguía, en volumen alto y claro, la música que había elegido el Nene. Era un entramado de insultos, como todo lo que había escuchado esa tarde en la pérgola del Parque Lezama.

Apoyó la cabeza con suavidad sobre el volante. No quería mirarse el brazo, mucho menos el enchastre de sangre. Si no hubiera sido por el escalofrío y por el cansancio, concluyó, se habría sentido incluso un poquito alegre.

De chicos, acompañaban a Danilo a comprarse ropa. A Danilo le gustaba vestirse bien, con ropa cara, y les pedía que se cuidaran de adquirir aquel vicio. Lo decía con tal seriedad y convicción que ellos no sabían si lo decía de verdad o si nada más les hacía una broma. Ellos usaban ropa que compraban en supermercados, ropa dura y funcional. No sentían, por entonces, la necesidad de otra cosa.

Recién cuando Amado entró en la adolescencia empezó a prestar atención a los detalles y concluyó que su papá no hablaba en serio, y que tampoco sabía hacer chistes. No era lo mismo, descubrió Amado, un pantalón de corte chupín que uno de corte regular; entendió que no era lo mismo holgado que entallado, que el algodón peruano también podía ofrecer algún placer, y otras cosas por el estilo.

Dave, en cambio, permaneció fiel al consejo de su padre. En principio, asumió que la ropa de supermercado —esa vestimenta sobria, sin vueltas ni discusiones— constituía su propio rasgo de distinción; pero después, con los años, simplemente olvidó la enseñanza de su padre, y su aspecto, más que un trabajo de la convicción, pasó a reflejar la imagen de un fantasma pobre.

Él tenía un plan, pero los mensajes de su madre hacían una soberana distracción. Su madre iba del miedo a la calma, de la resignación a la embriaguez. Se había sentado en un bar —al menos eso decía ella— y se había pedido una cerveza. Dave la imaginó, teléfono en mano, enviando mensajes en cadena, el barullo de su pensamiento mientras alrededor la ciudad alcanzaba su hora pico.

Que la tía Nadia estaba enferma y vulnerable, decía su madre, que no podía, en ese estado, quedar librada a su suerte. Dave sintió el aire sucio que otra vez le invadía la nariz, el traqueteo de los colectivos y autos sobre un adoquinado. Se detuvo para escuchar un último audio. «Por favor, contestame», pedía su madre.

Él tenía un plan, pero contestarle a su madre también era una tentación. Después de esa cerveza, ella pediría otra. Y, si conservaba el buen pulso de años anteriores, tal vez se animaría a una tercera. Él podía escribirle, devolverle el audio. Podrían, él y su madre, encontrar a su tía, buscar a su hermano. Había muchas opciones.

De pie junto al cordón y a la espera de que el semáforo le diera verde, se arrimó el teléfono a la boca y tomó aire. No le salió ni una palabra, no tuvo tiempo. Algo, como una brisa, le arrebató el teléfono y él se quedó un segundo, quizás menos, contemplando la palma vacía de su mano izquierda. Reaccionó muy tarde, apenas para distinguir que quien se llevaba su teléfono arriba de una moto era una mujer.

El semáforo dio luz verde y, cuando por fin asimiló el impacto, Dave cruzó la calle.

Amado sintió la vibración del teléfono en el bolsillo y se dispuso para el esfuerzo de revisar el mensaje. Seguía con la cabeza pegada al volante. ¿Cuánto tiempo llevaba así? ¿Había dormido o se había desmayado? Se dijo a sí mismo: cuento hasta tres y me levanto. Sin embargo, una vez que hizo el conteo, le llegó un tremendo cansancio que lo mantuvo duro contra el volante.

Abrió los ojos un rato después y esta vez tuvo que esforzarse por armarse un orden de lo que habían sido las últimas horas. Ya era de

noche y los ojos cansados le hicieron ver el paisaje alrededor —la avenida fría y las luces mugrientas— como una cortina colorinche.

Cuando lo intentó, no pudo mover el brazo derecho y entonces recordó el puntazo, el estropicio de sangre que se había hecho dentro del auto. Se apartó del volante con un esfuerzo descomunal.

Sostuvo el teléfono con la mano izquierda, luchando contra el temblequeo y el sudor que le humedecía la palma. Abrió a duras penas el nuevo mensaje de Dave. Una foto de Alicia y Dylan que lo desconcertó. ¿Qué hacía su hija alzando a un bebé? ¿Por qué Dave no era más cuidadoso con su sobrina?

Hizo a un lado ese mensaje, harto de su hermano, e intentó contestar otro. Un mensaje de su madre. Quiso escribir, decirle que no fuera para su casa, que los planes habían cambiado. Contarle de lo mal que iban las cosas con Zoe y de sus ganas de largar a la mierda la escritura de guiones. Pero el teléfono se le resbaló y cayó por un costado del asiento. Ya no se preocupó por buscarlo, usó la fuerza que le quedaba para aferrarse a la bocina. En algún momento alguien vendría a reclamar que la cortara con el escándalo.

Alguna vez se plantearon encarar un proyecto comercial. Amado había hecho un buen dinero extra que, para no gastar a la bartola, prefería invertir en algo redituable. Se juntaron a pensar opciones y armaron un listado:

- cerveza artesanal;
- red de barberías;
- tropilla de Uber;
- venta online de lo que sea;
- promoción de artistas;
- empréstitos varios;
- canchas de fútbol;
- alimentos saludables.

Establecieron las ventajas y desventajas de cada actividad y, antes de separarse —habían acordado profundizar en el rubro «alimentos saludables»—, Dave le pidió plata. Amado le pasó, sin ningún miramiento ni condición, los mil trescientos pesos y monedas que llevaba encima. Después cada uno se fue por su lado y ya nunca volvieron a hablar del proyecto en común.

Bajaron en la estación Echeverría. Se apretó al bebé contra el pecho y avanzó hacia la escalera mecánica. Mantuvo la vista al frente. No quería llamar la atención, que se acercara alguien a preguntarle si ella y el bebé estaban solos. Se frenó ante la escalera porque Dylan pegó un corcoveo y ella temió que se le resbalara.

Hizo un cálculo: tres escaleras mecánicas y cuatro cuadras hasta la casa. Dylan gimió y ella tuvo el impulso de taparle la boca con una mano. Pero no había manera de liberar una mano y hacerla llegar hasta esa boquita. Probó con apretar a Dylan un poco más. Podía ser que tuviera hambre, que tuviera sueño, podía ser que fuera un malcriado. Ella no lo conocía, no estaba al tanto de su conducta habitual.

Tomó impulso y se atrevió a la primera escalera, junto al andén. El bamboleo no fue más que el previsible; llevó el cuerpo hacia adelante y dio medio paso hacia atrás, de manera de estabilizarse con ayuda del pie izquierdo. Hubiese querido apoyar una mano en la baranda, asegurar el ascenso. Era una escalera alta y lenta.

Una vez que llegaron al entrepiso, y antes de aventurarse a la segunda escalera, se arrimó a uno de los bancos de hierro empotrados a la pared para tomarse un respiro. Acostó al bebé panza arriba sobre el banco y se sentó a su lado.

La gente que subía y bajaba rumbo o hacia el andén los miraba de refilón. Ella sentía que cada vez con mayor curiosidad.

Dylan pegó un grito y ella se estremeció, pero la cara del bebé —con los ojos marrones bien abiertos, bailoteando alrededor de un punto medio perdido en lo alto— daba la idea de que estaba contento.

Alicia volvió a estudiar la escalera mecánica, el tiempo y el esfuerzo que le demandaría llegar hasta su casa. Se asustó cuando un hombre —un muchacho, en realidad— se quitó el par de auriculares y se acercó.

—¿Necesitás algo? ¿Estás bien?

Ella dijo que no con la cabeza, una respuesta que, en cierto modo, atravesaba las dos preguntas. El muchacho le sonrió, volvió a

colocarse los auriculares y apuntó hacia el andén.

Después Alicia hizo todo con rapidez: se aseguró de que no hubiera nadie cerca y envolvió a Dylan en su frazada; se fijó que la tela le cubriera la boca y le dejara libre la nariz; lo tomó en brazos y se agachó hasta el piso. Ubicó al bebé, con mucho cuidado, debajo del banco, pegadito a la pared. Dylan soltó un berrido que se ahogó por la llegada de un tren.

Alicia aprovechó para avanzar hacia la escalera. Se aguantaría. Recién pensaba correr una vez que estuviese en la vereda.

III.

Vine a Buenos Aires porque mi madre y mi tía son unas inútiles.

Odio Buenos Aires, su olor a podrido, su falsa urgencia, su enormidad. Odio la tonada de los porteños, odio que pretendan explicarme el origen de esa tonada, el porqué de su gesticulación excesiva, de su actitud prepotente, el porqué de su ignorancia. Odio que lo sepan todo.

Vine porque mi madre y mi tía viven en un limbo. Porque se manejan mal. Porque malinterpretan el mundo que pisan, porque no saben leerlo. Son analfabetas y no lo admiten. No les importa.

Vine para subir a un avión, por la hora y media que disfruto en vuelo, a medias descompuesta por gracia de la despresurización; por el café hervido que saboreo como una libidinosa, por los veinte minutos de sueño que me permito, cubierta por el peso del libro que no puedo leer. Vine para desairar al compañero de asiento, que sonríe, amable y gentil, como un viejo verde, millonario de provincia, ejecutivo de ciudad, pendejo del mundo.

Vine para que la azafata me pida que enderece el asiento, que aparte las piernas del pasillo, que suba las ventanillas, que me mantenga en modo avión.

Vine para ver la ciudad desde arriba. Para ver el río espantoso que la rodea, el agua barrosa y monótona de ese río, que, de tanto mirarlo, vuelve a descomponerme, la boca llena de jugo gástrico, y, por fin, la ansiedad del aterrizaje, que hasta ese momento nomás quería que se demorara, tan bien que estaba en ese asiento, tan mal que voy a estar en la ciudad.

Vine a ver a mis hermanos, descerebrados y conmovedores.

Vine a comprar libros.

Vine porque mi tía está enferma. Vine por mi madre querida, que sufre como una pobre diabla y no se entera.

Vine para descansar de Franca, hijita mía, tan dulce, tan abrumadora.

Me gusta Buenos Aires por su tránsito ordenado y porque hay grandes alternativas para llevar una buena alimentación. Me gusta que los porteños usen la palabra «tienda». Tienda de ropa, tienda de verduras, tienda de sándwiches y tienda de tornillos. Cómo recuperan palabras que, en el resto del país, sonarían ridículas.

Me gusta saber que eso mismo ocurre en el mundo entero, que en algún lugar sirve hablar así, asá y tal, como dicen los españoles, y como dicen mis amigas que pasan quince días en Madrid, toman un par de cañas, prueban su primera dosis de éxtasis, se acuestan con un yonqui que tampoco lo es tanto y después dicen y tal y tal y tal…

Me gusta la ye de los porteños, el empeño que ponen en hacerla sonar. Como si buscaran la conjunción de palabras que haga tronar el escarmiento: *yueve y la yuvia yora su yanto*. Franca, mi amor, mi hijita, tiene un llanto con ye, *yora* en porteño.

Odio la manera que tienen los porteños de hacer drama por todo. Si cruzo la calle sin atender al semáforo, merezco un castigo que no prodigarían siquiera a un pederasta. Odio que tengan las prioridades alteradas. Por adelantarme en la cola de un Farmacity, una mujer me acusó de corrupta. Dijo que doy pena. En vez de contestarle, en vez de irme, dejé que pasaran unas cuantas personas antes que yo, que hicieran sus consultas, dejé que las muchachas de atención se tomaran su tiempo, que mostraran deferencia por esa gente que sabía respetar a los demás.

Aunque Franca está por cumplir cinco años y hace ya tres que no usa pañales, me sigo interesando por los precios y por los avances en materia de comodidad para la primera infancia. Me canso de decirles a mis amigas, algunas madres primerizas, que no pierdan el tiempo con las primeras marcas, que la diferencia de precio no va acorde con la calidad del producto que ofrecen. Compren en cantidad. Compren, en lo posible, sin motivos, sin

adornos, el pañal que sea blanco, que el único manchón lo provoque la meada de tu hijo, la mierda de tu hija.

El padre de Franca me obliga a comprar los pañales más caros.

Amo al padre de Franca. Amo su voz de enano, su espalda y sus dedos peludos, sus nudillos, que él esconde, como si eso fuera posible. Amo su ceño fruncido cuando digo algo que lo desborda, algo que lo acorrala, que lo asusta. También amo que me asuste, como las veces que amenaza con hablarle a mamá, con decirle que soy manipuladora, cruel, histérica, enfermiza, loca. Amo que me diga loca. Que me diga sucia, que me diga bruta —sabe lo mucho que me duele—, amo que no sienta celos cuando le cuento de algún chico, lo mucho que se excita cuando le voy con detalles. Amo los dedos que me mete en la boca para que deje de hablar y me concentre solo en él, en su cara de psicópata cuando coge. Amo que me pida ayuda, que lo estimule, que el cansancio, que los años, que mi entusiasmo… Amo tenerlo arriba y amo tenerlo abajo. Amo su vergüenza una vez que acaba, con ese grito de gnomo, de animalito. Amo que sea tan buen padre y tan buen marido. Amo saludar a sus hijas porque las quiero mucho más que a unas meras amigas, las quiero como a hermanas. Y amo también a su esposa, ella, tan afortunada y tan feliz. Tan atenta a las cosas del mundo. Amo todo de él. Amo que se preocupe por Franca y me obligue a comprarle los pañales más caros. Amo. Soy básicamente una mujer que ama.

Lo que odio de Buenos Aires no es que sus habitantes den por sentado que las cosas del país suceden solo ahí, en Buenos Aires. Lo que odio es que crean que las cosas del país suceden afuera, en el extranjero, por llamar de algún modo a ese aglomerado que es el resto del planeta.

En un recorrido ligero, superficial por la ciudad, un recorrido de cuarenta minutos por el microcentro y un viaje de otros quince minutos en la línea D del subterráneo, escuché quince veces la palabra Miami, doce veces Barcelona, nueve veces Nueva York. Miento, fueron menos, pero la cantidad me sirve para establecer una idea.

Amo hacer listas. Dicen mis amigas que es un mal de época, un afán estúpido por mantener un orden, que a su vez supone una manera de ser productivos. Las listas sirven para ahorrar tiempo. Tiempo que destinaremos al trabajo.

También, dicen, la confección de listas es una manera de mantenernos con la mente ocupada en fruslerías. Lista de series favoritas. Lista de libros. Lista de comidas exóticas. Lista de bebidas. Lista de indumentaria deportiva. Lista de accesorios. Lista de artistas plásticos. Lista de músicos regionales, de músicos internacionales. Lista de músicos horribles. Lista de novios. Lista de médicos. Lista de poetas…

También dicen que la poesía es subversiva porque su realización se concreta contra el tiempo; más precisamente, contra el tiempo productivo. Como la confección de una lista.

La mujer de mi hermano del medio se llama Zoe y tiene una boca como un caramelo. No puedo hablar con esa chica, ni siquiera por teléfono. Quiero morderle esa boca. Me pregunto cómo hace mi hermano para no pasarse el día mordisqueando esos labios. Me pregunto, también, cómo es posible que la genética sea tan cruel y haya depositado en la hija que tuvieron, en la pobre Alicia, lo menos apreciable de cada uno de ellos. Una nena tan fea que no está permitido decirlo, ni siquiera insinuarlo.

Franca, hijita mía, tampoco es una belleza. Tiene cejas amplias y tupidas, como las cejas de su padre. Tiene la nariz chata de un boxeador, tiene las paletas salidas como si tuviera solo dos dientes. Tiene un lunar en el pómulo izquierdo.

Un lunar no es problema, dijo un médico, cuando sea grande puede operarse.

Grande, cuán grande, pregunté, y el médico dijo que lo mejor era a partir de los quince años, dato que me dejó alelada.

Alelada.

O sea, le dije al médico, que la pobrecita Franca deberá atravesar su infancia, la crueldad de la infancia, con ese lunar enorme pegado como un moco a su pómulo izquierdo.

Así es, dijo el médico, y como vio que su respuesta no me

conformaba ni mucho menos, propuso una consulta en Buenos Aires, en la clínica *tanto tanto*, donde, tal vez, nos ofrecieran otras opciones.

Odio también eso, que Buenos Aires tenga tantas opciones. Pero me mastiqué el odio y traje a mi Franca a esta ciudad mugrienta, para que la viera un médico prepotente y canchero, alto y de buen talante, que trató a mi hija con dulzura y aseguró que ese lunar se limpiaba en cuestión de horitas. Lo dijo así, con un diminutivo que me alarmó. ¿Dónde está la seriedad de un médico que se vanagloria de su rapidez y de su contundencia?

Pagué la consulta y me llevé a mi Franca lejos de ahí, la llevé a la casa de mi hermano del medio, para que mi hermano conociera a mi hija y para conocer yo a la suya, que ya tenía dos, tres años, y parecía una mujer golpeada de tan fea.

Y fui, sobre todo y más que nada, para ver la boca de Zoe, la boca que mi hermano mordisquea cada día como un bárbaro.

Amo que en Buenos Aires nadie me conozca y amo poder moverme así, libre y soberana, sin temor al ridículo.

Mentira, odio sentirme sola en Buenos Aires. No sé viajar si no es con alguien que me haga compañía.

Amo viajar con el padre de Franca, amo que nos insinúen la diferencia de edad, que impacte entender que mi compañero es un hombre casado y que yo soy su disipación, su tiro al aire, el amor de su vida.

Amo Buenos Aires cuando es con el padre de Franca. Reírnos juntos de la afectación porteña, amo pelear en el hotel que nos aloja. Amo la llamada desde la administración con las cuidadosas advertencias, que por favor, que hay otras personas en el hotel, que no quieren verse en la obligación de bla, bla, bla; amo las excusas que el padre de Franca inventa, la manera en que aprieta los párpados para reprimir una puteada, amo el velador que hago volar por el aire, el arco que dibuja antes de estrellarse en la pared, la manera en que él se cubre, como si algo pudiera lastimarlo. Amo cuando es sábado a la tarde y tenemos la noche por delante, igual que amo la tarde del domingo, cuando el viaje compartido agoniza,

cuando empezamos a despedirnos de la ciudad y él pierde la mirada más allá de la ventanilla del taxi que nos devuelve al Aeroparque y yo dejo, permito, que unas cuantas lágrimas me ensucien la cara.

Vine a Buenos Aires porque mi tía Nadia, borracha, vio a Franca, mi hermosa Franca, y fue la única que se atrevió a decir: «Fea como ella sola, que no herede tu cara de culo». También vine porque las hijas de mi tía, mis primas, son brutas como un arado. Ya no puedo reírme con mis primas como nos reíamos antes, cuando éramos adolescentes todo terreno, borrachas y atorrantas. Mis primas son ahora mujeres con problemas, que la hija de una, que la depresión de la otra. Cata y Lucy. Madre la primera, depresiva la segunda. Las quiero. Quiero que cuiden a mi hija como yo pienso cuidar a su madre y a la mía.

La tía Nadia supone que el problema de su hija menor es la represión sexual. Yo me río y mantengo mi opinión bien guardada. Porque tengo una opinión, pero también soy una mujer discreta.

Vine a Buenos Aires a enfrentar a los zombis del paco. A enfrentar su manera de andar, desmembrada y sucia. Los labios quemados, inflados como chorizos. Porque ya no tengo miedo de que se acerquen a pedir una moneda, de que me exijan un billete más grande (un *biyete*), con la baba espesa, las cejas borradas como una depilación definitiva hecha por un diablo. No tengo miedo porque estoy más grande, mucho más grande, y les hago frente, no como antes, cuando me asustaban con su ánimo ciego y con su avance al tuntún. No tengo miedo porque tampoco siento culpa. Que vengan, entonces, los zombis del paco, tengo mucho para dar.

Vine a Buenos Aires a escribir un poema de horror, un poema amoroso que hable de vos y de mí, de las cosas que nos decimos en secreto. Vine a escribir los poemas que escribo y nadie lee.

A mamá le leí una vez un poema que hablaba de una madre. No era un poema mío, no lo había escrito yo, y mamá se emocionó pensando que el poema era mío y que yo lo había escrito para ella. Pobre mi madre querida. Me pregunto a veces si es boluda o se hace

la boluda.

Vine a escribir un poema para ella. Madre mía, vine a pedirte que nunca me faltes.

Lista de librerías, debería armarme una.

Vine a Buenos Aires a ver a mi primer amor.

Mi primer amor es un hombre grande, enigmático, turbio en la medida de lo tolerable. Vine a verlo porque con él me divierto. No es como el padre de Franca, que se esfuerza por mantener un orden, y lo mantiene. Aunque con el padre de Franca también me divierto.

Mi primer amor fluye como un río estrecho y limpio. No es agobiante ni brutal como el Río de la Plata. Tampoco inestable y traicionero como el Paraná. Mi primer amor me arrastra a conciencia.

Como me arrastra la multitud en el subte. Mi primer amor no me enseñó a dejarme llevar por esta correntada, a no hacerle resistencia. Tranquila, tranquila, me digo, que esta gente va a empujarte en la dirección correcta. Esta gente es buena aun en su estupidez, en su grosería y en su amargura. Tranquila, tranquila, me repito cuando sube al vagón un artista callejero y canta, baila, hace magia, cuenta un chiste, hace el ridículo a cambio de un billete (*biyete*).

Quieta en tu lugar, me digo y me repito a medida que el vagón se llena; respirá hondo, contá hasta diez, contá hasta cien, no llores en público, aguantá hasta la próxima estación. Que no te quiten el lugar, apretá la cartera contra el pecho, el viaje dura poco, no vomites.

No aprendo a evitar las horas pico. Miro el vagón vacío del tren que va en la dirección opuesta, como hacia otra dimensión. Quisiera estar ahí, ser ese chico de auriculares que lee un libro cuyo título no alcanzo a distinguir. ¿Cómo hace para leer? ¿Qué puede quedar de una lectura tan intervenida? ¿Cómo hace para escuchar lo que sea que sale de sus auriculares? ¿Y si no escucha nada? ¿Y si los auriculares no son más que una pose? Una manera de crear silencio y distancia. Quiero armar una distancia con el cuerpo que ahora

mismo me aprieta contra otro cuerpo que a su vez me disputa, con sus manos aceitosas, la agarradera que me mantiene en equilibrio. Otra mano me toca una nalga, con descaro y sin remedio.

El subte es un comportamiento que se adquiere con el uso. Una disposición del cuerpo, una entrega, una claudicación.

Bajo del vagón atestado. Siempre el mismo susto, la misma ansiedad, la vacilación ante la salida, el alivio cuando consigo bajar. Camino por el andén con la mirada alerta, tan alerta que, de pronto, no sé leer los carteles y sus indicaciones. Que el cuerpo no me traicione, que no me lleve por el mal camino. Respiro hondo. Que me empujen. La escalera mecánica me hamaca, me eleva, me escupe.

En la calle alguien no sabe darme la indicación precisa, pero se preocupa por hacer que algún otro me la ofrezca, y de paso pregunta por mi tonada, de dónde soy, qué lindo que hablo. Amo que la gente en Buenos Aires sea tan amable.

Grabo dos mensajes de audio para mi primer amor, el segundo para corregir el tono de voz aflautado que salió con el primero. Le aviso que ya estoy y que puede venir por mí.

A Danilo le sienta bien el paso de los años. Habla más pausado, es menos aparatoso. Se parece a mi hermano del medio. Dicho con propiedad, mi hermano del medio se parece a él. Aprovecho que pienso en eso y le pregunto a Danilo por mis hermanos. No presto atención a su respuesta porque abunda en cosas de las que ya estoy enterada. Él tampoco me atiende después de preguntarme por Franca, por mamá y por la tía Nadia. Está triste. ¿Cuántos años tiene? ¿Ya cumplió sesenta?

Dice que estoy linda, pero muy cansada. También dice que quiere jubilarse. Qué horror que Danilo diga una cosa así, que hable de jubilación.

Estás todo canoso, Danilo.

Me pregunta por el padre de Franca, cómo anda. Cuando le cuento, dice que se alegra y me pregunta si dejé el cigarrillo. Nunca fumé tanto como para que me pregunte pavada semejante.

Caminamos por Palermo y me compra un pañuelo. Caro, sin

necesidad. Dice lo que dicen siempre los hombres que me conocen desde niña: qué retobada, mal arriada, insoportable, llorona, nerviosa… Insiste con la anécdota de la vez que fuimos a comer no se acuerda dónde, con mamá y con los chicos, y que me dio un ataque. Rompí un vaso de vidrio contra la mesa, como un forajido. Danilo usa la palabra «forajido», la usa bien, como si él fuera un forajido. Tantos eran mis nervios, tan mal y tan incómodos estábamos, que él me tomó de una mano y me llevó, adónde, dónde era, a una plaza, un parque, un lugar donde pudimos sentarnos al aire libre para que él me preguntara qué pasa, qué te tiene tan enojada.

Danilo cuenta la historia hasta ahí, no avanza. Pero estábamos aquí cerca, en Palermo, y yo tenía once años. Capaz que doce. Él me preguntó dos veces qué te pasa. Le di un beso en la boca. Como no dijo nada, le di otro. Y después nos dimos un beso más largo. No quiso besarme de nuevo porque una mujer vino a increparlo. Es mi hija, decía Danilo. Estaba tan tranquilo. La mujer, en cambio, le dijo dos veces hijo de puta. Miraba para un lado y después para el otro, como buscando un cómplice, alguien que se le uniera. Llevaba mucho abrigo, a la manera de los locos o de los vagabundos que se ponen toda la ropa encima. La recuerdo gorda, pero no era gorda, si me esmero en recuperar los detalles.

Danilo está más flaco. ¿Estará enfermo?

No sé para qué vine a Buenos Aires. Llamo a mamá, le mando audios, le escribo, y mamá no me contesta. No es raro, siempre pasa igual. Después dice que dejó el teléfono lejos, que dormía, que leía… pero yo sé que leer, lee poco. A lo sumo mira series. Las series que escribe mi hermano del medio. Series violentas, nerviosas, inverosímiles.

Cada tanto mi hermano del medio me pide recomendaciones de lectura. Le recomendé Alice Munro y una semana después Alice Munro ganó el premio Nobel. «Vos sabías —dijo—, no puede ser la coincidencia». Pero a mí no me gusta Alice Munro, cómo me va a gustar alguien que escribe desde Canadá, una persona mayor que vive en otro mundo y en otro tiempo, distintos a los míos. Pero ¿no

es por eso que leemos?

¿Por qué le dije a mi hermano del medio que leyera a Alice Munro? Ni siquiera me tomé el trabajo de leer a Alice Munro, pero bien puedo recomendársela a otro, puedo recomendarla con buenos argumentos y, al mismo tiempo, usar esos mismos argumentos para no leerla. Amo que de esa confusión surgiera el nombre de mi sobrina. Por eso ha de ser que salió tan fea, la pobre.

Llamo a mamá, le escribo, le mando audios. Qué tengo que hacer para que contestes, madre mía.

Mi tía Nadia diría que vine a Buenos Aires a perder el tiempo, que ella y mi madre se las arreglan muy bien solas. Creo en todo lo que dice mi tía Nadia. Dice que mamá se reprime. Dice que sus hijas se reprimen. Dice que también ella, pero que su represión es voluntaria. Que si no se reprimiera, dice, ya estaría muerta.

Por supuesto que la tía Nadia no me responde cuando la llamo. Tampoco responde mis audios ni mis mensajes.

Una vez salimos a tomar un café. Era de tarde y corría una brisa, o algo como una brisa, que hacía más amable el sopor habitual de una ciudad de provincias, y la tía Nadia dijo que tomar café era de viejos maricones y de viejas de mierda. Lo dijo con un cigarrillo que apenas le colgaba de la boca, más un hilo de baba que un cigarrillo, y después pidió una cerveza. Tomamos cuatro litros, dos y dos.

Borracha, la tía Nadia es más dulce. Puede que más cruel, pero seguro más dulce. De a ratos se pierde en la conversación, mezcla un tema con otro, bebe un trago, pareciera que va a llorar y, como si encontrara una salida, vuelve sobre alguna historia que ya me contó en otra ocasión.

Que tuvo en su casa a un linyera, la que más disfruta contar. Un muchachito con algún drama mental, que le dio pena, tan inteligente y a la vez tan solo. Que el chico hacía guardia en la puerta de una farmacia y, a medida que las personas entraban o salían, les pedía unos pesos, algo de ropa, un poco de comida, el medicamento que tuvieran a mano… Para seguir el hilo de la tía, para que ella sienta que sigo su historia, siempre hago la misma pregunta: ¿Cómo que pide medicamentos? Ella no hace caso, la

pregunta siempre pasa de largo. Llevó al linyera a su casa, a la de ella, y le preparó un plato de salchichas con puré que el chico dejó por la mitad. No por malagradecido, aclaró la tía, sino porque el chico venía comiendo poco y no se puede, de un día para el otro, después de una gran hambruna, dar lugar a una panzada.

El chico tenía mal olor y la tía le ofreció el baño. También buscó en el placar algo de ropa que pudiera servirle, algo que no fuera muy de mujer, dijo la tía, que al final le dio una camisa con hombreras, muy de los ochenta —eso de los ochenta es cosa mía—, una camisa que el chico se puso sin chistar.

Vieras lo lindo que era una vez que se bañó, dijo la tía, y que se puso esa camisa violeta.

Lo que iba para un plato de comida, un gesto altruista, se estiró hacia el baño, pasó a una taza de té negro con cigarrillo y derivó en el sillón frente a la tele. La tía Nadia le preguntó si gustaba de algún programa en particular y el chico —que antes era linyera y ahora era chico— dijo que no miraba televisión, que eligiera ella. La tía Nadia pensó que un concurso de preguntas y respuestas era una buena opción y dejó en un programa español que iba de preguntas intrincadas, de saberes enciclopédicos, académicos más bien, a preguntas irrisorias, de cultura general, farándula; dos mundos opuestos que obligaban a los participantes a vivir escindidos —claro que todo esto es idea mía, que no puedo asimilar a una persona que sea capaz de habitar el mundo desde esas dos perspectivas—, a tal punto que, cuando la tía Nadia se dio cuenta, el chico roncaba como un chivo.

Vine a Buenos Aires para ver a mi hermano más chico. Pero no sé dónde vive mi hermano más chico, que lee los mensajes que envío y no los responde.

Me encantan los problemas de mi hermano más chico, me encanta que no tengan solución.

Amo la cuenta de Instagram de mi hermanito, las fotos que comparte, fotos movidas, paredes que carcome la humedad, ojeras, ropa sucia, comida chatarra, el aire gomoso.

Amo que me pida consejos y amo dárselos. Estoy llena de

consejos para ofrecer, llena de frases hechas que sirven para cualquier ocasión.

Amo que mi hermano más chico esté casado, que su cuenta de Instagram mantenga las fotos de ese casamiento ruinoso, fotos de gente maltrecha por la bebida, parientes de la novia con pinta de violentos que, seguramente, amenazan a mi hermano. Él dice que es feliz, lo dice a cada rato, con una obstinación sospechosa.

Amo a ese sobrino que no conozco y que en las fotos mi hermano sostiene con pánico. Un bebé tan feo como todos los bebés de esta familia.

Odio sentir que los porteños están mejor preparados para la vida. Odio este complejo de inferioridad que no me permite avanzar sobre esa vieja de mierda que se adelanta en la fila del cajero. Este complejo que —aun con el paso de los años y mi mayoría, mi amplitud de edad— no me permite afrontar a los zombis del paco. Ni a las jóvenes oficinistas ni a los viejos verdes ni al adolescente consentido.

Todavía me detengo a mirar las peleas callejeras que ya nadie atiende. El insulto sofisticado, implacable, que un taxista propina a un conductor imprudente. ¿Es el milagro de la buena educación? Hacer que las deformaciones del lenguaje suenen atinadas, mucho más pertinentes que erróneas, ¿forma parte de mi complejo?

Amo esa ye que los porteños exacerban. Amo escuchar a mis hermanos, al del medio y al menor, diciendo que la *yave*, la *yuvia*, el *yanto*, lo *yeno*, lo *yano*… ¿Cómo es posible que, hablando como hablan, mis hermanos corran a pedirme consejos? ¿Cómo es posible que, hablando así como hablo, yo se los dé? Debería aprovechar que estoy en Buenos Aires para hablar del tema con mis hermanos.

Amo mi manera de hablar. Y a veces la odio. Como ahora, que intento comprar algo, una botellita de agua mineral pequeña, y tengo que repetir el pedido en mi cabeza, tres, cuatro veces, antes de formularlo. Odio que al final la voz me salga así, apagada, como si en realidad estuviese pidiendo disculpas por venir a una ciudad que no es mía y alterar el fluir cotidiano de esta gente que se

maneja tan a su aire.

Odio comprobar que el problema es mío. Que hay gente que puede venir de otra ciudad, de un pueblo ignoto, del ignoto pueblo de un país extranjero, y manejarse en Buenos Aires como si Buenos Aires fuese el jardín de su casa. ¿Cómo hacen para vivir tan libres y despreocupados, esa cantidad de venezolanos que vienen huyendo de alguna penuria, de algún cansancio, de su gobierno, y que se esparcen sin culpa ni contratiempos a lo largo y ancho de esta ciudad? ¿Y esos albañiles paraguayos que sin medias tintas sueltan un piropo obsceno? ¿O no es obsceno ese guaraní resbaladizo y traicionero? ¿Y esos senegaleses (¿o son haitianos?) que venden anteojos de sol, medias, joguinetas, calzones, porta celulares? Ni siquiera se preocupan por aprender el castellano. Parlotean como chicharras en medio de la calle congestionada, como si no hubiera escándalo alguno de polución, miseria, malos olores.

Amo imaginar a mi madre y a mi tía Nadia envueltas en este desmadre. Enojadas, confundidas, a punto de llorar. O de *yorar*. Las amo.

El linyera llevaba cinco días en su departamento. No se había sacado la camisa violeta con hombreras. La tía estaba contenta porque el chico se había entusiasmado con Facebook. Se instalaban frente a la computadora y ella le leía en voz alta los posteos de tal o cual y le decía con cuál acordaba y con cuál no. Quién era un imbécil, quién era más o menos criterioso, quién era divertido y quién era patético. El chico asentía, como si entendiera.

Lo mismo con el televisor. Ella comentaba cada programa, cada serie, cada noticiero, y el chico asentía. De a poco se fue soltando y empezó a ofrecer su propia opinión. Una opinión que a veces contradecía de plano las opiniones de la tía Nadia, que empezó a vislumbrar que el chico era inteligente, sí, pero su posición política era de dudoso buen gusto.

Pasó igual con Facebook. De pronto al chico le caían bien los posteos y comentarios que la tía Nadia consideraba odiosos y repudiables, y manifestaba un carácter tal vez demasiado encendido

para dejar claras sus posturas.

La tía Nadia se asustó. O se cansó. O ambas cosas. No quería que un extraño le llevara la contra en su propia casa. Además, quería fumar y beber libremente, cosa que durante esos días había hecho con moderación, cuidándose de no dar una mala imagen.

Amo a mi tía Nadia, amo sus pruritos. Amo la manera en que se sacó de encima el problema. Fueron juntos al supermercado, ella y el chico. A un supermercado enorme que es como una gran ciudad dentro de la misma ciudad. Él, de camisa violeta con hombreras, empujaba el carrito que ella de a poco iba llenando. Las compras del mes, dijo la tía. Eligió los productos más caros, lujos tontos que no formaban parte de su dieta ni de sus cuidados ni de su higiene. También le dijo al chico que sumara lo que creyera conveniente. No vio, sin embargo, que el chico agregara algo.

Cuando llegaron a la caja, la tía le pidió al chico que hiciera la fila, que les faltaba un vino que ella iría a buscar. El chico asintió. Como un tonto, dijo la tía, se quedó como un tonto con el carro lleno de cosas que no podría pagar. Cosas que ni siquiera yo podía pagar, dijo la tía, que hizo un gran rodeo por entre las góndolas gigantes de aquel supermercado hasta encontrar una salida lo suficientemente apartada de la caja registradora donde ese chico todavía debe estar esperándola.

Por si acaso, la tía Nadia pasó una semana en casa de mamá, que se encargó de refugiarla en su propio departamento.

Hasta que estuvimos seguras de que el linyera no se aparecería, dijo la tía Nadia.

Amo la voz de Zoe, amo que no sepa muy bien cómo tratarme. Su entusiasmo fingido cuando le digo que estoy en Buenos Aires y que tengo ganas de ir a verlos.

Ay, dice, qué alegría.

Imagino su cara, la puedo ver. El paneo que hace con la mirada. Que esté todo en orden, que la hija bien vestida, que el marido presentable. Que la sonrisa al frente… pero no. Zoe no es así. Es mi imaginación que estropea a las personas. Con Zoe puedo hablar mucho más de lo que hablo con mi hermano del medio.

Dice que me espera, que no tiene nada que hacer salvo tomar un té. Hace cuánto que no tomo un té.

De Buenos Aires, odio la necesidad del desplazamiento incierto y excesivo. El trámite que demanda ir de un lugar a otro. El cansancio que te come los talones y el ánimo cuando buscás en Google Maps la mejor manera de trasladarte.

La ciudad se expande, se estira, se achicla, no se termina… y, cuando al fin se termina, lo que viene es otra continuidad igual de fea y agobiante.

A la manera del Río de La Plata, que se amplía en su fealdad inconmovible. Que me perdone el río, pero bien podría ser parte de mi familia, amplio, enorme y feo como es.

La mujer de mi hermano menor, en cambio, tiene la voz ronca. Dejo que el tiempo me lleve, avanzo hacia el futuro y la veo como una típica vieja arruinada. Borracha y fumadora empedernida. Usa anteojos de sol, enormes, y se queja de los extranjeros que ensucian la ciudad. Vive medicada. Se pelea con el encargado del edificio. Odia a sus hijos. Por supuesto, en ese futuro mi hermano menor murió hace mucho tiempo. Escucho hablar a la mujer de mi hermano menor y me asalta, sin embargo, la voz de mi tía Nadia. Oh, amada tía Nadia.

Un zombi del paco me vende tres pares de medias. Lo recibo sin miedo. Detengo su impertinencia con la aceptación de su mercadería. Compro un par de medias blancas, un par de medias azules y el tercero de color negro. El zombi quiere explicarme algo, una virtud de las medias, y yo a todo le digo que sí. Entonces el zombi propone que compre otros tres pares. Tiene los pómulos hundidos y las cejas… dónde tiene las cejas. Me da asco y le digo que sí, que compro los otros tres pares; pago lo que tengo que pagar y sigo, por Dios, que este zombi me deje seguir.

Amo una foto en la que estamos mamá, mis hermanos más chicos y yo. Mis hermanos son unas criaturas y mamá está en esa

edad en que las mujeres mantienen un cierto aire tonto de la juventud, aunque bien matizado con el espesor y la gravedad de los años. En la foto mamá tiene la edad que tengo yo ahora, año más, año menos. En la foto debo andar por los doce años. Me gusta mi seriedad, la certeza de que el bienestar de esa familia depende de mí.

Para nada odio esa carga. Muy por el contrario, la asumo dichosa, como ahora, que vine a Buenos Aires para leer poesía, comprar libros y seguir las peripecias de mi tía y de mi madre.

Mamá y yo nos llevamos bien porque tenemos muy poco en común. Nos gusta estar juntas, nos gusta discutir, dejar en claro nuestras diferencias para amarnos desde ahí.

Miento. Hay veces que mi madre me quema los nervios.

La última vez que fuimos al geriátrico —al *hogar*, decía mamá— para ver a mi abuela, ella no hizo otra cosa que llorar. La enfermera —aunque no era propiamente una enfermera— tuvo que pedirle moderación. «No queremos que los abuelos se alteren», nos dijo en voz baja. Mamá pidió disculpas y asintió con la cabeza. Un bochorno. La acompañé al patio y la dejé fumando a la sombra de esos arbolitos perfumados que bien saben ubicar en los geriátricos y en los cementerios. Le dije a mamá que se quedara ahí, tranquila, que yo me iba a despedir de la abuela. Me volví dos veces para mirarla y asegurarme de que estuviera bien. Con el pucho y la mirada puesta en un más allá, como entregada a una contemplación, mamá parecía salida de una publicidad. Pero publicidad de qué podía ser esa.

La abuela dormía. También podía ser que se hiciera la dormida. Las mejores visitas al geriátrico las habíamos hecho junto con Norma, la señora que cuidaba de la abuela mientras la abuela estuvo en su casa. Norma era una mujer enorme, un tanto rústica, pero con la delicadeza de leer. Leía en voz alta para la abuela. Libros de historia, libros de geografía, de ciencias naturales, de poesía, alguna novela, unos cuentos.

Cuando trajimos a la abuela al geriátrico, Norma lloró como una nena. Que le partíamos el corazón, dijo.

Qué tanto llora esta boluda, se quejó la tía Nadia, que, de todos modos, cuando Norma se lo pidió, no puso objeción a que la cuidadora siguiera visitando a la abuela en el geriátrico.

Cada loco con su tema, decía la tía Nadia.

Así es que cuando a mamá le caía la culpa, buscábamos a Norma por su casa y nos íbamos las tres al geriátrico. Apenas llegábamos, después de saludar a la abuela, después de besuquearla y de tolerar su olor a medicamento y a comida rancia, y una vez que las enfermeras nos informaban de avances y retrocesos en su ánimo, de lo mucho o poco que fumaba, de lo poco o mucho que comía, Norma sacaba algún libro de la cartera y empezaba la lectura. Leía como una locutora de radio. Una manera más bien aparatosa. No creo que la abuela, perdida como vivía, captara algo de esa lectura, pero al parecer estaba bien que Norma leyera y que nosotras la escucháramos.

Recuerdo la calma y la somnolencia que me invadían, las ganas de echarme a dormir como dormía mi abuela, libre y dueña de su tiempo.

Me harta esta mujer con sus libros, dijo mamá un día. Me harta, repitió.

No volvimos a buscar a Norma y no sé de alguien que le haya vuelto a leer a mi abuela. A veces me da por pensar en lo extraño, en lo triste, en lo retorcido de que aquellas hayan sido las últimas lecturas de mi abuela.

Amo escribir poemas para Franca, hijita de mi amor. Se los leo ahora que no los entiende, ahora que no puede juzgarlos. Se los leo y después los tiro —si es que los escribí a mano en un papel— o los borro —si acaso los tecleé en el teléfono—.

Me gustan más los que escribo en el teléfono, siento que me salen más ligeros, más honestos y a la vez más dulces. Como los poemas que se escriben a una hija. Poemas que duran el instante justo para ser leídos y devueltos al lugar que corresponde, que, la verdad, no sé qué lugar puede ser. Que queden los poemas como una música —si es que son música y no puro ruido— en los oídos de mi pobre, amada hija.

Amo las medialunas de manteca que le compré a un zombi del paco. Amo que sean mi cena y que me alcancen para pasar una apacible noche de hotel. Amo ver televisión, películas que ya vi, películas aburridas o demasiado entretenidas.

Odio que la heladerita de mi habitación no tenga nada de alcohol: agua mineral, dos *boteyitas*, dirían mis hermanos, y Coca-Cola, una lata. Tomaría una cerveza con mi tía Nadia. Pero más me gusta emborracharme con el padre de Franca. Él toma vino, puede llegar a tomarse dos botellas, mientras yo voy de la cerveza al daiquiri, a lo sumo un mojito, por qué no un Aperol. Mientras yo voy en alza, cada vez más animosa, el padre de Franca avanza en franco declive. Los ojos se le caen de sueño, algún borborigmo estalla desde su estómago y me cuenta historias de su juventud. Las mismas de siempre. De su militancia política, de la vez que la policía allanó su casa y él escapó por los techos, de una vez que usó un arma (que no tuvo más alternativa, dice). Historias que cuenta como un viejo, con digresiones, con groserías, sin gentileza. El vino afecta la narración del padre de Franca. A mí, en cambio, la borrachera me activa.

Borracha como estoy, voy a contarte una historia, voy a prender todas las estrellas y voy a tenerte despierto la noche entera. ¿O soy yo nomás la que se hace esa idea?

Vine a contarte la historia de mi hermano menor. De la vez que se enamoró tan perdidamente que su amor se perdió.

El hombre era su jefe en una mensajería y lo invitó a pasar un fin de semana en un campo, en la quinta de unos amigos, como a doscientos kilómetros de la ciudad. Mi hermano siempre busca y consigue ese tipo de trabajos de escasa, cómo decirlo, ¿perdurabilidad? Trabajos temporarios que le sirven para mantenerse en movimiento, tirando. Pero esta vez se entusiasmó. Se entusiasmó, en realidad, con el hombre que era su jefe. Un hombre mayor que él, que mi hermano; un hombre que, dijo mi hermano, venía de una crisis de pareja, de una mujer abrumadora y de unos hijos agobiantes. Más inestable y más típico no se consigue.

Primero se hicieron amigos, mi hermano le consiguió porros, se

quedó más horas de las acordadas atendiendo el teléfono de la mensajería, se quedó hasta tarde para acompañar un par de cervezas. Le hizo caso. Hasta que una noche, entre chistes verdes y comentarios al voleo, se dieron un beso.

Para mi hermano fue una explosión. Para mí, en cambio, que lo escuchaba al otro lado del teléfono —porque todo esto mi hermano me lo contó desde su celular, un par de semanas después de lo que finalmente ocurrió—, para mí no fue nada asombroso. Esperaba que de un momento a otro mi hermano me viniera con un cuento como ese y, cuando al fin lo hizo, sentí que se había demorado mucho.

De todos modos, fueron días hermosos para mi hermano. Trabajaba con alegría en un ambiente que, estoy segura, habrá sido un espanto de mugre, maledicencia y turbidez. Pero claro, estas son meras conjeturas mías. Lo que es cierto, lo que mi hermano asegura, es que en esos días vivió enamorado. Una doble vida auspiciosa.

Cuando el hombre lo invitó a pasar juntos un fin de semana fuera de la ciudad, mi hermano contempló dos alternativas: que entre ese hombre y él acababa de forjarse un lazo amoroso indestructible o que aquello no era más que un tiro al aire a punto de estallarle en la cara.

Por de pronto se entregó, mi hermano, a la ansiedad de un viaje largo, a las mañas de un hombre mayor, y a su propio y revuelto deseo. Se armó una mochila con una muda de ropa, armó un equipo de mate —porque al hombre le gustaba mucho el mate— y armó también una *playlist* con canciones folclóricas, que eran las canciones que al hombre le gustaba escuchar mientras manejaba. Mi hermano estaba contento; el hombre era amable y le decía cosas lindas, le hablaba de lo bien que se sentía junto a él, de las ganas, del porvenir que se abría para ambos. Mi hermano se dejaba llevar, era jovencito, mucho más joven de lo que es ahora, y el hombre había encontrado en él, en mi hermano, la motivación que había perdido. Esas cosas que se dicen y que son más bien incomprobables.

Cuando le pedí que me describiera al hombre en cuestión —de quien no quiso decirme su nombre—, mi hermano se limitó a decir

que no era un lindo tipo; que era más bien tirando a gordo y que, a decir verdad, olía bastante mal. Tampoco era buena su manera de tratar a la gente. El resto de los muchachos que trabajaban en la mensajería no lo tenían en buena estima. Era un hombre grosero, un poco maltratador.

Entonces, si era así, le dije, qué tanto le gustaba de ese hombre.

Algo, dijo mi hermano, algo que no sé qué es. Pobrecito, mi hermano, que ni siquiera eso podía decir.

Tomaron la ruta un viernes por la tarde, con la idea de llegar a destino apenas entrada la noche. En el campo los recibirían con asado y bebida. Mi hermano puso música —una chacarera— y el hombre dijo que mejor no, mejor en silencio. Que la cabeza le estallaba y que prefería ir tranquilo. Entonces mi hermano cebó el primer mate y el hombre se lo rechazó. Que el mate, a esa hora, después no lo dejaría dormir, dijo.

¿Viste cuando algo te da mala espina?, me dijo mi hermano al teléfono. Ni necesidad tenía de decirlo.

Cuando le preguntó si estaba bien, si le hacía falta algo, el hombre le dijo lo que es habitual decir en esos casos: que no se preocupara, que nomás estaba cansado. Que en un rato harían un parate en una estación de servicio, se pediría un tentempié, tomaría agua y asunto resuelto. Mi hermano, que a veces puede ser medio obtuso, no se lo creyó. Menos aún cuando, pasados ya muchos kilómetros, cuando iban ya por la pampa abierta que se expande apenas uno saca la nariz de Buenos Aires, no hacían el parate anunciado. El hombre, cada tanto, soltaba una puteada: contra algún conductor que iba muy lento, contra alguno que los adelantaba con imprudencia, contra el coche tan mañoso, contra el clima, contra cualquier cosa. Entonces mi hermano se atrevió y dijo que necesitaba ir al baño, que se meaba, cosa que por otra parte era bien cierta.

El hombre volvió a refunfuñar, pero mi hermano insistió: entre una cosa y otra, entre que se preparó para el viaje y fue a su encuentro, había pasado muchas horas sin mear.

Se detuvieron finalmente en una estación de servicio ruinosa,

una estación al filo del abandono. Apenas un cartel con el anuncio del gasoil de una marca de segunda, tal vez una marca regional, pueblerina. El hombre esquivó los surtidores y frenó a orillas del minimercado, que en realidad era una mezcla de taller mecánico y comedor para camioneros y viajantes.

Dale, andá, le dijo el hombre. Mi hermano bajó, lentamente, como si hubiera sabido que bajar era un error.

Pero quedarme arriba del auto, me dijo al teléfono, también hubiese sido un error. Antes de entrar al minimercado se dio vuelta para echar una mirada al interior del auto, que en la oscuridad de la pampa era como una nave extraterrestre, y vio que el hombre revisaba el celular. De alguna manera, eso le dio una especie de tranquilidad.

En el minimercado, desde atrás de un mostrador, un gaucho —o al menos un hombre vestido como gaucho— le preguntó qué quería. Aunque brusco, dijo mi hermano que el gaucho tampoco era del todo odioso. Que más bien fue amable al indicarle dónde estaba el baño. No había terminado de echar el primer chorro de pis en el mingitorio herrumbrado y hediondo, que escuchó el ruido de las llantas sobre el ripio, el arranque ni siquiera apremiante del auto.

Salió a las apuradas, con el cinto desabrochado y con unas gotas de pis hechas un tumulto en el calzón. Eso dijo mi hermano, en otros términos, pero eso dijo. Salió en el momento justo para ver las luces traseras del coche que se perdían de a poco en la ruta. Se lamentó por la estupidez de bajar sin su mochila, sin su teléfono, sin siquiera el estúpido equipo de mate. Recién entonces se percató del fresco que hacía.

Volvió al baño, esta vez para contener la agitación, para que el gaucho no lo viera llorar.

Qué hiciste, le pregunté, cómo volviste.

Eso es lo de menos, dijo mi hermano, pero después supe por mi hermano del medio que tardó dos días en volver a Buenos Aires.

Amo dormir a pata suelta, con la cama toda para mí. Aun así haga como hago ahora, que hago un rejunte, un gran bollo de sábanas, y me duermo hecha un ovillo. En un rincón de la cama,

pero con la certeza de que el resto de la cama está libre y limpio.

Odio perderme el desayuno en los hoteles, aunque se trate de un café quemado con unas medialunas grasientas. Amo, en cambio, instalarme desde temprano y ver cómo los huéspedes van llegando, sus caras de dormidos, sus modales en veremos. Distinguir quién está en plan turístico, de paseo, quién por asuntos de trabajo y quién anda así como yo ahora, un poco a su aire. Me gustan los hoteles ni tan miserables ni tan opulentos. Los hoteles que en alguna otra época tuvieron algún brillo y que ahora se mantienen a duras penas, con empleados de uniforme un pilín sucio, que hablan entre ellos a los gritos, empleados que ya perdieron —porque no hay quien los supervise— el elemental decoro que hay que guardar ante los huéspedes. Les escribiría un poema, alguno de los versos que al final nunca escribo. Me gusta el ambiente misterioso, que aquel hombre y esa mujer que beben café se comuniquen con murmullos, arrimándose un poco para que nadie escuche lo que intentan decirse, mientras las migas de medialuna se les pegan en las comisuras. Me gusta que ella se hurgue los dientes con la uña de un meñique.

Aunque sean fastuosos, del primero al último de los hoteles de Buenos Aires, tienen el aire sórdido que ahora respiro.

Me da risa la voz de mamá cuando al fin responde a mi llamado. No responde en sentido estricto. Me envía mensajes de audio, mensajes llenos de huecos, de intermitencias entre una palabra y la otra. Intermitencias del corazón, pausas con ruido ambiente.

Me da risa la voz agobiada de mamá, que habla en susurros. Un prurito de provinciana, la ilusión de que alguien alrededor —pero quién— se interesa en nuestros dramas. Sería tan lindo que alguien en esta ciudad estuviese pendiente de nosotras.

Me cuenta que están bien, tal vez ella un poco descompuesta. Vomitó tres veces. Quizá los nervios, dice. Más probable la cerveza, digo. Me cuenta que se alistan, que ya salen para la clínica y que no, que nerviosas no están. Dice que está un poco fresco, que el clima de Buenos Aires es resbaladizo. Son cuatro audios los que me

envía. En el tercero me pregunta por Franquita. Y en el cuarto me dice que Buenos Aires está cada vez más feo.

De Buenos Aires, amo que te obligue a este desplazamiento. Que sea necesario ocupar tantos medios de transporte para ir de aquí para allá. Ya sé, antes dije que lo odiaba. Pero hoy tengo ganas de moverme por la ciudad. Voy al encuentro de mi madre y de mi tía.

Amo esta sala de espera, la luz blanca tan limpia que hace brillar los muebles de plástico. No debe ser plástico. Este sillón tan cómodo está hecho con un material que mi cabecita provinciana no asimila. Amo que mi cabecita provinciana me permita esta mirada cándida, que descubre las cosas alrededor y se maravilla. Imagino las caras de mamá y de la tía Nadia cuando al fin lleguen y me descubran aquí sentada, guardándoles un lugar.

Sé que mamá no va a contener un lagrimón, sé que la tía soltará una carcajada. La risa de mi tía es grosera de una manera que no admite quejas, así como el llanto de mi madre parece dibujado en su rostro. Hay que prestar atención a esas dos, a sus puntos en común.

Me gusta la sala de espera, que a cada rato pase una enfermera con la mirada altiva y el gesto solemne. Los médicos que pasan, en cambio, miran hacia el piso, como si se les hubiera perdido algo; pero en realidad es el temor a ser reconocidos. Que de pronto uno de sus pacientes cancerosos —o peor, el pariente de un canceroso— les salte al encuentro para preguntarles, para implorarles, para rogarles una salvación. Si conociera al médico que atiende a mi tía Nadia, no dudaría, me prendería de su chaquetilla y no lo dejaría ir hasta que no me confirme que el problema de mi tía se arregla como ella dice, con una cirugía insignificante que te permite tomar una cerveza mientras los médicos te limpian la teta.

Lo que de verdad odio de Buenos Aires es su olor. No es, en realidad, un olor a podrido. Es algo más tramposo. Camino por la calle abarrotada y llevo a mi nariz la más engañosa música.

Hay un dulzor en el aire, un dulzor que sale de las cocheras; un

aire fresco que me sopapea. No es del todo desagradable, de otra manera no se explica que me esfuerce en captarlo, que eleve la nariz al cielo hasta casi ahogarme. Es un olor lujoso y corrompido, un olor que tiene su costo.

Buenos Aires, aun en su podredumbre incipiente, es también una ciudad cara.

Amo que Danilo me atienda el teléfono al primer llamado. Pero odio, con la misma intensidad, que no esté disponible para mí. Que nos vemos a la noche, dice, y me organiza un plan en la casa de mi hermano del medio. Un plan familiar.

Le digo que muy bien, que encantada, y cortamos. Y entonces, lloro. *Yoro. Yoro* como una porteña, a la vista de cualquiera. *Yoro* porque no sé para qué vine a Buenos Aires, si es verdad que mamá y la tía Nadia se manejan muy bien solas. Si mi hermano del medio y mi hermano más chico ya no precisan de mí. Tampoco sé por qué *yoro*.

¿Qué pasa con Danilo y su tendencia al romance? ¿En qué momento se dejó llevar por los años? Una vez que cortamos —y cuando al fin domino la andanada de llanto—, le envío un audio y, antes de que lo escuche, lo elimino. Envío otro, corrigiendo el tono, pero vuelvo a eliminarlo. Menos mal. Pasa un rato y me llega el mensaje de Danilo: «¿Todo bien?». No, todo mal.

Me tomo unos cuantos minutos y hablo con Franca. Mi prima pone a mi hija en el teléfono y, mientras hago comentarios sonsos de lo mucho que la extraño, del regalo que voy a llevarle y de los besos con que voy a molestarla cuando esté de vuelta, mientras tonteo, pienso que me gustaría quedarme en Buenos Aires un par de meses, quizás unos cuantos años. Instalarme en la ciudad, sola, sin Franca, mi hijita preciosa, hasta corregir mi acento provinciano y paladear la *beyeza* de la ye, hasta hablar con la soltura y el donaire con que hablan mis hermanos.

Cuando mi hermano menor me contó que iba a ser padre de un varón, también me contó de la vergüenza que le daba el nombre

que su mujer había elegido para la criatura. Que Dylan, dijo mi hermano, era nombre de gente pobre. Me hizo reír. Me hizo sentir triste.

Para levantarle el ánimo, lo llamé una semana después y le conté que Bob Dylan había ganado el Nobel de Literatura. Mis dos hermanos tenían hijos con nombres de nobeles literarios.

Aunque me agradeció por el dato, mi hermano menor no pareció entusiasmado. Se me ocurrió que tal vez mi hermano menor ni siquiera estaba al tanto de quién era Bob Dylan. Eso me hizo sentir un poco más triste.

Vine a Buenos Aires a comerte esa boquita. Lo pienso, pero no lo digo. Zoe me llama —amo que sea ella la única que me llama— para contarme que mi hermano del medio no le responde los mensajes. No suena preocupada, más bien suena altanera. Me pregunta si sé algo. Si ella supiera lo que sé…

Pero me quedo en silencio como una tonta. Hay un zombi del paco que viene hacia mí con un canasto de medialunas o empanadas y temo que robe mi teléfono.

Zoe me cuenta, como si hiciera falta, que las cosas con mi hermano del medio no están del todo bien. Amo que me haga esta confidencia y amo que no me importe. Me ofende que el zombi del paco pase a mi lado sin hacer el intento de concretar una venta, sin procurar un arrebato.

Zoe dice que mi hermano del medio es un falopero. Es tan violenta la expresión que se me escapa un gemido. Odio que la gente hable en esos términos. Intento decírselo a Zoe, hacerle saber que ese vocabulario la desmerece, pero me gana con su tono. La hermosa tonada porteña que me anula, me neutraliza y no permite que le diga a Zoe cuántas ganas tengo de comerme su boquita.

Le digo, en cambio, que no se preocupe, que apenas pueda voy para su casa.

Al padre de Franca no le gusta viajar en subte. Me lo dijo en nuestra primera escapada a la ciudad, nueve meses antes de Franca, antes de que a la sencillez del amor le agregáramos nuestra pesadez

y nuestras pretensiones. Odio andar en subte, dijo el padre de Franca.

Íbamos apretados contra una pared grasosa, apenas enganchados a una agarradera, y él no dejaba de pensar que, de un momento a otro, alguna de las caras macilentas que viajaban apretadas con nosotros le robaría la billetera, el teléfono, hasta los calzones.

Íbamos a ver a Danilo. El padre de Franca y Danilo se habían frecuentado, por decirlo así, cuando yo era una niña, cuando mamá y Danilo iban y venían, concebían a mis hermanos menores y se disputaban la permanencia aquí o allá, en la ciudad o en la provincia.

El padre de Franca iba nervioso. Yo iba contenta.

Danilo le dio un abrazo y el padre de Franca se relajó. Hablaron del tiempo que había pasado, recordaron amigos de antes, estupideces por el estilo. Habíamos ido a un mercado de pulgas. Danilo quería hacerme un regalo.

Antes te gustaban las antigüedades, dijo.

Yo no recordaba haber pensado nunca en antigüedades, no podía saber si me gustaban o no. Ni siquiera entendía muy bien qué hacíamos en un mercado de pulgas, envueltos en ese olor a humedad, olor de cosas guardadas durante años, décadas, en baúles guardados, a su vez, en depósitos abandonados, en huecos húmedos como un vagón de subte. Pero no podía decirle eso a Danilo, que se empeñaba en mostrarme botellas con formas excéntricas y picos herrumbrados, muñecas siniestras y tuertas, neceseres deshilachados, baratijas infantiles de un submundo. No podía sortear la gentileza ridícula de Danilo y tampoco podía disimular la incomodidad evidente del padre de Franca, que fruncía la boca y se limpiaba la yema de un dedo después de rozar un anaquel de libros viejos.

Tampoco tuve el tino de interceder —pero ¿de qué manera lo hubiera hecho?— cuando Danilo le preguntó al padre de Franca por su esposa y por sus hijas, mis amigas. Cuando Danilo tomó al padre de Franca por los hombros y le dijo qué bien que ahora se te dé por las pendejas.

Qué bajeza, cuánta grosería, y yo en el medio.

Amo el olor de Buenos Aires, la mezcla de aromas que hacen los tilos y los plátanos. Parecen árboles que se desmigajan, que se derriten de tan húmedos. El frío es cosa seria en Buenos Aires. Amo que los porteños sufran del calor y del frío mucho más de lo que se sufre en el resto del mundo. Amo que nadie en el mundo sufra tanto como se sufre en esta ciudad.

Amo sufrir, ahora mismo, mientras paseo, mientras hojeo libros que no voy a comprar porque reservo mi dinero para los zombis del paco. De pasar más tiempo en Buenos Aires, voy camino a un sobrepeso indigno. No hago más que comer las porquerías que venden los zombis del paco. Alimento inmundo a precio alto.

Sufro porque quiero pasar más tiempo en Buenos Aires, sufro porque Buenos Aires me condena a la mala alimentación.

Me llega un audio de mamá. No pienso abrirlo.

Ocurrió entonces que el padre de Franca se ofendió. Yo también me ofendí, pero de eso me di cuenta después, cuando el padre de Franca señaló a Danilo con un dedo y, aunque intentó, no pudo decirle nada. Miento, tampoco me di cuenta en ese momento de que estaba ofendida. Fue mucho después de que el padre de Franca se fuera y me dejara sola con Danilo. Fue, incluso, después de que Danilo me pidiera disculpas, de que simulara un lagrimón y me abrazara y me dijera cosas que me avergüenza recordar. Después de que me regalara, un poco en broma, una Mafalda de plástico. Fue mucho más tarde de que saliéramos del mercado de pulgas y nos instaláramos en una cervecería donde probamos tres variedades rasposas de cerveza, mal elaborada y, sospecho, un poco vencida. Me llevó tanto tiempo ofenderme que aún no lo estaba cuando Danilo arrimó su silla a la mía y, como hacía antes, cuando yo era una tarambana, me besó sin vueltas y sin complejos. Tampoco estaba ofendida cuando entramos a su departamento de Belgrano y él me preguntó qué más quería tomar y yo le dije que ya no hacía falta tomar nada.

No sé bien, en realidad, cuándo fue que me ofendí. Tampoco sé si me ofendí con Danilo o con el padre de Franca, que cuando volví al hotel, ya de mañana, seguía ofendido y dejó pasar un día entero —un día de amor perdido— antes de dirigirme la palabra.

Lo primero que dijo fue que, por Dios, sacara esa Mafalda horrible de la habitación. Por suerte no le llevé el apunte y guardé la Mafalda en mi bolso. Con lo que a Franca le gusta jugar con esa muñeca.

Amo comprar libros que después no leeré. Lo que hace todo el mundo. Podría armar un listado de libros que compré y no leí, pero sería un listado muy largo y me ocuparía mucho del valioso tiempo que esta ciudad enorme te hace perder en el desplazamiento de un punto a otro. Odio tener que moverme así, como al tuntún.

El barrio de mi hermano del medio —que también es el barrio de Zoe— es pintoresco sin llegar a ser coqueto. Tiene calles circulares, en permanente curva, y por eso, dicen, es un barrio especial. Pero yo me hundo en este barrio y no veo más que otra de las formas vulgares de esta ciudad pretenciosa.

Ay, miento, no puedo dejar de mentir. Soy una mentirosa consumada. El barrio es en verdad encantador y la poca gente con que me cruzo parece amable y satisfecha con la vida que le ha tocado.

Amo que Zoe desentone, que parezca otra cosa. Abre la puerta y su pelo, que yo recordaba tan prolijito y cuidado, rubicundo y resplandeciente, es ahora como un matojo indomable. Parece una cantante punk de hace décadas. Una muchacha punk venida a menos. Me tienta echarme en sus brazos, pero ella me gana de mano y se entrega a los míos.

Por Dios, pobre, está muy flaquita.

A veces, siento que mi madre me tiene miedo.

No sé a qué vine a Buenos Aires. Puede que por aburrimiento.

Odio que Buenos Aires sea una ciudad tan aburrida. Me divierte

mi propia impericia para manejarme aquí. Soy tan dulcemente provinciana que con unos pocos kilómetros de viaje puedo sentirme sumergida en una cultura excéntrica. Puedo divertirme como una borracha.

Vine a Buenos Aires a encauzar los planes de mi hermano menor. Traje mis propios planes para él, pero se lo dejé todo a los zombis del paco. Qué puedo decirle ahora a mi pobre hermanito, ahora que está sin planes, que ni siquiera sabe quién es Bob Dylan.

Amo la voz de Zoe, las inflexiones que no le conocía. Amo el té que me ofrece y que, aunque acepto, ella trastoca en ronda de mate. Amo que ahora fume y que lo haga tan mal —o tan bien, según se mire—, porque las pitadas cortas en las que se empeña dejan el humo revoloteando alrededor como una mosca impertinente que, aunque Zoe ahuyenta con sacudidas de la mano izquierda —la que no sostiene el cigarrillo—, permanece impasible en el ambiente. Amo que tenga los ojos colorados y amo su perfume a cítrico. Amo que me mienta y que me diga lo bien que me veo.

Reviso las fotos que hay dispersas por aquí, por allá, instantáneas de polaroid, ubicadas como al azar pero en un orden pasmoso y calculado. Mientras reviso, Zoe habla y me persigue con el mate. Repaso la cantidad de gente que hay en esas fotos y que no conozco. Aparece mi hermano del medio, por ejemplo, que en cada foto está con una sonrisa estúpida, muy seguro de sí mismo, cuando a su pobre hija le puso el nombre de una escritora que nunca leyó. Y esa nena, qué será de ella cuando crezca, qué será de nosotros.

Zoe aliviana las críticas a mi hermano del medio. Ya no usa la palabra «falopero», esa expresión tan fea. Dice nomás que a veces mi hermano se pasa de mezquino. Esas cosas habituales.

Le pregunto, entonces, por su hijita, así se distrae hablando de ella y me permite seguir con el análisis de este departamento, de la decoración que, intuyo que por falta de recursos, no llega a ser todo lo sofisticada que mi hermano y Zoe pretenden; de los muebles lustrosos y mínimos, cosa que prime el aire a levedad, que prime la luz; de la biblioteca blanca de melamina, más ostentosa que bien

surtida, con un anaquel repleto de vinilos seleccionados al dedillo. Gente que sabe consumir. Aunque Zoe insinúe que no, que mi hermano no sabe, que hace todo en exceso.

Amo los yuyos que Zoe vierte en el mate y que aportan ese sabor dulzón. Tal vez me convenga ir al baño. Odio de Buenos Aires que te obligue al desplazamiento sin contemplar las necesidades fisiológicas. Odio tener que esperar una pausa de Zoe para pedirle permiso y pasar a su bendito baño. ¿Son todos los porteños así de maleducados? ¿Nunca se le ocurrió a esta chica que puedo necesitar algo más que un mate con yuyos?

Tomo aire, aspiro en profundidad. Zoe habla, me pide disculpas para referirse a mi hermano menor como un chico problemático y a su mujer, a la mujer de mi hermanito, como una descocada. No entiendo que esta gente pueda tener problemas, con la cantidad de consejos que les reparto, con lo bien que pronuncian la ye.

Estamos sentadas muy cerca una de la otra. Zoe fuma, en una mano el cigarrillo, en la otra el mate. Pienso en su aliento, en la mezcla que harán el humo y el mate cargado de yuyos, y ya no siento ganas de comer esa boquita.

En vez de pedirle el baño, le pregunto por el cigarrillo, desde hace cuánto que fuma. Zoe piensa, como si hiciera cálculos. Tiene un lunarcito, como un punto de chocolate pegado al labio inferior, del lado derecho. También tiene tatuada una luna —¿una imagen del tarot?— en el cuello, pero del lado izquierdo. Por atender al lunar y al tatuaje, no retengo su respuesta y me quedo sin saber hace cuánto que fuma.

Vine a Buenos Aires para descansar.

Vine a Buenos Aires por mi tía y mi mamá.

Vine por mis hermanos, tan descerebrados. Y por mis sobrinos, que ganaron el Nobel.

Tomo un mate de un tirón, cosa que el sabor de boca no me juegue una mala pasada cuando bese a Zoe.

Ella me dice que claro, que pase al baño, que al final del pasillo. Y pide disculpas por no habérmelo ofrecido antes. Qué chica generosa. Amo los modales de los porteños, que tengan la palabra

precisa en la punta de esa lengua. Vine a Buenos Aires por esa lengua, la de Zoe.

Me levanto para ir al baño y ella, distraída, se levanta conmigo, para cerciorarse de que tome la dirección correcta. Aprovecho el segundo de distracción y, con mi mano derecha, tomo a Zoe por la nuca, con suavidad, arrimo mi boca y la beso largo y tendido, y cumplo así con algo de lo que me trajo a Buenos Aires.

Zoe se suelta —¿después de cuánto?, ¿tres, cuatro segundos?— y me dice enferma. Dos veces lo dice, enferma, la segunda vez pasándose el dorso de la mano derecha por la boca, como limpiándose, como si se pasara el lado áspero de una toalla. Era una de las opciones. Tal vez no había otra.

Vine a Buenos Aires para pasar a este baño. Podría quedarme aquí, sentada sobre este inodoro hasta que me obliguen a salir. Pero quién puede obligarme. ¿Zoe? Más probable es que acabe muerta de inanición.

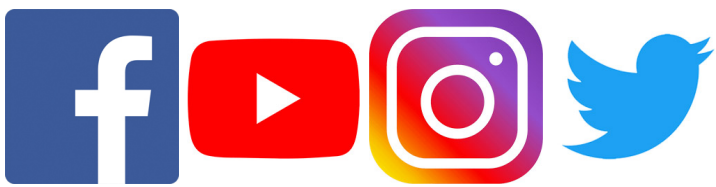
Vine a Buenos Aires para oler esta bombacha que no huele a nada de tan limpia que está. Vine a lavarme los dientes con el cepillo de mi cuñada. Vine a usar su maquillaje, este delineador que suavizará mis rasgos. Vine a llevarme este esmalte de uñas, de un morado que solo se consigue en esta ciudad, en este baño.

No sabía para qué vine a Buenos Aires hasta que apareció mi sobrina Alicia con un bebé entre los brazos, y entonces supe que vine para darle un apretujón y decirle que no se preocupe por ser tan fea.

Vine porque en algún momento tendré que volver y no quiero dejar sin sus poemas a los zombis del paco.

Agradecimientos

A Matías Aldaz, Paola Lucantis, Pablo Black, Nahuel Paz, Germán Parmetler. A mi familia.

(En este capítulo Líber canta la canción “Hombre Lobo (yo)” de Fito Páez)

¡Seguinos!